

NUEVA CRÍTICA AL POPULISMO

Limitaciones de la investigación social
en torno al "Populismo"

Rafael Quintero López

NUEVA CRÍTICA AL POPULISMO

Limitaciones de la investigación social
en torno al "Populismo"



2004

Nueva crítica al populismo

Limitaciones de la investigación social en torno al “Populismo”

Rafael Quintero López

1era. Edición: Ediciones ABYA-YALA
12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfono: 2506-247/ 2506-251
Fax: (593-2) 2506-267
E-mail: editorial@abyayala.org
Sitio Web: www.abyayala.org
Quito-Ecuador

Impresión Docutech
Quito - Ecuador

ISBN: 9978-22-456-4

Impreso en Quito-Ecuador, 2004

TABLA DE CONTENIDO

CAPÍTULO 1	
Introducción.....	7
CAPÍTULO 2	
Las tesis de <i>El Mito del Populismo</i> y la reacción jerárquico-naturalista a la crítica	11
CAPÍTULO 3	
Cuestiones en debate con la crítica académica	51
CAPÍTULO 4	
El debate actual sobre “Populismo” en América Latina.....	65
ANEXO 1: Debate Cueva-Quintero sobre la investigación histórico social	89
ANEXO 2: Comentario al libro <i>El Fantasma del populismo</i> editado por Felipe Burbano de Lara	115
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	119

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

Antes de la publicación de *El Mito del Populismo* en 1980, la literatura sociológica sobre “el velasquismo” y los nudos de su interpretación, era escasa. Apenas cinco autores habían estudiado los ascensos de Velasco Ibarra al poder y habían avanzado sus tesis, sobre lo que era común pensar como un caso inédito en la historia mundial: un presidente que llegó al poder cinco veces, empresa solo superada por el siete veces Presidente Balaguer en República Dominicana. El apareamiento de esa obra, en la que se cuestionaba un paradigma interpretativo dominante en la sociología latinoamericana, abrió una discusión en torno a un tema sobre el cual escribieron, en pocos años, 35 autores, tanto en el país como en el extranjero.

La acogida del libro fue muy amplia. Además de haber sido presentado en actos académicos por Edmundo Ribadeneira, Carlos Oquendo, Gonzalo Abad y Adrián Carrasco, recibió comentarios bibliográficos no solo en Ecuador sino en el extranjero de académicos a quienes nunca conocí, personal ni epistolarmente, como el destacado sociólogo uruguayo Nelson Minello, del Colegio de México, quién escribió una reseña en 1981.¹ David Raby, otro extranjero distante, del Erindale College de la Universidad de Toronto, hizo una magistral crítica del libro en Canadá.² En 1982, el estadounidense Paul Drake, un latinoamericanista de merecido prestigio, lo comentó para la revista *Latin American Research Review*.³ Y en el país, donde todavía no se institucionaliza la indispensable práctica de reseñar académicamente las publicaciones en ciencias sociales, el libro fue ampliamente comentado

¹ Véase el artículo de Nelson Minello, “El Populismo, ¿mito o explicación teórica?”, publicado en la revista dominical “Mundo Latinoamericano”, de *El Universal*, México, 16 y 23 de agosto de 1981.

² Véase al artículo de David Raby, en “Book Reviews-Comptes rendus” de *North/South*, Volume VII, Volume 14, 1982, ps.113-115.

³ Véase Paul W. Drake, “Populism in South America”, *Latin American Research Review*, 1982, Volume 17, Number 1, ps.190-199.

en la prensa nacional,⁴ escogido para una importante antología sobre el tema,⁵ además de haber provocado, por confesión del propio publicista, la producción de todo un libro “como defensa” a Velasco Ibarra,⁶ y haber inducido a un debate sobre el populismo más allá de nuestras fronteras académicas. Adicionalmente, fue interesante constatar que hubo al menos una reseña en la prensa partidista del Ecuador: la del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en cuya revista la firmó *Ernesto Maiguashca*,⁷ y que recibió la atención analítica de profesionales en las ciencias sociales tales como Enrique Ayala, Oswaldo Albornoz, Gonzalo Abad, Andrés Guerrero, Gonzalo Ortiz Crespo, Iván Fernández E., Claudio Mena Villamar, Juan J. Paz y Miño, Juan Maiguashca, Liisa North, María Cristina Cárdenas, Gustavo Cosse, Nelson Argones, Arnaldo M. Bocco,⁸ Carlos de la Torre, Felipe Burbano, Ronn Pineo, Marco Velasco, Marco Robles, Marcelo Ortiz, Amparo Menendez-Carrión, Alexei Paez, Ivan Gomezjurado, y Carlos Luna entre otros.

Es claro, entonces, que *El Mito del Populismo* ha sido una de las obras más influyentes en las ciencias sociales del Ecuador en los últimos años. Ha influido más allá de lo que se le ha reconocido. Hay autores que, al leerla, cambiaron radicalmente sus puntos de vista, aun cuando no lo hayan reconocido abiertamente. El propio Agustín Cueva (quien fuera su más virulento crítico), por ejemplo, fue fuertemente in-

4 Véase *El Comercio*, “Circula Libro sobre ‘Mito del populismo’” (Quito, Agosto 20, 1980); *El Telégrafo* (Guayaquil, 15 septiembre, 1980); *El Universo* (Guayaquil, 13 septiembre de 1980); *El Tiempo*, “Resonancia Internacional tiene libro sobre populismo” (Quito, 19 de julio de 1982); *El Mercurio* (Cuenca, 21 noviembre 1980), entre otros.

5 Publicada por Felipe Burbano y Carlos de la Torre, *El Populismo en el Ecuador* (Quito: Ildis, 1989) págs. 199-284.

6 Me refiero al libro de quién fuera en 1955 ministro de relaciones exteriores de Velasco, Rafael Arizaga, *El rostro del Caudillo* (Quito: Ediciones Culturales UNP, 1985). Véase entrevista de Francisco Febres Cordero a Rafael Arizaga, en el diario *HOY*, miércoles 17 de septiembre, 1986, pág. 9A.

7 Véase ese comentario de Ernesto Maiguashca, en MIR, *Causa Proletaria*, Edición especial VII Aniversario, No 36, Octubre 1980, pág. 238

8 Los cuatro últimos mencionados pertenecen a esa pléyade de latinoamericanos — una centena— que dieron un gigante impulso al desarrollo de las diversas disciplinas en las ciencias sociales ecuatorianas y que llegaron como exiliados al Ecuador en los años 70, escapando de las dictaduras militares del Conosur.

fluidido por mi obra.⁹ Hay otros escritores que, supuestamente, no estuvieron de acuerdo con sus tesis. Pero, en sus obras, han retomado líneas interpretativas planteadas por primera vez en *El Mito*. No cabe duda que, a su pesar, recibieron su influencia. Lo positivo, en todo caso, es que en nuestras ciencias sociales ya no se hacen las afirmaciones comunes que se hacían sobre “el populismo velasquista” antes de su publicación.

Cuando hace diez y seis años se agotó la segunda edición de ese libro, e iba a ser publicada una tercera, las aguas de un invierno que se filtraron en la Editorial Universitaria frustraron su apareamiento, al destruir las planchas de prensa. La obligada atención a otros proyectos de investigación y la difícil situación material y política que rodeó la elaboración de un libro de tres tomos como *Ecuador: Una Nación en Ciernes*, en donde en su debido lugar, se retomaba el tema para los más recientes “velasquismos”,¹⁰ así como mi posterior elección al Concejo Municipal de Quito por cuatro años, postergaron la preparación de ese proyecto. Así, durante algunos años me vi sometido a innumerables presiones que distrajeran mi atención sobre el asunto. A veces incluso desistía, pues pensaba que había hecho ya mi contribución sobre el tema. “Que otros continúen”, me decía.

Y si en 1997 acepté el reto, al publicar por vez primera este extenso artículo, fue por tres poderosas razones, que hoy considero aun vigentes: 1) Por la necesidad de que en las ciencias sociales ecuatorianas se ponga en discusión la tesis de la “jerarquía natural del conocimiento” que emergió como respuesta directa a la crítica formulada en *El Mito*, como veremos en este opúsculo; 2) Porque al pretender descalificar aquella crítica por medios no académicos, los argumentos, demostrados como falaces hace ya más de dos décadas, han resuscitado, y actualmente son repetidos por nuevos estudiosos; y 3) Porque la interpretación dominante sobre el llamado *populismo* es desorientado-

⁹ Como veremos en el texto, el propio vocablo de “populismo” adquirió otro status en sus escritos posteriores a mi libro, e incluso dejó de llamar “populismo” al primer velasquismo. Adicionalmente, Cueva cambió su visión del periodo 1895-1934 en muchos sentidos. Así, por ejemplo, abandona la noción de “burguesía agroexportadora” cuestionada en *El Mito*, entre otros cambios que adoptó.

¹⁰ Véase Rafael Quintero y Erika Silva, “El fenómeno del caudillismo de Velasco Ibarra y la FNV”, en Quintero y Silva:1991,II 95-104.

ra para los sectores políticos de izquierda. Ello permitirá afianzar las bases de una nueva sociología histórica que tanta falta nos hace en América Latina.

Este pequeño libro, está organizado en tres partes. En una primera, sintetizo, lo que considero, fueron los principales aportes de *El Mito del Populismo*, y doy cuenta de lo que denomino, “la reacción jerárquico-naturalista” suscitada por la crítica al esquema vigente entonces sobre el populismo “velasquista”. En una segunda parte, abordo la discusión sobre otros comentarios académicos que plantean preguntas y cuestionamientos a algunas de las tesis de *El Mito*, y señalo los cambios introducidos en esta edición. En la tercera, presento algunas conclusiones, sobre lo que considero el estado actual de los problemas que debe enfrentar un debate serio sobre el “populismo” en las ciencias sociales.

CAPÍTULO 2

LAS TESIS DE *El Mito del Populismo* Y LA REACCIÓN JERÁRQUICO-NATURALISTA A LA CRÍTICA

A. Las Principales Tesis

El Mito del Populismo hizo algunos importantes aportes al desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas y formuló nuevas tesis que abrieron nuevas problemáticas. Estos aportes y tesis se sintetizan en lo siguiente:

1. *Desde la Independencia hasta la Revolución Liberal, el Estado ecuatoriano se mantuvo como era, un Estado precapitalista.* La burguesía del siglo XIX, considerada por la historiografía tradicional como parte del poder estatal antes de 1895, fue en realidad una clase subalterna políticamente.¹¹ Esto se demostró al reconstituir una trama, por demás heterogénea, de la estructura social agraria del país, planteando una nueva explicación sobre la Revolución Liberal, y superando aquella formulación sobre una supuesta “burguesía agroexportadora”, como única clase portadora de la Revolución del 95. Como lo ha comentado Andrés Guerrero, en uno de sus Prólogos, en mi libro “entran en juego varias clases y fracciones sociales, reconocidas luego de un análisis que utiliza datos significativos de primera mano”(Guerrero, 1980:16). A este mismo respecto, el libro plantea la inexistencia de una burguesía nacional derivada del proceso liberal.

¹¹ El significado de este aporte está recogido por el economista Adrián Carrasco en la Presentación a la Tercera Edición, de 1997. Por su parte Marco Velasco considera que “lo substancial de *El Mito del Populismo* ...es su aporte a la comprensión del proceso por el cual se constituye el estado burgués en el Ecuador”.(Velasco: 1989,80) Esto no significa que se llegue a la conclusión que la burguesía comercial-bancaria, al no estar en el poder antes de 1895, no tenía nada de poder.

2. *El lapso 1895-1934 constituye un período histórico que se abre con el proceso de constitución de la formación capitalista, con la Revolución Liberal, y se cierra con el proceso de constitución de un tipo particular de Estado, el Burgués-Terrateniente, a través de la consumación del “Segundo Pacto Oligárquico” en 1933, con la alianza que llevó al poder a Velasco Ibarra.* Esta tesis cuestiona aquella posición que ubicaba el **inicio de la crisis del capitalismo ecuatoriano** en 1920 ó 1922. El señalamiento de este período está plasmado en el mismo subtítulo del libro (“Análisis de los Fundamentos del Estado Ecuatoriano Moderno: 1895-1934”), y, por ello, en varias ocasiones se menciona que tales asertos atañen solo a ese período. Se observa que éste está dividido en dos fases: **1895-1912** (de la Revolución Liberal a la consumación del Primer Pacto Oligárquico con el asesinato de Alfaro); y **1914-1933** (del inicio real de la crisis económica a la consumación del “Segundo Pacto Oligárquico”). Esta propuesta de periodización ha sido seguida, desde el apareamiento del libro, por muchos autores, algunos de los cuales modificaron calmadamente su visión del período, e hicieron del año **1912**, el momento de inicio de la crisis. En el texto se cuestionan otras periodizaciones, muy en boga entonces y universalmente recogidas en los ensayos sociológicos, que ubicaban de modo diferente el inicio “la crisis”.¹²

3. *El Estado Burgués-terrateniente, constituye en un nuevo tipo de Estado. Este tipo de Estado surge entre 1895-1934, siguiendo una vía prusiano-dependiente, producto de una amalgama histórica que se desentraña en el análisis.* Esta vía prusiano-dependiente, que contradice el modelo clásico, no aplicable a ningún país de América Latina, expresa la ausencia de una revolución campesina que hubiese afectado al poder terrateniente. El pacto oligárquico y el triunfo de Velasco, hicieron parte de este camino prusiano por el que transitaba el Estado. Por consiguiente, se identifica el ascenso de Velasco como parte de la consumación de un pacto oligárquico, y no como una “forma de dominación populista”.¹³

¹² Véase “El Inicio de la Crisis”, en Quintero:1997,159-164.

¹³ Toda la razón tienen Juan Manguashca y Liisa North al afirmar que Quintero y Cueva “presentan explicaciones diferentes sobre los orígenes y significado del velasquismo” (Manguashca y North,1991:90).

4. El “velasquismo” no es un fenómeno unívoco. Por consiguiente, cada “velasquismo” podría ser diferente a otro, abriéndose la posibilidad de teorizar los “velasquismos” de 1940, 1945, 1952, 1960 y 1968 como **fenómenos** aprehensibles por categorías sociológicas distintas. Este aporte significaba romper, efectivamente, con algunas visiones de aquel **julanismo**¹⁴ llamado “velasquismo”, elevado a categoría analítica (como el **bonapartismo**) siendo una mera categoría descriptiva. Pero quienes vieron al “velasquismo” como una “emoción del pueblo”, algo “libre de los partidos” y de “la sociedad política”, cayeron en la trampa de creer que era uno solo, y “que duró 40 años”.

Evidentemente, entender así el fenómeno tenía sus riesgos. Como lo denota el subtítulo del libro —“Fundamentos del Estado Ecuatoriano Moderno, 1895-1933”—, y se repite hasta la saciedad a lo largo del texto, *El Mito del Populismo* solo trata de lo ocurrido en el país dentro del periodo 1895-1934. No deja de tener su ocurrencia, que, mientras comentaristas como Ortiz, Fernández, Guerrero, Abad, Carrasco, Drake, y Raby, entre otros, no dudan que se aborda el pe-

¹⁴ Julano o “fulano”, según la Real Academia de la Lengua Española, es un giro lingüístico “con que se suple el nombre de una persona, cuando se ignora o no se quiere expresar”. Es una persona “indeterminada o imaginaria”(Real Academia Española:1979,756). Aunque el diccionario no trae el término “julanismo”, lo emplea para designar genéricamente a esos giros lingüísticos que en el idioma castellano son tan frecuentes, tales como, “franquismo”, “varguismo”, “velasquismo”, “cardenismo”, “arosemenismo”, “gaitanismo”, “peronismo”, “placismo”, etc. Cuando el nombre de la persona no se presta para crear estos sustantivos derivativos porque resultarían mal sonantes, como en el caso de Víctor Raul Haya de la Torre, para el cual no se dice “hayismo”, por ser disonante, entonces se crea una sinonimia (v.g. aprismo). Nuestros “julanismos” tendrían como antónimos a los “ningunismos”, pues el “julanismo” denota que se está refiriendo uno, a personas de importancia. En la ciencia uno debe tener cuidado con no caer en el error de partir del universo lingüístico para “construir” categorías, aunque luego diga que solo las usa descriptivamente. Hay que recordar que “(e)l lenguaje corriente —que pasa inadvertido por ser corriente— encierra en su vocabulario y sintaxis toda una filosofía petrificada de lo social siempre lista a resurgir de las palabras comunes que la sociología usa inevitablemente” y “si no se somete el lenguaje común -instrumento primero de la construcción del mundo de los objetos- a una crítica metódica, uno se expone a tomar como datos a los objetos pre-construidos en y por el lenguaje común”(Bourdieu, Chamboredon, Passero Le Metier du Sociologue, Flacso).

riodo 1895-1934 y el *primer velasquismo*, algunos colegas, se empeñan a fondo en ignorar lo obvio y siguen escribiendo del “populismo velasquista” en grande.¹⁵ Sus “esquemas generales” y su “gran teoría” no les permiten salir de esa visión. Por ventura, hay quienes, como Ivan Fernández E. y Gonzalo Ortiz Crespo, han enfatizado explícitamente el significado de este aporte.¹⁶

5. *El primer análisis electoral de las ciencias políticas ecuatorianas correspondió a El Mito del Populismo*. El reto en las ciencias sociales es también de temas. Y, en la ciencias políticas del Ecuador, un tema intocado era el de los contenidos electorales. Se especulaba, pero no se investigaba, sobre las preferencias del elector. ¿Por qué considerar a las ciencias como especulativas y no enraizables en la realidad? El conocimiento científico sobre las elecciones constituye un nivel del conocimiento, en el cual uno se debe guiar por el principio de que *solo discriminando puede identificar y solo identificando puede discriminar*. Los logros pueden ser muy grandes cuando están avalados técnicamente.¹⁷ No cabe duda que el análisis electoral, realizado a nivel parroquial por primera vez en el Ecuador en ese libro, logró su objetivo, el de crear una nueva problemática que amplió y profundizó el estudio del fenómeno, evitando la repetición de errores antes cometidos y es-

¹⁵ Este error lo cometen aquellos analistas que, airados, responden a mi crítica. Tal el caso de Rafael Arizaga en op.cit.,pág.41. El mismo error lo cometió Cueva quien se empeñó en responder a mi libro como si fuese una interpretación de los “triumfos electorales de Velasco”, es decir, de los de 1933, 1952, 1960 y 1968.

¹⁶ En su libro *¿La Agonía del Populismo?* (Quito: Editorial Plaza Grande, 1988) ellos afirman, por ejemplo: “De allí que se pueda decir que “el velasquismo” como tal no es una categoría que sirva para analizar nuestro país. Hay en cambio que hablar de los velasquismos, de los cinco velasquismos y hay que investigar las diferencias entre unos y otros, el tipo de alianzas que rodearon al Dr. Velasco en cada ocasión y no decir simplemente “el velasquismo fue un populismo” o “no fue un populismo” y quedarse con eso, porque no explica nada. Al menos el primero ya se ve que, de acuerdo con lo que se define en América Latina, no fue un populismo”. pág.30. Hacer abstracción de este tipo de guías metódicas correctas fue lo que llevó a algunos a plantearse “proyectos de investigación” sobre “el velasquismo” de 40 años, a mezclar los tiempos históricos y las coyunturas sin el análisis del contexto concreto.

¹⁷ Véase el “Anexo Técnico”(Quintero, 1997: 365-359) jamás comentado por quienes consideran que realizar análisis electoral es “empirismo”.

tableciendo mayores campos de su propia realidad, tal como lo han reconocido varios profesionales de la materia.¹⁸

Precisamente, sobre la base de este “análisis exhaustivo” (Raby:1982,113), el libro demostró que el triunfo de Velasco Ibarra en 1933 no se debió a la votación del subproletariado urbano, ya que su votación decisiva fue más rural que urbana. Además, demostró que la votación fundamental que permitió el triunfo de Velasco, provino de la Sierra central, y que su apoyo fue, relativamente, más débil, y no más fuerte, en Guayaquil. En cualquier caso, el electorado era tan pequeño en 1933, que era improbable que hubiese podido votar en absoluto. El libro, además, contiene el primer análisis de la extensión del sufragio a las mujeres alfabetas en 1929, y de la votación femenina y su relación con la derecha compactada que propició esta medida desde arriba, haciendo del Ecuador el primer país de América Latina en extender el sufragio a las mujeres.

6. *En 1933, José María Velasco Ibarra ganó las elecciones con un electorado rural de la pequeña-burguesía (“la clase media” rural). Este hallazgo constituyó otra novedad para el estudio de las relaciones entre dominantes y dominados. En efecto en ese trabajo se demostró la existencia de una alianza entre la clase terrateniente y la pequeña burguesía rural y pueblerina (las “clases medias rurales” para la teoría de la estratificación) identificándose, por primera vez en la literatura científica, la base social del primer velasquismo. No solo se describieron los sectores rurales, sino que se les asignó su modo de producción político, es decir su verdadera conciencia de clase. La obra sostiene que se produjo un clientelismo electoral dentro del sector rural, revelando la coalición de fuerzas políticas que ofreció el sustento objetivo a Velasco Ibarra en 1933. Juan Manguashca y Liisa North han retomado esta línea interpretativa para el estudio de los “velasquismos”.*

¹⁸ Carlos de la Torre, “Demagogia, Irracionalidad, Utilitarismo o Protesta” en Blasco Peñaherrera et.al. **Populismo** (Quito:ILDIS-El Duende-Abya-Yala, 1992) lo reconoce como un “análisis riguroso de las elecciones presidenciales de 1931 y 1933”; Paul Drake lo describió como un “exemplary electoral surgery” (Drake:1982,195). Ivan Fernández y Gonzalo Ortiz señalan que este análisis “hay que reconocerlo, no se había hecho hasta entonces en la sociología ecuatoriana.”(Fernández y Ortiz,1988:26).

7. *La plaza fuerte del primer velasquismo en 1933 fue la Sierra Central*(infra,280,282). Al examinar la relación del primer velasquismo con los sectores rurales, enfatizo “que la base social fundamental del triunfo de Velasco provino precisamente... de la Sierra central eminentemente” (Quintero, 1997:317). Esta tesis atañe a una regionalización histórica subyacente, que no se disuelve en las dos grandes regiones (Costa y Sierra).

8. *Se verificó una ruptura epistemológica con la sociología subjetiva, colocando en un nuevo terreno la inmóvil discusión sobre el “populismo”, entonces plagada de especulaciones infundadas, que hacían agua por doquier.* En ese sentido, el libro sugirió nuevas líneas investigativas sobre el fenómeno en cuestión. Y propuso reflexionar también, sobre las causas, intereses, actores, dinámicas etc., que provocaron o condujeron a los derrocamientos de Velasco Ibarra.

9. *El libro contiene la identificación de la relación del Primer Velasquismo, en cuanto movimiento político, con los fenómenos partidistas, y presenta lo que se ha llamado “el primer análisis objetivo del problema de los partidos políticos en el país”, según Andrés Guerrero.*(Prólogo a la Primera Edición de 1980, 17) *El Mito* revela que se puede hacer un análisis del ascenso al poder de Velasco Ibarra en 1933, sin recurrir al concepto de “populismo”.

10. *Se llenan determinados vacíos en la historiografía del país, como lo han reconocido algunos de sus comentaristas.* Su conceptualización de las clases sociales y el *primer velasquismo* permitió, por una parte, establecer líneas interpretativas más ciertas sobre el proceso político del periodo 1895-1934. Y, como lo afirma Paul Drake, el libro alerta, a todos los latinoamericanistas, a ser más cuidadosos de las generalizaciones de un país a otro.

B. Un poco de historia sobre el propósito de la crítica

El Mito del Populismo es una obra crítica, en el sentido en que se la define en el texto (Quintero, 1997:301) Por ello, estaba consciente de que provocaría polémica. La escribí con la determinación de que se debía ampliar la discusión sobre un tema, estrecha y pobremente defini-

do. Pero no formulé una sola crítica personal, ni recurrí al criticismo oblicuo. Cuando, con Fernando Velasco y otros colegas, fundamos la Revista Ciencias Sociales en 1976, establecimos, a propósito, una sección que permaneció raquítica —llamada precisamente CRÍTICA—para legitimar su requerido robustecimiento en las ciencias sociales ecuatorianas. Al conocer mi libro en París, Andrés Guerrero prometió una polémica en su torno. Me propuse que circulara lo más ampliamente posible, para que otros participasen en la crítica. Pensé que la polémica sería siempre bienvenida. En México —donde lo terminé de editar—circulé el manuscrito, y el propio Agustín Cueva, cuyo aporte al conocimiento de la realidad ecuatoriana he reconocido varias veces en ese mismo libro y en otras partes,¹⁹ fue el primero en recibir una copia del manuscrito. Yo acariciaba lo que resultó ser la ilusa pretensión de un pobre mortal, de que un colega responda a mi crítica en un Prólogo, entablado la esperada polémica académica y científica.

Contrariamente a la opinión de algunos académicos, desde la misma época en que escribí *El Mito del Populismo*, he pensado que el panorama de los nuevos desarrollos en las ciencias sociales del país era prometedor. Consideraba que, en la década de los setenta las ciencias sociales ecuatorianas —y con ello me refiero a las producidas por ecuatorianos y por intelectuales de otras latitudes que trabajan en el país, piensan sus problemas y sienten sus inquietudes generadas en su complejo medio social e intelectual— habían entrado en una nueva etapa crítica a la ideología, que las tenía asfixiadas. La crítica necesita libertad y, por ventura, existe una demanda intelectual al respecto. Bajo las condiciones de reconstitución del régimen liberal-democrático, se abría la posibilidad, inexistente durante la dictadura militar, de criticar abiertamente, sin recibir como respuesta el hielo, el distanciamiento, la burla, o la calumnia, antaño tan propias de un ambiente intelectual estrecho, mezquino y tradicionalmente cerrado por tabúes ancestrales, y, en cuanto a “la sociología” se refiere, dominado no por profesionales de las ciencias sociales, salvo excepciones, sino por quienes cultivaban una retórica formalista, ajena a sus diversas disciplinas.

¹⁹ ¿Por qué no dar reconocimiento a la obra de otros? Yo lo hago varias veces con la obra de Cueva. En esto no reparé un minuto, pues el no estar de acuerdo con él, en su interpretación de los velasquismos, no podía ser excluyente, sino incluyente. Esto no excluía la crítica. De hecho, la única crítica que jamás algún autor le hizo a Cueva fue la que encontramos en *El Mito del Populismo*.

Por ello, cuando escribí *El Mito del Populismo*, sabía que no solo se trataba de nadar contra corriente, sino de desafiar la unanimidad teórica en la sociología ecuatoriana de entonces. Pero no imaginé jamás, que también escribía un libro sobre los mitos de la *jerarquía natural del conocimiento*²⁰ en nuestro medio. Las virulentas reacciones en contra, y **el tipo** de argumentos que suscitó —aunque demoraron más de un lustro en hacerse públicos mientras se preparaban—, evidenciaron que, en nuestro medio, algunos intelectuales habían aceptado la premisa acerca de la existencia de ciertos miembros de la especie humana a quienes se les había otorgado el don de hacer evaluaciones morales significantes sobre la especie.

En otras palabras, que alguien, de entre nosotros, podía válidamente imponer su juicio y criterio sobre el resto. O hablar y escribir en tonos condenatorios. El que osase cuestionar las interpretaciones consagradas sobre nuestra realidad (como por ejemplo, las interpretaciones sobre el rol político de Velasco Ibarra) debía ser excomulgado, o, si ello no era posible, al menos, proscrito. Todos los medios se justificaban para ello, incluyendo los ataques personales. Además, escribir sobre Velasco Ibarra y “sus” velasquismos tenía sus riesgos, pues “cuarenta años de velasquismo”, como se suele decir, no dejan poca influencia ni pocos partidarios del Dr. José María. Pero, cuando escribía mi tesis doctoral, de la cual se deriva mi libro, pensaba que en la academia la situación debía ser otra. Estaba equivocado.

C. La primera respuesta de Agustín Cueva

Entre los colegas a quienes entregué, en México, el manuscrito de *El Mito del Populismo*, estuvo Agustín Cueva. Esto sucedió en 1978, cuando le propusiera escribir un “Prólogo” debatiendo la crítica de sus tesis sobre el “velasquismo”. Me parecía que ello contribuiría al desarrollo de un debate científico serio y sentaría un excelente precedente en las ciencias sociales de América Latina, débiles en críticas y autocríticas. Pero, no solo que nunca recibí respuesta a mi propuesta, sino que fui objeto de varios acalorados ataques.

Por ello, la primera respuesta de Cueva al contenido de la crítica formulada en *El Mito* la hizo en Cuenca, tres años más tarde, en el con-

²⁰ Véase al respecto el excelente libro de Larry D. Spence, *The Politics of Social Knowledge* (University Park and London: The Pennsylvania State University, 1978)

texto del III Encuentro de Historia y Realidad Nacional, a través de una ponencia sobre los “Problemas de la Investigación Histórico-social en el Ecuador”. En ese evento sostuvimos un debate, cuyo texto lo publico como anexo al final de este libro. Tanto en su ponencia, como en el curso del debate, Cueva adoptó una posición que amerita ser examinada, pues es muy reveladora del real estado de nuestra sociología y no solo de su postura intelectual.

1. En primer lugar, cabe destacar que Cueva comenzó su respuesta a la crítica en mención, invocando la existencia de una suerte de jerarquía en el terreno del conocimiento. Literalmente plantea que Quintero había escrito “un solo libro”, que “recién comienza”, y, por lo tanto, “debería situarse en un plano quizá no tan altisonante”, y “presentar su trabajo como un primer ensayo, sin colocarse en un plano de maestro que nos da lecciones”.²¹ Más adelante dice textualmente: “Quintero no tiene necesidad de jugar el papel Di Paulo de Roca(sic) ya que no es éste el caso. Me parece que podría hacer las cosas de otra manera”(Cueva, 1980 n/p). Y, a pesar de que dice no conocer otro libro, (ya que éste era supuestamente el primero que leía de Quintero) se otorga el derecho de afirmar que su autor deriva “del empirismo” (¿en qué obra anterior?) “al marxismo”(Cueva, 1980, n/p). Por cierto, habría una jerarquía en el acceso al *círculo* del marxismo. Los que llegabamos sin que él lo supiese habríamos llegado “tardíamente” (¡es textual!). Es decir, seríamos nuevos en ese palenque académico. En otras palabras, como autor de un primer libro me correspondía “ocupar mi lugar”, no desafiar a “la autoridad”, y, si descubría algo que desafiaba lo revelado por “la autoridad”, posiblemente debía callar.

Esta postura judicial le es funcional al mito de la inevitabilidad de la jerarquía. Ella expresa el reclamo por una suerte de derecho divino al conocimiento, que presupone, que se pueden emitir juicios definitivos y exactos **sin evidencia o crítica**, es decir, sin exigencia de inventario. En verdad, nada puede ser más ajeno al quehacer de un científico. Pero, para el principal sociólogo que interpretó los triunfos de Velasco Ibarra (no sus fracasos), el desafío a la teoría prevaleciente de interpretación

²¹ Véase Agustín Cueva, “Problemas de la Investigación Histórico-Social en el Ecuador”, transcripción de la ponencia al III Encuentro de Historia y Realidad Nacional, Cuenca, Noviembre 1980, pág.2.

del llamado “velasquismo”, o del “populismo” de Velasco, significaba el desafío a instituciones y prácticas de la intelectualidad ecuatoriana basadas en una jerarquía. Seguramente Cueva se dió cuenta de lo insostenible de su argumento y nunca publicó esa pieza de su intolerancia.

Así, en el debate de Cuenca, Agustín Cueva se expresó como miembro de una jerarquía en la cual él ocupaba el más alto sitio y estaba libre de errores y equivocaciones. Nunca aceptó que se hubiese equivocado en sus análisis del “velasquismo”. Tan dura y pletórica de epítetos peyorativos fue la respuesta de Cueva a mi libro en esa ponencia, que el diario *El Mercurio* de la capital azuaya, la calificó de “diatriba contra Quintero”.²² Enrique Ayala lo dijo suavemente cuando, al referirse a esa respuesta de Cueva, afirma que éste respondió “con buena dosis de agresividad y de duro uso del idioma..”. (Ayala:1993,89). Como lo hace un miembro “de la jerarquía”.²³ En efecto, se requería de una gran prepotencia y de un inverosímil desparpajo, para rechazar una crítica en la que se revelaban sus errores. Solo quién posee el derecho, cuasi divino, de posesión de la verdad y de los privilegios, puede actuar así.

²² Véase *El Mercurio*, 26 de noviembre de 1980, pág. 1. Este diario, que regularmente sigue los eventos universitarios en Cuenca, reseñó muy objetivamente el contenido y forma de las ponencias presentadas en el III Encuentro de Historia. “Cueva...atacó duramente una obra de Rafael Quintero” reza en parte el título de la reseña, y en uno de los subtítulos se puede leer: “Diatriba contra Quintero”. Tan es esto así, que si uno relee cuidadosamente su discurso, se da cuenta de que, Cueva trató de buscar aliados en su debate contra mi libro, como si se tratara de una lucha política. Trata de crearse simpatías entre los literatos, como si yo tuviera algo contra ellos, o hubiera jamás dicho, algo en su contra. A lo mejor nunca supo que antes de dedicarme a las ciencias sociales tuve una licenciatura en artes. Lo terrible de esta práctica es que continuó años después, cuando publicó su respuesta en la edición de *Planeta Letraviva*, en 1988. Ahí me atribuye frases que jamás escribí, o dije para calificar su trabajo, tales como aquello de “retórica literaria” (Cueva:1988,163).

²³ Después de varios años, Cueva publicó otra respuesta a mi crítica. En ella mantiene la misma postura, me recomienda releer *El 18 Brumario*, habla de mi supuesta “falta de finura analítica”, y haciendo gala de una posición no dogmática en el marxismo, afirma lo que yo he defendido, no a última hora, sino siempre: “no es posible que identifiquemos al materialismo histórico con la ramplonería y el empirismo más burdos, ni que caigamos en la imagen de una realidad huérfana de significaciones, desprovista de sueños, de fantasmas y dolores, en un momento en que desde diferentes orillas se nos lanzan desafíos muy serios: historia de las mentalidades, sociología de lo imaginario, reconstrucción de la vida cotidiana, historia de las ideologías, etc”. Ver Cueva:1988,163.

2. Un segundo rasgo, igualmente vertebrador de ese discurso, y, quizás, el verdadero trasfondo de su largamente preparada ponencia, fue su postura de presentarse como un marxista que partía de la “comprensión global de la historia”(Cueva, 1980:8), y se hallaba en lucha contra, lo que denominó varias veces, “la sociología yanqui”(Cueva,1980), a la que descalificó y trató con tanto desprecio y desdén. Pero, a lo largo de su discurso, nunca se refirió en concreto a ninguna tesis o autor de aquella “sociología yanqui”. Entre más de doscientas obras citadas, en la primera edición de mi libro, se cita además a Gunnar Heckscher, un destacado sociólogo sueco, al canadiense Robert Mckenzie, y a los estadounidenses Kalman Silvert y J.D. Martz. Cueva no hace ninguna crítica concreta a estos “sociólogos yanquis”. Por ello, es de presumir que su actitud oblicua no podía referirse sino al hecho de que el autor de *El Mito del Populismo* estudió parte de su carrera en los Estados Unidos, deviniendo posteriormente en un sociólogo marxista.

Evidentemente, yo no le regateo a nadie su voluntad política de ser un marxista.²⁴ Pero, afirmaciones como las que hizo Cueva sobre la “sociología yanqui” por *ser tal* (es decir, de EE.UU), no son sino sedimentos anquilosados de dogmatismo. Como sabemos, en el marxismo hay varias lecturas y, una de ellas, quizás una de las más ricas, es sin duda la lectura anglosajona, que asimilé cuando estudié en Inglaterra.²⁵ Cueva me define como un “marxista tardío”, con lo cual evidencia que solo aprecia como válida su lectura del marxismo, lectura que se desentraña como poco auspiciante para el desarrollo de la ciencias sociales ecuatorianas.

El Mito del Populismo fue el resultado de una investigación en la que se buscaba la unidad de lo lógico y lo histórico en base a fuentes primarias. El uso de la diatriba —propio de la jerarquía— contra una in-

²⁴ Cueva indudablemente lo fue, y toda mi crítica estuvo dirigida, sobre esa premisa, a considerar sus desviaciones subjetivistas. Sobre esta misma base, no estuve de acuerdo con el tipo de respuesta que dió Marco Robles a la diatriba de Cueva.

²⁵ Hay una escuela anglosajona, francesa, rusa, mariateguista, etc., y nosotros tenemos la pretención de afianzar una que llamamos **terrigenista**, en la que trabajamos. Este aprendizaje es cercano a la obra de Mariategui en el Perú, pero tiene sus propias características, y en ningún caso acepta reducir el estudio de la política a factores estructurales.

vestigación sociológica “yanqui”, no constituye sino, pura demagogia ante una falta de argumentos. Pero, ¡atención! En un medio académico tan parroquiano como el nuestro, ¡estas cosas contaban!

Nuevamente, también con este argumento se invocaba una jerarquía, por cierto falsa, en la que una genérica “sociología gringa” estaría por debajo de la “sociología marxista”. Estaría tan por debajo, que se la denigraba con el peyorativo de “yanqui” en un medio estudiantil universitario como el de Cuenca, en una época en la que estaba de moda ser sociólogo de izquierda.²⁶

Penosamente, la estrategia de Cueva fue el ataque, como si se tratase de un juego político. Solo así puede entenderse parte de su ponencia, en la que afirmó algo increíble: que el autor de *El Mito del Populismo iba a olvidarse* de tratar la crisis de 1929. O, en sus propias palabras: “La puso en las últimas páginas del mismo porque, cuando me mostró el original, le dije que no había que olvidarse de un ‘detalle’ como esos, que, obviamente tenía algo que ver con el velasquismo, con toda la crisis que se va a producir en el país”.²⁷ Esta afirmación, que yo me abstengo de calificar, es totalmente ajena con la verdad, y no tiene otra explicación que el esfuerzo por mostrar a la obra como metodológicamente olvidadiza de la globalidad analítica (v.g. no tratar la crisis del 29). Pero fue hecha por alguien que no contaba con la existencia de una verdad irrefutable: el libro se basó en algunos capítulos de mi tesis doctoral, terminada de redactar en 1977 y que abarcaba el período 1895-1942. En ella, claro está, al estudiar los años treinta, se trató la crisis de 1929.²⁸ *Lo que contuvo sobre la crisis del 29, era exactamente igual a lo que contuvo dicha tesis doctoral, escrita varios años antes y no “a última hora”*. La afirmación de Cueva cae en el vacío, demostrándose ajena a una discusión que debía ser apegada a la serie-dad y a la verdad.²⁹

²⁶ ¿Cómo hacerle entender a Cueva que dentro de los múltiples desarrollos de la teoría marxista, también en EE.UU. apareció una pléyade de lúcidos analistas marxista?

²⁷ Cueva: 1980, 8.

²⁸ Véase Rafael B. Quintero López, *Los Partidos Políticos en el Ecuador y la Clase Terrateniente en las Transformaciones del Estado*, Tesis de Ph.D., University of North Carolina at Chapel Hill, 1978., págs 372-374, en donde se trata de la crisis de 1929.

²⁹ “La verdad no se inserta desde fuera en el proceso del conocimiento ni surge dentro del sujeto cognoscente in sich und für sich, sino...(que) surge y se crea en el propio proceso cognoscitivo, es el resultado y su más alta expresión”. Ver IG. Kursánov, *Veritas* (Moscú: Editorial Progreso, 1977) p.51.

Este tipo de actitudes, al parecer anecdóticas, son importantes, pues dicen relación a las actitudes éticas que se requieren en la construcción de una comunidad científica. Como lo son también en la política. No creo que la actitud del General Juan José Flores en la República del siglo XIX, de no querer abandonar la escena presidencial, una vez acabado su período, fuera inocua para nuestro incipiente desarrollo político.

Quiero confesar que este tipo de respuesta me produjo un gran desaliento y me pareció simplemente desastroso para el avance de las ciencias sociales ecuatorianas. Si una persona con autoridad intelectual respondía así, y, al hacerlo proponía un modelo de conducta. ¿Cómo podrían responder otros en condiciones críticas?, me preguntaba. Gonzalo Abad tenía sobrada razón, cuando remarcaba que, entre los problemas de las ciencias sociales ecuatorianas, existía el de la “inexistencia de un elemento esencial de la producción intelectual: el de la crítica como instrumento dialéctico indispensable para el desarrollo del pensamiento. De alguna manera cada afirmación, interpretación, análisis o inclusive inspiración que se produce viene rodeada de un hábito de verdad acabada, si no de imposición política; esta práctica desastrosa, además involucra muchas veces personalmente a los autores llegando al absurdo de confundir la crítica con la ofensa personal” (Abad, 1980:13).

Lamentablemente, toda esa intervención no reafirmaba sino la presencia de un discurso sociológico retórico, de “ocurrencias” concertadas, pletórico de “giros” lingüísticos y de vaguedades. Una pieza más de aquellas que González Casanova llamaba de “sociología retórica”. Cueva, penosamente, se mostró intransigentemente refractario a una posible autocrítica académica pública, aunque en privado me haya admitido la necesidad de rectificaciones.

3. Cabe preguntarse cómo respondió Cueva a la crítica formulada acerca del carácter del primer velasquismo (1930-34), y a su comprensión del fenómeno como *un populismo*. En toda su exposición, Cueva escamotea siempre el problema fundamental de la *base social del primer velasquismo*, y, sin quererlo, llega a aceptar que no buscó

jamás un sustento empírico a sus investigaciones al respecto.³⁰ Sin embargo, y sin ninguna reserva, llega a afirmar textualmente que “las elecciones del 33 no era cuestión de verlas aisladamente como tales, sino verlas a partir de un futuro, de un futuro que ya estaba presente obviamente en los años 1968...donde Velasco estaba precisamente aspirando a su quinto periodo presidencial”(Cueva, 1980:9). Este método novísimo, que hubiera impedido estudiar científicamente las elecciones de 1933 en el año (diga usted 1940), porque para comprenderlas había que esperar a que se den las elecciones de 1968, es algo digno de estudio. Cabe por ello preguntarse: ¿De dónde saca este “método” que supone que, en 1933, “obviamente todo no está claro”?

Textualmente Cueva afirmó como respuesta:

“(E)ra a partir de ese futuro (es decir, de 1967 y 1968), a partir de una tendencia ya cuajada como podíamos entender los orígenes de ese fenómeno porque claro en el 1933 obviamente todo no está claro, es recién el nacimiento de algo. Y lo que hay que ver en el año 33 no es cuestión de ir a ver simplemente las cifras...sino de descubrir lo nuevo que se está gestando más allá de ese apoyo tradicional del partido conservador, más allá de que en los pueblos se votó por Velasco Ibarra, más allá de todo eso, lo que había que ver era lo nuevo, para nosotros, al final de los años sesenta ya estaba claro, puesto que habíamos visto cómo se desarrollaba ese fenómeno, qué característica tomaba, o sea que se iluminaba desde los años 60 hacia atrás porque creo que metodológicamente es importante considerar esto” (Cueva, 1980:10).

El “método” propuesto por Cueva para estudiar un movimiento político, supone, entonces, que dicho movimiento recorre un desarrollo hacia “un futuro”, que consiste en llegar a “ser” lo que el sociólogo cree que es: un populismo con las características ya anotadas. No im-

³⁰ Lo dice textualmente: “Yo nunca me plantié el ir a examinar parroquia por parroquia para ver que votación había sacado Velasco, pero obviamente tenía claro la votación a nivel nacional”(Cueva,1980:9). De lo que Cueva no se da cuenta, al hacer una afirmación como esa, es que el análisis electoral “parroquia por parroquia”, que por primera vez en el país se hacía en este libro, es indispensable para comprender la base social de un movimiento político electoral y poder hacer generalizaciones válidas.

porta si en la coyuntura de 1930-1934, sobre la que persistentemente Cueva evade debatir, siendo ésta la analizada en *El Mito*, las características sociales, culturales, políticas, económicas y el juego de fuerzas en la escena política, fueran muy distintas al “futuro” (que para Cueva es el año 1967 o 1968). El propio Cueva —en esa misma ponencia— tuvo que aceptar que en 1934 “el velasquismo” no era “un populismo”.³¹ Eso tampoco importa, entonces, y hay que seguirlo estudiando como tal. ¿Por qué? Lo único que parece obvio, es que, si no se lo había investigado científicamente, no se podía comprender al movimiento naciente, y no la novísima tesis ¡de que había que esperar 40 años después de su nacimiento para comprenderlo! Pero para salir al paso, nuevamente, se recurre a una autoridad. ¿Cuál?

La respuesta de Cueva consistió en recurrir a un texto de Marx, en el cual éste habría planteado que se debe estudiar “algo” yendo “de adelante para atrás”, con el “método” de que “es la anatomía del hombre la que explica la anatomía del mono”.³² Aplicado “al velasquismo”, conllevaría analogar el desarrollo del hombre con el último velasquismo (el sujeto más desarrollado), para solo luego ver el primer velasquismo (el mono), ¡como el menos desarrollado! Es decir, el hombre populista ya desarrollado se encontraría en 1967 ó 1968, y lo mismo su movimiento político populista y el fenómeno populista ya avanzado (el hombre). ¡El “mono” estaría en 1933!

Pero, recurrir a la analogía de Marx para eximirse y excusarse de no haber realizado investigación empírica científica, era algo digno de examinarse. Sin duda, Cueva quería referirse a la “Introducción general a la Crítica de la economía Política” de 1857, en donde Marx afirma que “(la) anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores, pueden ser comprendidos solo cuando se conoce la forma superior. *La economía burguesa suministraría así la clave para la economía antigua*”.³³

La indicación de esta “clave” se aplicaría al estudio de las relaciones de producción, y, por lo tanto, al modo de producción. Pero, pre-

³¹ Pero sin hacerse una autocrítica, Cueva afirmó que del “95 al 1934 efectivamente el populismo era un mito simplemente porque no existía” (Cueva:1980b,2).

³² Todos los entrecomillados son textuales y corresponden a la ponencia de Cueva (1980:10).

³³ Véase K. Marx, *Introducción general a la Crítica de la Economía Política (1857)* (Médellin: Ediciones Tiempo Crítico, 1971) pág.44.

sentarla como una exigencia metódica aplicable a categorías como movimiento político, ideologías, que deben situarse —por su propia naturaleza— en un plano mucho más concreto de las formaciones sociales, es decir allí donde operan también un conjunto de relaciones políticas e ideológicas de dominación, es querer aplicar un “método” que se niega a entender lo que es un proceso electoral, una campaña, una coyuntura y sus determinaciones múltiples. El propio Marx, al escribir lo arriba citado, advierte luego, que ese dictamen debe tomarse “*cum grano sali*” (Marx,1971:44), es decir, “con un granito de sal”, con humor, y no al pie de la letra, *incluso* para aplicarlo —como elemento metódico— únicamente al estudio de las relaciones de producción, a las que hace referencia esa analogía, retomada años después por Federico Engels en su inconcluso opúsculo sobre “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”.³⁴

Es evidente, entonces, que Marx se refiere solo a los modos de producción, a las relaciones de producción, pero no al estudio de la política o de los elementos superestructurales, que tienen a su mismo entender, una autonomía de lo económico. Pero, para esta visión “metódica” de Cueva, afincada en una ortodoxia que recurría a los argumentos de autoridad, en vez de esforzarse por indagar nuestra peculiaridad histórica concreta y hacer un poco de sociología, este método se reducía a una simple teleología naturalista.

Adicionalmente, el problema con semejante analogía “metodológica” consistía en el falso supuesto de que la teoría (en este caso un postulado que, como hemos visto, está extraído de su contexto) contiene la realidad. La analogía de Marx no es aplicable a este caso. Nadie puede ponerse en la posición de no poder concebir —como lo hizo Cueva por no aceptar sus errores— que a inicios de los años treinta, el “velascoibarrismo” haya sido, como bien lo sintetiza Adrián Carrasco, “el resultado de un salto cualitativo dado por el Partido Conservador en su desarrollo”,³⁵ y que, dadas las limitaciones históricas de ese partido, en años posteriores tal fenómeno hubiese cambiado su curso, convirtiéndose en un movimiento inorgánico partidista, y llegando a ser un

³⁴ Véase F. Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* (originalmente de 1876) (Guayaquil: Editorial Claridad,1985).

³⁵ En su Presentación, publicada en esta edición.

fenómeno eminentemente distinto.³⁶ Nuevamente, Cueva consideraba “al velasquismo” como un sujeto único. Pero la investigación realizada demostró que semejante enfoque aboca a estudiar el fenómeno en cuestión de un modo especulativo y subjetivo. Al contrario, el enfoque de *El Mito* consideraba, como lo señaló Andrés Guerrero, “que la comprensión del movimiento político que lleva al poder al ‘primer velasquismo’, exige una perspectiva histórica que abarque la conformación de las instancias políticas, del estado y las clases dominantes desde la Revolución Liberal” (Guerrero, 1980:15).

4. El planteamiento más reiterativo de Cueva se refería a la investigación empírica, que él confunde con “empirismo”, confusión en la cual, no estuvo, ni está, solo.³⁷ Quizá porque las únicas fuentes para sus ensayos fueron los manuales de historia ya publicados, algunos boletines estadísticos y los periódicos, mas no los archivos, que, aunque desastrosos había que desempolvar, el uso de fuentes primarias fue objeto de su sospecha y ataque en su respuesta a *El Mito*. Como se sabe, el tipo de fuentes que utilicé fue clave en los descubrimientos logrados.

Agustín Cueva, reprodujo la hipótesis que relacionaba el voto por Velasco con un sector social (el subproletariado urbano), basándose en la experiencia histórica de otros países latinoamericanos, a los que asimiló al nuestro. Esta tesis contenía una predicción, concerniente a la relación entre dos variables. Cueva se interesó en comprender el significado de dicha relación, pero no se hizo dos preguntas: ¿Por qué? y ¿Bajo qué circunstancias se relacionaban estas dos variables?

Lo que se hizo en *El Mito del Populismo*, con acumen teórico, imaginación y razonamiento sólidos, permitió poner a prueba, lo que nunca fue más que una simple hipótesis, para el caso del primer velasquismo, y demostrar que era falsa para ese momento. La elaboración

³⁶ Sin apriorismos teóricos, cabe preguntarse, sobre las diferencias entre los movimientos de acción electoral que apoyaron a Velasco Ibarra en 1933, 1940, 1944, 1952, 1960 y 1968. Esto de plano nos plantea la existencia de **seis** y no de **cinco** “velasquismos”. Esta hipótesis está implícita en *El Mito del Populismo*.

³⁷ En su edición corregida y aumentada de 1988, Cueva vuelve con el mismo error de confundir **investigación empírica con empirismo**. En esa vena, escribe que Quintero realiza una “defensa del saber positivo, es decir empírico” (pág.160) y se refiere a la “solución’ meramente empirista que Quintero propone”(Cueva, 1988).

permitió refutar el paradigma (“la interpretación sociológica del velasquismo”), y, al mismo tiempo, sirvió como un instrumento de descubrimiento.

Pero, aquello que para otros (como Andrés Guerrero) constituyó “un trabajo de documentación original de los hechos electorales”, en el que “el autor pasa por un cedazo fino tejido con sus datos las bases de las diversas interpretaciones hasta ahora conocidas sobre el comienzo del fenómeno velasquista” (p.17), para Cueva no fue sino “el empirismo de la sociología gringa”.

Como lo ha comentado el historiador Enrique Ayala, refiriéndose a estos escritos de Cueva, éste va “más allá, cuando renueva su conocido y virulento ataque al ‘empirismo’ en el trabajo de las Ciencias Sociales..”. “Dando la bienvenida al debate, —afirma Ayala— quiero expresar una vez más el temor que me asalta al leer los textos (de Cueva) que dejan la impresión de que el trabajo de investigación sobre fuentes y el uso de recursos cuantitativos, es una actividad sospechosa, o cuando menos sin importancia en las Ciencias Sociales. Ante eso, protesto enérgicamente, sabiendo que Agustín Cueva no cree semejante barbaridad, pero observando el tono de su discurso suele alentar desates de verborrea en presuntos ‘teóricos’...” (Ayala:1993,90). Por fin alguien se atrevía a criticar a Cueva, pues la soledad de la crítica fue larga.

En el fondo, lo que se cuestionaba era la decidida y clara adhesión a la investigación histórica propuesta en *El Mito*. No de otra manera se puede explicar, que, sin hacer un solo cuestionamiento al uso de tal o cual documento primario, se critique por haberlos procesado técnicamente. Lo curioso es que Cueva no dijo nada sobre la *credibilidad* o la *autenticidad* de los documentos consultados. ¿Cómo explicarse que no se pare mientes sobre la validez o no de documentos, sino que se critique por su uso, algunos de los cuales fueron obtenidos con enorme esfuerzo, dadas las condiciones materiales en las que se conducen las investigaciones en países empobrecidos de América Latina, y, en donde los intelectuales que pertenecemos al movimiento de denuncia, no solo que no recibimos estímulos a nuestro trabajo, sino que muchas veces somos reprimidos por nuestras ideas, en un mundo académico asfixiante y estrecho de miras, incluso dentro de las mismas universidades.

Tampoco se cuestionó la interpretación de ninguna de las fuentes primarias, pero se atacó con virulencia su uso. Por ejemplo, se ata-

ca el hecho de haber hecho un análisis electoral “parroquia por parroquia” (Cueva, 1980). Para cualquier científico social, epidérmicamente familiarizado con la disciplina de la Ciencia Política de cualquier país, ningún análisis electoral puede hacerse teniendo a “las provincias” o a “todo el país”, como *unidad de análisis*, como lo hizo Cueva. Claro que se pueden presentar datos por provincia o “de todo el país” pero no para reconocer las tendencias del electorado, ni su composición social. Con ese tipo de “datos” provinciales, Cueva solo lograba la representación de la verdad como un reflejo elemental, pasivo y empírico-sensorial de “lo que es”, sin ninguna penetración en la esencia de las cosas. Eso sí es empirismo, y no una investigación empírica, capaz de llegar a unidades desde las cuales se pueden identificar tendencias y realidades significantes: las juntas electorales, las mesas del distrito, y si esto no es posible, ¡al menos, las parroquias!

Estas verdades de Perogrullo para un científico social, no las inventó ninguna “sociología yanqui”. Las múltiples disciplinas auxiliares de la Ciencia Política (tales como la geografía electoral, la sicología y antropología políticas, y la estasiología) así lo exigen, en cualquier parte del mundo donde exista una comunidad científica que no reemplace la evidencia, la credibilidad de las fuentes que uno está obligado a poner a prueba, por la retórica.

Como ese análisis electoral fue un medio para demostrar la falsedad de una de las tesis de Cueva, (la de que “el velasquismo” siempre tuvo una base social subproletaria), el ataque a *El Mito* se centró en este hecho técnico, objeto de sospechas de “empirismo”, duramente tratado y tergiversado. Cueva jamás rebatió ningún aspecto técnico de dicho análisis, ni cuestionó si estaba bien o mal elaborado. Simplemente atacó el hecho de haber sido realizado. Parecería que tales reparos se originaron en los prejuicios hacia la academia estadounidense o inglesa, donde se aprendieron tales técnicas. ¡Increíble e infantil, pero cierto! Frases como que el libro trae “un mar de datos y un centímetro de profundidad”, que podrían haber impresionado a ciertas mentes y que iban acompañadas de otras tales como: “(M)e parece —escribe en 1988— que lo que alimenta las críticas de Quintero en el fondo no es otra cosa que una concepción pedestre del materialismo histórico, originada en los niveles más rudimentarios del empirismo estadounidense que él conoce muy bien” (Cueva: 1988, 163), sugieren la existencia de tales prejuicios en su mentalidad.

Sin embargo, en *El Mito* se rompía con la tesis tradicional, unánimemente aceptada por el mundo académico de entonces acerca de la base social del “populismo”. Algunos colegas, comprendieron la importancia de este descubrimiento.³⁸ Obviamente, en la caracterización de un movimiento social y/o político, resulta básico no equivocarse en la identificación correcta de su base social. Más todavía, para el concepto de populismo, que nuestros sociólogos empleaban entonces, este aspecto le era consubstancial al esquema e interpretación general. “Es ya un lugar común —escribía Andres Guerrero en su Prólogo a la primera edición de mi libro— la afirmación que el llamado ‘velasquismo’ surgió gracias a un sector social nuevo, producto de la crisis de los años treinta, el ‘subproletariado’ costeño”.³⁹ Pero en *El Mito* se demuestra que la identificación de la base social del “primer velasquismo” fue errada. Penosamente, el principal autor de ese esquema no lo reconocería nunca.

5. Cueva dijo adherirse a las “grandes interpretaciones” de la sociología. Pero, por lo que hemos visto, cabe preguntarse: ¿en qué se quedaban esas “grandes interpretaciones”? ¿Lo fueron en realidad?

En primer lugar, lo que Cueva llamó “esquemas generales”, en realidad no son sino afirmaciones generales. Examinemos brevemente este asunto.

Para comenzar, las afirmaciones generales, que, siendo ciertas no se refieren a instancias específicas de la realidad, abundan en las ciencias sociales. Por ejemplo, cuando Cueva dijo que “Velasco triunfó, pues, con el apoyo masivo de la población, en un momento de crisis de hegemonía”(Cueva:1988,43), estaba afirmando una generalidad que considero cierta, pero que no arroja *ninguna luz* al entendimiento del multifacético fenómeno que estudiamos. Es como decir que “Abdalá Bucaram triunfó, pues, con el apoyo masivo de la población en 1996, en un momento de crisis de hegemonía”. O que “Rodrigo Borja triunfó, pues, con el apoyo masivo de la población”. ¿Aprendemos algo con esa generalidad? Pues, en efecto, ¿qué significa “la población”? El pro-

³⁸ A Gonzalo Abad no le dejaba de sorprender el hecho “de que ese análisis se lo realice después de más de diez años de que el tema del velasquismo esté presente en el pensamiento sociopolítico”(Abad, 1980:13).

³⁹ Véase Quintero, 1997:17. El reconocimiento de que esto era así, lo hacen varios colegas, que adoptaron un sentido serio en el debate.

blema con estas generalidades es que no se puede conocer quiénes, en esa “población”, votaron por Velasco, Bucaram o Borja, para constituirse en *su masa específica de apoyo*. Una afirmación general como la citada no nos da cuenta de nada.

Doy ese ejemplo, porque el propio Cueva lo usa para negar —¡en 1988!— que él haya sido el precursor de la tesis más socializada durante dos décadas, y relativa a la base social subproletaria del primer velasquismo de 1933, y de todos los demás. En la edición de Planeta Letraviva, en su habitual estilo agresivo escribe:

“Por otra parte...nunca dije la sandez que Quintero me endilga implícitamente: que Velasco habría ganado, en 1933, gracias a que el número de votos subproletarios fue superior al de los demás sectores de la sociedad. Esto es sencillamente ridículo. En todas las versiones de mis trabajos sobre el velasquismo, incluida la presente, afirmo que en aquella ocasión ‘Velasco triunfó con el apoyo masivo de la población’” (Cueva:1988,166).

Huelga decir que no me esperaba una polémica de estos ribetes. Pero, sin dejar de rechazar ese lenguaje impropio en un debate académico, el lector comprobará que a Cueva no se le “endilgó” nada. *El Mito del Populismo* critica, entre otras, su bien conocida tesis de que la base social electoral del primero al último velasquismo fue fundamentalmente un subproletariado urbano, siendo “su plaza fuerte” la ciudad de Guayaquil, cuestión que, en los últimos tiempos, Cueva omitía (Infra, 308-316).

En efecto, según Cueva, ese supuesto subproletariado no solo que fue la base social del primer velasquismo, sino que se habría convertido en un actor político decisivo. Así, él afirmaría que en 1933, “la burguesía ya no se atrevió a cometer fraude, porque resultaba peligroso en un momento en que no se podían dejar de tomar en cuenta las reacciones de un nuevo elemento social, el subproletariado de las urbes...En efecto—añade—ese subproletariado encontró en 1933 su derrotero político en el populismo y su ídolo en...Velasco Ibarra”(Cueva: 1972,29). Ya antes había repetido que “el baluarte de Velasco en Guayaquil han sido los barrios suburbanos... Lo mismo ha ocurrido en otras ciudades del país...” (Cueva:1970,718). Esta proposición se desprendía de que, en el caso de Guayaquil “plaza fuerte del velasquismo, (su) hipótesis de que la situación de masas se constituyó en razón de

las migraciones es fácil todavía de verificar” (Cueva,1970:717). Y refiriéndose al primer triunfo electoral del “velasquismo” Cueva había afirmado que “la votación que tuvo ...en Guayaquil... fue más decisiva aún [que la de Quito]” (Cueva,1970:710).

Esto, obviamente, significaba que esa masa del electorado subproletario, habría hecho un aporte *significativo* o *decisivo*, o, al menos importante, a su triunfo, y nada más. Es decir, no lo que Cueva se inventaba como coartada. La tesis de Germani y di Tella (de la cual la suya era una variante), que interpretaba al populismo como una respuesta a la situación creada por la masiva migración rural hacia las ciudades y la presencia de “una masa políticamente disponible” de marginales urbanos, fue la base de las interpretaciones estándares del velasquismo. Hoy esta tesis ya no la reproduce la comunidad académica, porque la ciencia avanza, también en el Ecuador, a pesar de las prepotencias.

Juan Manguahca y Liisa North así lo entendieron, pues, al discutir esa tesis para el primer velasquismo, nunca habrían escrito que en la polémica de Quintero y Cueva, “las mayores diferencias surgen cuando identifican la base social que apoyó a Velasco. Cueva sostiene que el velasquismo apareció como un ‘medio de manipulación de masas predominantemente subproletarias.’”. Y añaden luego, significativamente: “Al tratar el significado del velasquismo (Cueva) hace hincapié, sistemáticamente, en el carácter costeño y ‘subproletario’ del movimiento de masas que fue su base. Identifica, específicamente, los ‘barrios suburbanos’ de Guayaquil como la ‘plaza fuerte’ de Velasco” (Manguashca y North, 1991:91). Estos mismos autores, luego de revisar los datos electorales proporcionados por *El Mito* sobre las elecciones de 1933, concluyen: “Tanto los datos sobre el tamaño y ubicación espacial del electorado como la conducta política de los migrantes sugieren que la insistencia de Cueva, sobre el papel que tuvieron los migrantes desplazados en los procesos electorales que llevaron a Velasco al poder debería rechazarse para las elecciones de 1933” (Ibid,135).⁴⁰

⁴⁰ Juan Manguashca y Liisa North, aplicando mi línea interpretativa corroboran lo que yo hice para las elecciones de 1933, y avanzan en el mismo tipo de análisis para las elecciones de 1952, análisis que no hice en *El Mito del Populismo* por no estar comprendidas dentro del periodo analizado en esa obra, pero que sí sugiero que se haga, y, que, posteriormente aparece realizado en Quintero-Silva, *Ecuador: Una Nación en Ciernes*, tomando los datos recogidos por nosotros y los de Amparo Menendez-Carrión.

Otros dos científicos sociales, que con seriedad han tratado el tema, también llaman a proseguir las investigaciones sobre “los velasquismos”. Tal el caso de Iván Fernández y Gonzalo Ortiz, quienes en su importante libro *¿La Agonía del Populismo?*, al reseñar su visión sobre el populismo de 1933, recuerdan que según Cueva “al populismo velasquista (había) que entenderlo íntimamente vinculado al proceso de urbanización y a la conformación de un grupo específico: el subproletariado, ‘sector social políticamente ‘disponible’ en espera de un redentor”(Fernandez y Ortiz,1988:26). A renglón seguido, ambos sintetizan la demostración concluyente de que “Cueva está errado, pues, según los datos que presenta (Quintero) se demuestra que: a) en las elecciones de 1933 existe un predominio del electorado rural sobre el urbano, b) el 85,4% del electorado rural sufragó por Velasco Ibarra, c)el voto urbano de un supuesto subproletariado no fue decisivo, d) del total de votos velasquistas, 71 % fue de serranos y el 52% es de pueblos del altiplano, e) el 47% del electorado rural de la Costa también votó por Velasco Ibarra, f) en Quito, el 54% del electorado votó por Velasco, g) en Guayaquil, de los 3.695 votos por Velasco, 2.815 o sea el 76,2%, eran de parroquias centrales de la ciudad donde, según Quintero, en esa época no vivían los subproletarios” (Maignashca y North, 1991:27).

Y es que toda la academia entendió bien a Cueva en su tesis central. Así Marco Velasco, en un sesudo artículo en el que revela su apego a las tesis de Cueva sobre los otros velasquismos, al comentar una de las “ideas fuerza” de *El Mito* señala la siguiente como un aporte central: “La demostración empírica de que el soporte electoral del primer velasquismo no fue, como lo supondría Cueva, la emergente masa marginal urbana guayaquileña, sino la pequeña burguesía pueblerina, particularmente de la Sierra Central” (Velasco:1989,80). Rafael Arizaga, como para que nadie se olvide, nos dice que “los sociólogos y científicos sociales que lo han intentado (estudiar los triunfos de Velasco), han partido siempre del planteamiento que al respecto hiciera Agustín Cueva en sus diversos estudios acerca del fenómeno velasquista, y que como hemos visto en páginas anteriores, parte del equivocado concepto de confundir al velasquismo con una base social social subproletaria” (Arizaga:1985,251 p/n).

Escuchemos lo que afirma sobre la elección presidencial de 1933 un historiador como Osvaldo Albornoz, de cuya meticulosidad y rigor se ha ponderado con justeza: “Como lo ha demostrado... Quinte-

ro, para (el) triunfo fue decisivo el electorado rural controlado por los terratenientes, pues de sus 39.833 votantes, 34.012 sufragaron por él, mientras que solo contó con 17.836 votos urbanos. De esta manera, a nuestro modo de ver convincente, ha quedado desvirtuada *la tesis sostenida por varios estudiosos en el sentido de que este primer éxito se debió al apoyo aplastante del subproletariado de las ciudades*” (Albornoz:1989,166).

La tesis falsa se repitió en el exterior. Así, por ejemplo, un politólogo austriaco, que en sus ensayos se muestra particularmente confundido con la realidad ecuatoriana,⁴¹ parafraseando a Cueva dice que cualquiera “dealing with this specific epoch in Ecuadorean history must inevitably come to the conclusion that José María Velasco Ibarra’s rise to power was occasioned by the disintegration of dominance on the part of the oligarchic party and the advances of the lower-middle and sub-proletarian classes concentrated in Guayaquil and the coastal areas”. (Drekonja:1980,81) Nunca le cupo duda que, según Cueva, las “masas marginales” son la base social del primer velasquismo(Drekonja,1980:81).

Podría citar a más de veinte autores, entre nacionales y extranjeros, que, de manera cabal y con sus cinco sentidos, citaban fielmente las tesis de Cueva sobre el primer velasquismo como un fenómeno basado electoral y socialmente en el subproletariado urbano, principalmente guayaquileño.⁴² Pero, fue el mismo Cueva el que nos dió la razón, cuando en Cuenca afirmó, refiriéndose a la refutación de su tesis, que si los resultados parecían válidos para los años treinta, es decir, pa-

⁴¹ A más de ser poco amigable con el país, tal como lo sugiere el título de su artículo, “Ecuador: How to handle the banana republic turned oil state”, del **Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe**, Número 28, Junio de 1980 (págs.77-94), ese autor, osa hablar de la supuesta “ociosidad característica de los ecuatorianos de generaciones pasadas”(sic)!, señalada como causa “primordial” ¡del retraso de las ciencias sociales ecuatorianas! Se trata de Gerhard Drokonja. Ver su poco riguroso “Ecuador: Ensayo bibliográfico”, en **Ecuador, hoy** (Bogotá:Siglo XXI,1978)pág.283. Por ventura, autores como éste —que además escribe con abundantes inexactitudes históricas sobre el país—, son la excepción, entre los ecuatorianistas extranjeros que, sin duda, han hecho una notable contribución al conocimiento del país.

⁴² El libro de Menendez-Carrión (1986) reveló que tampoco en 1952, ni en 1960, y ni siquiera en 1968, las victorias electorales de Velasco Ibarra, se debieron al apoyo de “los sectores urbano marginales, o inclusive a los sectores urbano marginales de Guayaquil”(p.301).

ra el Primer Velasquismo, ellos no lo eran para fechas más recientes, añadiendo que en “1934 efectivamente el populismo es un mito simplemente porque no existía”.⁴³ Lamentablemente, luego se contradijo, se retractó de esta implícita autocrítica y siguió escribiendo en los viejos términos.

Por cierto, la afirmación de que “el Velasquismo” siempre fue “un fenómeno suelto”, también resulta errónea.⁴⁴ Y aunque algunos colegas, que, por su acumen teórico podrían haber evitado ese error,⁴⁵ se han hecho eco de un esquema superado y coinciden en él con apologistas velasquistas, tales como Rafael Arízaga, que trata de identificar a Velasco como el eterno independiente de los partidos políticos, y, sobre todo, de los partidos oligárquicos. Es evidente que, en un proyecto

⁴³ En esa misma versión de su libro —la de Letraviva— Cueva ya va más lejos en su desenfado, al afirmar que él había planteado “con anterioridad, en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, con el nombre de ‘procesos de re-feudación’,” (pág 168) el fenómeno que describo como nueva servidumbre en el agro ecuatoriano, como producto de la crisis agraria de los años 20 y que tiene relación con la existencia de la vía junker de desarrollo del capitalismo en la que debe ubicarse el surgimiento del primer velasquismo. Por cierto, mi planteo que proviene de mi tesis doctoral nada tiene que ver con su refundación del feudalismo o cualquier otro término que use en ese libro sobre el cual nunca he hecho comentario alguno por la sencilla razón de no haberlo leído jamás. Cueva, sin embargo, presenta lo que escribió en ese opúsculo para defender lo indefendible que planteó en *El Proceso de Dominación Política*. Incluso en la misma página comete la audacia de acusarme de “mutilar lo que yo digo” para “`refutarme` más fácilmente.”, en una transposición de textos, con la que juega a su conveniencia. Al parecer, *El Proceso de Dominación Política en el Ecuador* no podía defenderse solo, y Cueva se ve obligado a recurrir a ésta, otra, coartada consistente en confundir sus textos, ahistóricamente.

⁴⁴ Tesis que tuvo también circulación fuera del país. El politólogo austriaco ya citado la hace suya cuando dice que Velasco “named himself presidential candidate in 1934 and won a landslide victory with 81 percent of the votes” (Drekonja, 1980:81).

⁴⁵ Tal el caso, por ejemplo, de Maignashca y North, quienes afirman que “Velasco mantuvo su capacidad para ganar elecciones por su propia cuenta. Con la excepción de 1933, él terció independientemente con los candidatos del Partido Conservador y liberal (1952, 1960, y 1968)”.(1991,130) No solo se olvidan de las elecciones de 1940, cuando terció con apoyo de una fracción conservadora, sino que en 1952 fue apoyado por la extrema derecha (ARNE, el MSC, y una fracción del PCE) como lo fue también en otros comicios, por lo cual no hay razón para sostener que “en el campo electoral, el velasquismo se desarrolló independientemente y en competencia con ambos partidos tradicionales: el Conservador y el Liberal”. Para una visión distinta de los velasquismos, véase Quintero-Silva: 1991, 1195-104.

serio, la investigación pasa por el análisis de “los velasquismos” y no “del velasquismo”.⁴⁶ Es necesario que la sociología vaya más allá de ese tipo de generalidades con escasa referencia histórica real.

En segundo lugar, las respuestas a las críticas recibidas por sus “esquemas”, son aparentemente fáciles. Son casi de un lugar común. Por ejemplo, primero habló del “carisma” de Velasco para interpretar la formación del liderazgo del personaje. Pero luego, simplemente, afirmó que lo empleaba solo como una categoría descriptiva. Luego, en 1988, dijo que seguía sosteniendo que Velasco fue “carismático”, y añadió, “así como pienso, ahora, que el general Frank Vargas tiene ‘carisma’” (Cueva:1988,164).

Como se sabe, “carisma” era el “don de gracia” que los santos cristianos recibían de Dios. Weber la usó para describir la fuerte atracción que tenían grandes líderes entre las masas. Como tal, parece ser un rezago en la sociología moderna de la doctrina medieval de la esencia, que mantenía que el fuego como fenómeno físico debía explicarse por la sustancia (“flogiston”) que contenía cada objeto combustible y que salía cuando se prendía. De manera similar, la ascendencia de un líder popular puede ser explicada en términos de su posesión de “cualidades carismáticas”. El término se emplea para insinuar, que, el apoyo logrado por un líder popular, no ha de explicarse debido a sus ideas, programa y acciones, sino exclusivamente por alguna cualidad de magnetismo personal.⁴⁷ Así, se absuelven a las ciencias sociales de

⁴⁶ Lamentablemente, Cueva, citándose en un texto anterior, reafirma su error de considerar que hubo un fenómeno de “velasquismo”. Véase Cueva, 1988:160. Cuando se trata “al velasquismo” como uno solo, sin distinguir entre las coyunturas de 1933, 1940, 1944, 1952, 1960 y 1968, se puede decir cualquier cosa sobre “velasco” o su “velasquismo”.

⁴⁷ Como lo ha comentado Claudio Mena, lo que yo hago a este respecto, es oponerme a las explicaciones que atribuyen el fenómeno del velasquismo al carisma del líder, a sus condiciones personales, a la “teoría del dedo y del balcón”...e indagar “lo que está tras el escenario, pregunta quién es el dueño de la casa con el balcón y se remite a las condiciones sociales, a las clases que los líderes representan. Quintero descubre que la figura de Velasco Ibarra por sí sola, sin necesidad de ser disminuida, no bastaría para explicar el fenómeno del velasquismo. Atrás de él están las clases sociales, las pugnas de intereses económicos. Para Quintero, el ascenso de Velasco Ibarra se explicaría por su vinculación —querida o no por él— con la clase terrateniente y la burguesía oligárquicas”. Ver Mena, “Una Nueva Historia”, editorial del diario **HOY**, 7, febrero de 1987.

buscar una verdadera explicación acerca de las fuerzas sociales y de las condiciones que produjeron los movimientos sociales de masas.⁴⁸

El problema no consiste, ni mucho menos, en cuál fue la opinión de Cueva, sino en que la categoría de “carisma” fue propuesta siempre *por Weber* como una categoría descriptiva. Y, precisamente, *ese no* es el problema, pues la descripción hace parte —pero no la substancial— de toda ciencia. La crítica de *El Mito* apuntaba a señalar, que, en el país, se la aplicaba para ahorrarse una explicación de cómo se habían constituido los líderes.⁴⁹ Como lo afirma Emilio de Ipola, “(p)or lo general, las misteriosas virtudes carismáticas del término mismo de ‘carisma’ (propuesto por Weber con fines esencialmente descriptivos) suelen reemplazar a la necesaria explicación del hecho” (de Ipola, 1987:128).

Si lo mismo ocurre con el término de *populismo*, el asunto revela la imprecisión de Cueva en el uso de los conceptos. En una primera instancia, presentó al “populismo” como una forma de dominación política, lo cual requería sostener que, por lo menos, tuviese el status de categoría teórica explicativa. Pero, a partir de la crítica formulada, sostuvo que “populismo” es solo un término descriptivo. En Cuenca, textualmente, dijo: “Cuando hablamos, por ejemplo, de militarismo, o cuando hablamos de populismo, obviamente estamos empleando conceptos descriptivos” (Cueva: 1980,12). Si el empleo del término “populismo” se lo hace en función de su carácter descriptivo como lo han reconocido varios autores, y él mismo lo aceptó, muy a pesar suyo en Cuenca, entonces, ¿en qué quedan los “grandes esquemas generales”?

⁴⁸ Sobre la noción maxweberiana del “carisma” aplicada a Velasco Ibarra, tan socorrida y hasta recuperada por la sociología contemporánea, véase Rafael Quintero, “Preliminares de una Crítica sobre el llamado ‘velasquismo’” en *Cultura*, Revista del Banco Central del Ecuador, Septiembre-Diciembre de 1978, Número 2, págs.188-206.

⁴⁹ Sobre esto he abundado en otros escritos y en *El Mito* (véase Quintero, 1997:307-308) y Quintero, 1977. Tampoco para Marco Robles, el argumento de Cueva de emplear “carisma” como un nivel descriptivo es convincente “porque lo **descriptivo** en sociología ...entraña la preparación del paso o peldaño a la investigación teórica del objeto o fenómeno de la ciencia! Y si consideramos que sin describir los hechos es imposible explicarlos, entonces se desprende que la justificación de que únicamente emplea los términos “a nivel simplemente descriptivo”, no le salva al Sr. Agustín Cueva del cuasi dislate”. (Robles: 1989,63)

Según Enrique Ayala, Cueva “defiende el uso del término (populismo), no como categoría explicativa, sino como recurso descriptivo de la realidad” (Ayala:1993,89). Cueva habla de niveles de verdad. El “carisma” de Velasco y Frank Vargas, es uno de esos “niveles” y el “populismo” o “militarismo” sería otro “nivel”. (Cueva,1980:55) Pero estas simplificaciones de lo real conducen a serios equívocos en cuanto a la conceptualización del fenómeno estudiado.

En efecto, la resistencia de Cueva a las definiciones era una constante. Para evitar hacerlas en un momento del debate llegó a decir que las definiciones solo las hace la “sociología gringa”.⁵⁰ Años más tarde, siguió eludiendo las definiciones, enfatizando que en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx se preocupa “de todo, salvo de definir lo que es el bonapartismo” (Cueva, 1980:179), como si esa apatía teórica hubiese sido la práctica de quien ensayó tantas definiciones en su obra. Tal respuesta no resiste el análisis. Véamos por qué.

En todo ejercicio técnico y científico solvente, caben las definiciones. Claro está, cuando hay claridad sobre lo que se realiza. Al definir una categoría o un concepto, buscamos la unidad de la variedad, y el método debe ser, al mismo tiempo, analítico y sintético. Si la categoría “populismo” —según se dice— puede expresar un conjunto o una serie de características, todas ellas deben mostrarse en forma sintética, generalizada, expresando la unidad de la precisión de su contenido, y no su enumeración sucesiva. Por ello, el único esfuerzo de Cueva por definir al “populismo”, realizado como respuesta a la crítica de *El Mito*, no resolvió el problema de la insolvencia de ese vocablo, pues careció de una estructura lógica interna.⁵¹ Los méritos descriptivos de su esquema no superaron sus insuficiencias teóricas. Por eso había que desecharlo, por ineficaz, para explicar los cinco ascensos al poder de Velasco Ibarra, y su fracaso en 1940, cuando fue derrotado en las urnas.

⁵⁰ En la edición de 1988 Cueva machaca sobre lo mismo pero con la “finura analítica” que le era propia, entonces hablaba “del empirismo estadounidense” que Quintero “conoce muy bien” (Cueva, 1988: 163).

⁵¹ Véase Cueva: 1988,183-186.

Este debate mantiene su actualidad, porque es una verdad incuestionable, que, en las ciencias sociales ecuatorianas aún se sigue reproduciendo la falsa problemática desmitificada en 1980.⁵²

D. La segunda respuesta de Cueva y la emulación de Arízaga

Ante las dificultades de rebatir las tesis de *El Mito del Populismo* en el terreno académico, en la edición de Planeta Letraviva, Cueva abandonó ese campo y, en un nuevo prólogo titulado “Entre Candilejas y Bastidores”, arremetió con todas sus fuerzas y escogió un atajo peñoso: el de intentar, ya no rebatir las tesis de *El Mito del Populismo*, sino de desprestigiar a su autor.

Para ello, Cueva introdujo elementos políticos, que no tenían nada que ver con la elaboración de *El Mito*, escrito cuando su autor no militaba en ningún partido político, y editado por instituciones académicas. En esta segunda respuesta, elaborada cuidadosamente durante tantos años —¡casi diez!— Cueva no cambió de postura. Más aún se creyó con derecho a emitir un conjunto de juicios morales.⁵³

¿En que consistió su nueva respuesta?

1. En primer lugar, intentó desprestigiar al autor presentándolo como miembro de una “clique”. Textualmente escribió:

“La *clique* de Rafael Quintero aprovechó, como era de esperarse, estas circunstancias (Cueva se refiere a su negativa a que se publique la versión dactilografiada del debate de Cuenca), para decir que nunca supe como responder al ‘excelente planteamiento crítico’ de su mentor” (Cueva: 1988,10).⁵⁴

⁵² Otros recursos de Cueva consistían en 1) lanzarse a responder sobre críticas que no se le habían hecho. Tal el caso de responder sobre el uso de la categoría de caudillismo, nunca cuestionada por mí, sino, **al contrario** desarrollada en mis libros; y, 2) endilgar a su crítico frases supuestamente alusivas a su estilo o contenido pero jamás escritas por mí. Tal el caso de frases como “retórica literaria”, y “desviación weberiana”, entre otra colección de frases que se inventaba de sí y porque sí. Estas formas de debatir no son sino verdaderos **coups de plume**.

⁵³ Entre ellos cito algunos de la edición de Planeta Letraviva, de 1988: “Quintero no siempre actúa de buena fe” (pág.165); “La escasa buena fe de Quintero” (pág. 167); e, incluso, llegó a referirse a una “clique de Rafael Quintero” (Cueva, 1988:10)

⁵⁴ Los entrecomillados de Cueva no corresponden, desde luego, a ningún autor.

¿Cuáles son los argumentos para ubicarme en semejante lugar, como cabeza de “una clique”,⁵⁵ y hacer este juicio moral? El lector me disculpará por lo extenso de las citas, extraídas del acusatorio de Cueva, consistente en tres primicias:

La primera consiste en denunciar que el dirigente de un partido político ecuatoriano intervino, “en 1974”, aunque dice no recordar bien el año, para impedir que su libro, *El proceso de dominación política*, sea publicado en un país extranjero. Pero veamos, todo lo que Cueva escribió:

“En efecto, en 1974 (si recuerdo bien el año) me ocurrió un incidente poco grato por su trasfondo político. El libro iba a ser publicado por Editions Sociales, de París, para lo cual ya se contaba incluso con una traductora; mas un buen día recibí una carta, justamente, de Mme. Tauzin, la traductora, haciéndome saber que una delegación del Partido Comunista Ecuatoriano (PCE), encabezada por el Secretario General de entonces, Pedro Saad, de paso por París, había expresado su irrevocable oposición a que se publicase mi libro, al que se acusaba, al parecer, de serias desviaciones ‘ultraizquierdistas’. Puesto que Editions Sociales era (¿es?) la editorial del PC francés, la opinión de su homólogo ecuatoriano equivalía a un veto al que todos tuvimos que atenernos”(Cueva: 1988,9).

Como se ve, Cueva acusaba a Pedro Saad en 1988, cuando éste ya había fallecido,⁵⁶ de ser el autor de un veto, convirtiéndole en la *bête noire* de una historia de trastienda editorial. El lector, seguramente, se preguntará lo que yo me pregunté cuando leía semejante historia: “¿Y qué tiene que ver Rafael Quintero con ese ‘veto’ a la obra de Cueva?” Pues nada. Ni siquiera conocía entonces a Pedro Saad, ni militaba en ningún partido político cuando escribí ese libro, aunque, sin duda,

⁵⁵ Según el Petit Larousse “clique” es un “grupo de personas que se unen para maquiñar, engañar”(pág.220 t/n).

⁵⁶ Pedro Saad Niyaim, (nacido en Guayaquil el 19 de mayo de 1909), primer presidente de la Confederación de Trabajadores del Ecuador, miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1944-45 y 16 años seguidos (1947-1960), senador funcional de los trabajadores, asumió desde 1952 la dirección del PC. Murió el 26-II-1982 en Guayaquil.

me adhería a lo que podríamos llamar un radicalismo de izquierda. Y en 1974, no solo que no pertenecía al partido de Saad, y, por lo tanto, no era ni miembro de base, ni podía haber estado en su dirección al momento del supuesto incidente. Es más, junto con una pléyade de intelectuales (tales como Javier Ponce, Rafael Larrea, Julio Echeverría, Rosa Echeverría, Juan Andrade, Rocío Madrinán, Ivan Oñate, Dolores Padilla, Simón Corral, etc.) pertenecía a un frente político distante y crítico del PC. Nadie podrá creer que un no afiliado al PCE, ante sí y porque sí, hubiese dictado semejante despropósito al poderoso Secretario General del PC, al que, además desconocía.

Sin embargo, Cueva usó este infundio, con intenciones que me abstengo de calificar, dadas las circunstancias. Básteme decir, que, no solo que me era totalmente ajeno lo referido por él, sino que, por primera vez me enteré de ello, al leerlo en el “nuevo prólogo” de 1988. Pero hay algo más: contrario a lo que insinúa en ese prólogo, mi relación personal con él fue, durante los años setenta, muy fluida, cordial y normal. Así, cuando en 1976 organizaba el Primer Congreso de Escuelas y Facultades de Sociología, cuya sede fue la Escuela de Sociología de la Universidad Central que dirigía entonces, invité a Cueva, a quien había conocido personalmente en un viaje a México en 1975. El formó parte de un grupo de cientistas sociales residentes en el exterior, a quienes invité a ese congreso. Todos ellos — Juan Manguashca, Andrés Guerrero, Bolívar Echeverría, Alejandro Moreano y Agustín Cueva— enriquecieron la discusión en tal evento. Más tarde, publiqué varios artículos suyos en la *Revista Ciencias Sociales* que fundé en 1977, pues siempre reconocí su trabajo intelectual. Más adelante, cuando la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo la recomendación del propio Cueva, me contrató para hacer una *Antología del Pensamiento Social Ecuatoriano*, para la Colección “Pensamiento Estudiante Universitario” dirigida por Alejandro Whitker, le pedí que me permitiera incluir un artículo suyo entre las obras seleccionadas, lo que aceptó muy entusiasta. ¿Podía, entonces, ser parte de una supuesta persecución por parte de un partido al que no me pertenecía, y, con cuyos dirigentes, no tenía ninguna relación? Evidentemente no.

Las diferencias que hubiesen tenido Agustín Cueva y Pedro Saad en 1974, en torno a la publicación de un libro, en otra geografía y en

tiempo pasado,⁵⁷ nada tuvieron que ver conmigo, y menos aún, con *El Mito del Populismo*, derivado de mi tesis doctoral, que preparé para la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, Estados Unidos, y que contendría —para la mala suerte de nuestra amistad truncada—, una búsqueda de una explicación alternativa a la presentada por Cueva. Entonces, ¿a qué viene todo esto?

Como se puede percibir, en las respuestas de Cueva a *El Mito del Populismo* aparecieron preocupantes asuntos, tocantes a la ética profesional. Advierto que ello no carece de importancia, pues atañe, en este caso, al proceso de búsqueda de un conocimiento veraz. En realidad, tales aspectos ya habían aparecido un año antes, en un escrito suyo, intitulado “Veinte Años Después” (Cueva: 1987,16). El debate lo llevó a un plano tan personalizado, que incluso llegó al ataque de mi entorno familiar, lo cual era inconcebible. En ese escrito, Cueva nuevamente se consideraba incriticable.⁵⁸

Felizmente, toda verdad es una verdad del conocimiento, y esta surge y la crea el ser humano en el proceso de la investigación real del mundo; es un producto de dicho proceso y, al mismo tiempo, ella misma es un proceso. Pero, penosamente, Cueva se empeñó en proseguir por semejantes atajos, y, en ese malhadado Prólogo, quiso tejer otros argumentos de desprestigio. Así, continúa con una nueva acusación política, que igualmente sorprende.

Esta segunda acusaba a “parte de la cúpula” del partido, al que me afiliaría en 1981, de haberlo chantajeado y amenazado para que no siga “atacándome”, según dice Cueva. Nuevamente, Cueva incriminaba a terceros, pretendiendo relacionarme con ellos.

Cabe citar *in extenso* su acusatorio:

⁵⁷ Cueva acusa a Saad, que ya fallecido no le pudo responder, de haber intervenido para que éste no publique un libro en la editorial del PCF. Esta acusación ha sido calificada de “calumniosa” por muchos que conocían bien a Saad (y lo pensaban incapaz de hacer eso). Véase la airada respuesta de un amigo personal de Pedro Saad, Marco Robles, en “Alucinaciones sobre el Populismo”, *Revista Ecuatoriana de Pensamiento Marxista*, Quito, Vol.12, Mayo de 1989, págs.59-68. Robles en ese artículo se desborda y califica injustamente a Cueva de anticomunista. Yo, que conocí a Cueva, jamás lo podría calificar como tal.

⁵⁸ Véase Cueva, 1987:16. Este estilo de contestar la crítica combinó la alteración de las fechas, la tergiverización de lo planteado, y el desprecio por las técnicas de investigación. Como “simple chismografía” o “rumor” califica a la técnica de la entrevista. Véase Cueva, 1987:18.

“En 1980 apareció el libro *El Mito del Populismo en el Ecuador*, de Rafael Quintero, a propósito de cuyos planteamientos se produjo una acalorada discusión en el Tercer Encuentro de Historia... (Cuenca, Noviembre de 1980), sobre el tema del velasquismo. Pese a lo encendido del debate todo parecía transcurrir normalmente, o al menos limitarse al ámbito académico, hasta el día en que, para sorpresa mía, recibí un insólito mensaje, proveniente de una parte de la cúpula del PCE y transmitido por un colega que, igual que yo, asistía al segundo congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, en la Habana (abril de 1981). Se trataba de un virtual ultimátum: o me abstenia de atacar al ‘camarada’ Quintero, o me arriesgaba a sentir todo el peso del partido. El referido colega (miembro del parlamento ecuatoriano en el momento en que escribo estas líneas (mediados de 1988) me aconsejó además, como amigo, que me calmase, dándome a entender que esa cúpula podía llegar a ser despiadada, no con la burguesía desde luego, mas sí con los compañeros y allegados a quienes se proponía triturar. Ella no discutía ni teorizaba, me explicó, ¡pero cómo calumniaba!”

Más adelante, Cueva escribe: “el chantaje del que ahora se me hacía víctima, era...un típico acto rufianesco. Algo andaba mal en los reinos del PCE. Aun así guardé silencio...por respeto y afecto a tantos amigos que militaban con abnegación e inteligencia en él....Esa fue la razón por la cual ni siquiera revisé la versión dactilográfica del debate de Cuenca, que más bien pedí a Leonardo Espinosa no publicar. La clique de Rafael Quintero aprovechó, como era de esperarse, estas circunstancias, para decir que nunca supe responder al ‘excelente planteamiento’ de su mentor” (Cueva:1988,10).

Dada la gravedad del acusatorio, pido paciencia al lector, para decirle lo siguiente:

1. Como se aprecia, Cueva comenzaba y terminaba hablando del “debate de Cuenca”. Por ventura, los hechos fueron públicos ese noviembre de 1980 en Cuenca, como lo fue la participación de todos los académicos en el III Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador, del 24 al 28 de noviembre. En ese evento, Cueva tuvo dos participaciones: una primera en la que presentó una ponencia

cia, el día martes 25 de noviembre, sobre la situación de las ciencias sociales en el Ecuador. Como todos conocen, no estuve presente en esa conferencia, porque ni siquiera había llegado a Cuenca. Por eso, si aquel día Cueva tuvo “una acalorada discusión”(sic) y “un encendido debate” (sic), ese no fue conmigo. Cuando llegué a Cuenca a presentar una ponencia, el 26 de noviembre, supe de la intervención de Cueva y acepté un debate al que me invitó a participar Lucas Pacheco, Director del IDIS. La versión dactilografiada de ese debate la reproduzco íntegramente en un anexo de este libro. El lector podrá leerla, y comprobar que allí no existe ninguna “acalorada discusión”, ni ningún “encendido debate”, aunque el tono y el estilo del discurso de Cueva hayan tenido ribetes de ataques personales.

2. Desde 1981 a 1995 milité en el PC.⁵⁹ En 1988 lo hacía en un comité barrial de base, en el Sur de Quito. Hasta 1988, es decir, siete después del supuesto incidente, no fui dirigente nacional de ese partido. Durante esos años no tuve influencia en la dirección del PC, dirigido por René Maugé desde 1981. Ni él, ni ningún otro dirigente jamás trataron conmigo lo que Cueva cuenta en su libelo.

3. En 1981, eran miembros de la dirección central (es de decir de “la cúpula” según Cueva) las siguientes personas, elegidas en el X Congreso de dicho partido:

⁵⁹ El XII Congreso del PC realizado en 1993 aprobó la tesis de impulsar “la reconstitución histórica de la Izquierda, incluido el partido comunista” (Ver Documento del XII Congreso del PCE *Por la Reconstitución Histórica de la Izquierda*, pág.37). Más adelante en ese documento aprobado en un congreso se afirma: “La izquierda marxista, tiene una matriz común en la confluencia de tendencias que en el año 1926 fundaron el PSE, antecedente de la conversión en el partido comunista de 1931. Esa matriz común es necesario recrearla hoy a la luz de la experiencia recorrida en 67 años y de los acontecimientos mundiales, continentales y regionales”. (El subrayado es del texto original, pág.38). El Comité Ejecutivo de 7 miembros del PCE, propuso al PSE en enero de 1994 “la fusión” y la formación de un solo partido unificado. Las direcciones de los dos partidos (PCE y PSE) trabajaron documentos unitarios y un programa para realizar un congreso de fusión que además tuviese la cobertura legal ante el Tribunal Supremo Electoral que reconocía al FADI como partido inscrito. Así en agosto de 1995, el PC cuya forma legalizada de existencia era el FADI, y de cuyas direcciones nacionales ya hacía parte, se fusionó con el PSE y se formó el Partido Socialista-Frente Amplio. Hacia fines de 1996 se reconstituyó un Partido Comunista del Ecuador, proyecto en el cual no participé en absoluto.

Alfredo Castillo	Miguel Lechón	René Maugé M.
José Solís Castro	Bolívar Bolaños	Efraín Álvarez
Abel Defina Guzman	Edgar Ponce	Milton Jijón
Fausto Moreno	Ana Abad de Monroy	Javier Garaycoa
Enrique Vaca	Cesario Valverde	Alba Calderón
	Gustavo Campi	Valero José Regatto Cordero
	Francisco Polit O.	Aquiles Valencia
	Hector Castro	Hernán Acevedo
	Gonzalo Aulestia	Freddy Almeida
	Jorge Isaac Sanchez	Pedro Saad
	Luis Cárdenas Pinto	Eduardo Jaramillo
	Pedro Caicedo	
	Juan Pio Narvaez	
	Emilio Veintimilla	
	Jorge Aguilar	
	Leonardo Barcia	

Cabe, con esta lista preguntarse: ¿Cuales serían los que formaron en 1981, “esa parte de la cúpula del PCE” que fue tan “despiadada”, calumniosa’ y “rufianesca”? Con los años, los del primer grupo se separaron del PC y fundaron otro partido: Liberación Nacional. Cueva los trató como sus amigos. Supongo que no se refería a ellos como la “parte de la cúpula” que le habría intentado chantajear. ¿Serían, acaso, los dirigentes del segundo grupo, dirigentes obreros de pueblos y ciudades, y campesinos dispersos en zonas rurales, maestros e indígenas? ¿Proveniría de ellos, dirigentes dedicados a otros menesteres, totalmente ajenos de un debate estrictamente académico, semejante chantaje intelectual narrado por Cueva? El lector tiene la respuesta. Queda el tercer grupo encabezado por René Maugé y Efraín Álvarez. Para escribir estas páginas he hablado con ellos. Cada uno me ha expresado asombro e indignación ante tal acusación. Por supuesto, la niegan rotundamente.⁶⁰

⁶⁰ En la entrevista con René Maugé, ex-Secretario General del PC, éste me dijo: “Pedro era muy frontal en sus opiniones, pero jamás cuestionaba una publicación. ¡El jamás le puso el ‘INRI’ a nadie! Pedro era licenciado en Derecho, Profesor de Matemáticas en el (Colegio) Vicente Rocafuerte. Era un humanista. El promovió, en los países socialistas, las publicaciones de obras de no-comunistas: **Huasipungo** en ruso, y **Cuando los Huayacanes Florecían**, son ejemplo de ello. Incluso, no creo que Pedro haya estado en París en 1974. Eran años del gobierno de Rodríguez Lara y Pedro no viajó a Francia esos años” (Entrevista realizada en marzo 1997).

¿Quién quedaba, entonces, de la “clique”, en “parte de la cúpula”? No quedaban sino los fantasmas inventados por Cueva. O, en su defecto, Cueva fue manipulado por un coloso en intrigas políticas: aquel misterioso ex-diputado de un partido de centro-izquierda.

Si alguna lección se puede sacar de esta secuencia de chismes e infundios, es que debemos desconfiar de aquellos análisis en los que se combinan, confusamente, la condenación política, con la moral y con el análisis textual, como lo hizo Cueva. Quienes queremos contruir una discusión seria en las ciencias sociales latinoamericanas, debemos rechazar la agresión verbal y el terrorismo intelectual.

4. Otros agravios se dirigieron contra una “pretendida élite sociológica del Ecuador, concentrada sobre todo en la FLACSO”. (Cueva:1988,11). ¿Por qué Cueva hizo de FLACSO un blanco de ataque en este “nuevo prólogo” de 1988? No encuentro otra razón, sino, la de imaginarme que fue porque la primera edición de *El Mito del Populismo*(1980), fue publicada por esa institución, dirigida, entonces, por Gonzalo Abad Ortiz. Luego de la publicación de ese libro, la FLACSO me invitó a pertenecer a la planta de profesores investigadores a medio tiempo. No me imaginaba que ello me valdría, años después, el calificativo de ser parte ¡de una “clique”!

Dedicado a mis tareas docentes e investigativas, nunca tuve nada que ver en el manejo institucional de la FLACSO —si es que Cueva pensaba que en ese nivel estaba una “clique”— y, tan vulnerable fui en esa institución, que pocos años después, en septiembre de 1985, tuve que dejarla contra mi voluntad, junto con una pléyade de cientistas sociales debido a la presión del gobierno derechista de León Febres Cordero. Mientras estuve en FLACSO, me concentré en preparar una nueva obra en tres tomos: *Ecuador: Una Nación en Ciernes*. Ni siquiera podía haber intuido que esta actividad investigativa, silenciosa, interrumpida por el despido de mi trabajo, me haría miembro de una “clique”.

Era obvio y evidente: la intención difamatoria de Cueva estaba reñida con la más elemental ética profesional. Como las normas de la ética profesional estorbaban sus designios de seguir siendo un “intocable”, se arrogó el derecho de impugnarlas y violarlas. De desenvolverse así las relaciones entre colegas de una comunidad académica, ¿no pasaría a ser ésta sino una verdadera jungla donde un jerarca de la sociología asegurase su reinado?

Esta actitud se explica, por una parte, por una mezcla de autoritarismo moral que alimenta, en algunos intelectuales de nuestro tiempo, tanto de izquierda como de derecha, la “teoría de la jerarquía natural del conocimiento”; y, por otra, por las limitaciones teóricas de sus concepciones sobre el “populismo”, que lo llevaron a callejones sin salida. El hecho de no interesarse en desentrañar, hasta el fondo la compleja naturaleza del proceso de dominación política, y no aceptar que la autocrítica es una indispensable actividad teórica lo condujo por tortuosos caminos.

Ejemplifiquemos ello brevemente. En 1988, Cueva afirmó no haber aquilatado “en toda su magnitud” el “conservadorismo” de Velasco (Cueva: 1988,169-70). Después de una década de muerto Velasco, y después de 20 años de haberlo estudiado, quien fue considerado el principal teórico del “velasquismo”, afirmaba no haberse dado cuenta *antes* de cuán conservador había sido el Dr. José María. Esto era, simplemente, patético. ¿Acaso recién entonces se conocieron las acciones y pronunciamientos reaccionarios, la política represiva, la participación en el fraude electoral contra Raúl Clemente Huerta y a favor del socialcristiano Ponce Enríquez en 1956, el maquiavelismo de aquel presidente que madrugaba a ejercer la represión?⁶¹ Tan adictos al análisis del discurso de Velasco, algunos sociólogos, en efecto, perdieron la pista de las acciones y del significado del lenguaje de ese personaje, al que alabaron, endiosaron, trataron siempre con admiración, lo hicieron reformista, y hacedor de obras. En el fondo, el desencanto no tiene justificación.

En cierta manera, el libro de Cueva fue un ensayo de narración histórica, cuyo ritmo aparecía señalado, principalmente, por los sucesivos gobiernos. Alfaro, Isidro Ayora, Velasco, Hurtado y Febres Cordero, no solo aparecían en la portada de la edición de *Letraviva*, sino en la narrativa ordenada. El cuadro que se percibía, luego de un ensayo de este orden, parecía demasiado estrecho. De todos los personajes que desfilaban en ese libro, el Dr. José María Velasco Ibarra era el más sobresaliente y ocupaba el lugar central. Cueva obviamente, no quiso hacer una historia del personaje, pero en gran medida se quedó en ella. Las “autocríticas” que aparecieron en su última versión, no fueron va-

⁶¹ Las obras en las cuales se da cuenta del carácter autoritario de Velasco Ibarra son múltiples. Véase una última que posee los testimonios del expresidente Rodrigo Borja, recogidos por su ministro de comunicación social, en Rodrigo Rangles Lara, *Venturas y Desventuras del Poder* (Quito: Carvajal S.A., 1995) pág 258.

lederas, porque no lo llevaron a la rectificación de sus errores; tampoco lo fueron en cuanto a la explicación de esos errores.⁶²

En fin, por razones evidentes, ésta será la última vez que me ocupo de las interpretaciones de Cueva sobre su “velasquismo” unívoco, y sus afirmaciones. Lo hago para que aquellos sobre los que influye en sus ideizaciones sobre “el populismo velasquista”, abandonen sus errores y avancen. En 1980, reclamé una ruptura con ese esquema. Hoy me ratifico.

El otro exponente del tipo de respuesta “jerárquico naturalista” que tuvo *El Mito del Populismo*, fue Rafael Arízaga. En su ensayo biográfico de Velasco Ibarra, exhibió el mismo estilo de agresividad y virulencia, mezclando “lo académico” con la política partidista. Calificándome de “conservador marginal”, de “panegirista del partido Conservador”, “envenenado antivelasquista”, de sociólogo “totalmente equivocado”, y “con errores históricos verdaderamente infantiles”, y claro está, no podía faltar, de “seudo marxista”,⁶³ este autor también consideró que la historia era una sola y resaltó su verdad, como la única verdad. ¿Cuál era esa verdad?

Pues, describir a Velasco Ibarra como un candidato que en 1933, “igual habría triunfado” sin el apoyo del Partido Conservador. (Arízaga, 1985:51) Y lo repetía a renglón seguido, cuando afirmaba que el ex-presidente “igualmente habría triunfado sin ese apoyo” del Partido Conservador (Arízaga, 1895:52). Y, como el objetivo era probar que Velasco estaba “libre de vinculaciones partidistas” (Ibid) y por “sobre la sociedad política”, Arízaga le entregaba al propio Velasco Ibarra la tarea de probar su aserto. El mismo “Velasco —decía textualmente— siempre se consideró libre de toda vinculación con los partidos políticos y fue un ardiente admirador de Napoleón como figura histórica de primera magnitud, como lo fue después del general Charles de Gaulle, también ardiente admirador del Emperador” (Arízaga, 1985:55).

⁶² En la última parte de la edición de *Letraviva de El proceso de dominación política en el Ecuador*, Cueva ensaya una definición descriptiva del populismo. Si uno mira a la Europa de ayer y de hoy, a los EE.UU, o a Rusia, a Japón o a Taiwan, uno encuentra lo mismo que describe Cueva en la última parte de su libro: políticos personalistas, contradictorias combinaciones clasistas, ideología parches, y deficiencias programáticas. ¿Dónde está lo sui géneris de América Latina?, cuando esos rasgos no son poco comunes en la política de otros países.

⁶³ Esta colección de calificativos están en Arízaga: 1985, 25, 52, y 110. Son todos textuales.

Al citar textos de Esteban del Campo, Lautaro Ojeda y Eloy Morán Murillo sobre el “carisma de Velasco”, Arízaga aportaba con una primicia teórica: ésta se llama “la teoría del dedo de Velasco”, cuyo primigenio autor fue Luis Monsalve Pozo, quién influyó poderosamente en él (Arízaga, 1985: 55 y 173). Y así, según este autor, Velasco Ibarra poseedor de un gran “carisma” pudo crear un movimiento político de tal arrastre y llegar a la Presidencia... solo.

Es evidente que, al igual que Cueva, lejos estaba Arízaga de un debate fundamentado en un discurso elaborado, sistemático, y con pruebas y basamentos en su propia constitución. Y la actitud era la misma, pues, tras la mezcla de críticas “académicas” y supuestas críticas políticas, la crítica real —tan necesaria para el desarrollo de una ciencia— era desplazada y daba también, en este caso, lugar al ataque y a la diatriba. Como lo afirmó Alejandro Carrión en un editorial quiteño, un trabajo como *El Mito del Populismo* no podía ser del agrado de —él califica— “velasquistas del recuerdo”, renuentes a aceptar que “el carisma de su líder no era sino la pintura de la máscara”. “La verdad es muchas veces tan pavorosa como en la mitología era la cara de la Medusa y como ésta deja paralizados a quienes la miran.... Es natural que Rafael Arízaga, que acaba de publicar su tan anunciado libro sobre Velasco Ibarra, fruto de su adhesión y gratitud por mucho tiempo, reaccione bravamente ante libros como los de ...Rafael Quintero. Nunca es agradable encontrarse con la cara de la Medusa”.⁶ No hay duda, que el miedo a la verdad, expresa uno de los aspectos esenciales de esta crisis espiritual de esa sociología subjetiva.

⁶⁴ Véase Alejandro Carrión, “La Cara de la Medusa”, 29 de septiembre de 1986 en *El Comercio*.

CAPÍTULO 3

CUESTIONES EN DEBATE CON LA CRÍTICA ACADÉMICA

1. La Tesis sobre el camino “prusiano” y el primer velasquismo

En *Los Partidos Políticos en el Ecuador y la Clase Terrateniente en las Transformaciones del Estado*, Tesis de Ph.D., escrita a principios de los setenta, postulé la adaptación al Ecuador del modelo comparativo de la “vía prusiana”, avanzada por Lenin en sus estudios del capitalismo. Como lo decía entonces, “creo que este esquema es adaptable al país, dentro de ciertos límites”.⁶⁵ Asimismo lo hice en 1976 al preparar este libro, en momentos en que, coincidentalmente, escudriñaba

⁶⁵ De esa tesis, de 15 capítulos, extraje cuatro capítulos que usé en la preparación de la primera edición de *El Mito del Populismo en el Ecuador*, pero ella es mucho más abarcativa, tanto por su problemática teórica, como por los temas tratados. Mi planteamiento sobre el camino que transitó el capitalismo ecuatoriano se encuentra en el capítulo IX, acápite C, de esa tesis titulado “El camino ‘prusiano’ de constitución del Estado burgués en el Ecuador bajo las condiciones del imperialismo”, en las páginas 236-244. El texto citado es de p.241. Me veo obligado a puntualizar esto pues Cueva, a pesar de saber que en su libro *El proceso de dominación política en el Ecuador* el concepto de vía junker o prusiana no está presente, a pesar de desconocer mi tesis doctoral donde está planteada esta aplicación del concepto a nuestra realidad, juega nuevamente con las apariencias y llega a afirmar lo siguiente, que presento al lector para que juzgue: “Me refiero a la introducción del concepto de ‘vía oligáquica dependiente’ (sinónimo de vía ‘junker’ o vía ‘prusiana’ en condiciones de dependencia); concepto que ...no está presente en *El Proceso de dominación política*, pero que en cambio apacere ampliamente tratado en *El desarrollo del capitalismo en América latina*, cuya primera edición data de 1977. Con este antecedente, resulta una ironía, por decir lo menos, que la gran alternativa que Quintero propone, ¡en 1980!, para rebatirme, sea nada menos que ..’ la vía prusiana de desarrollo burgués en el Ecuador’. Como dice un personaje de Samuel Beckett: ‘Almas vivas, verán que se le parece.’” (Cueva, 1977:164). La cita es textual y revela, nuevamente, la forma en que debatía Cueva.

la discusión leninista sobre el desarrollo capitalista.⁶⁶ Esa iniciativa fue bien acogida, posteriormente, por muchos otros estudiosos de la realidad nacional. La misma arranca de la formulación que Andrés Guerrero hiciera en su estudio sobre la hacienda precapitalista, acerca de la transformación de las relaciones agrarias en el campo ecuatoriano (Guerrero:1976).Según él, ésta siguió una típica vía prusiana, impulsada por la clase terrateniente.⁶⁷ Cuando planteé que se podía comparar el desarrollo histórico del capitalismo que transitaba el Ecuador **desde 1895**, con aquel modelo teórico sugerido por Lenin como la vía prusiana, lo hice, ampliando la discusión teórica de esa categoría, a otros aspectos que consideré pertinentes. Así lo comprendieron algunos estudiosos latinoamericanos del problema agrario.

Miguel Murmis en *El Agro Serrano y la Vía Prusiana de Desarrollo Capitalista*,⁶⁸ planteaba que se estaba “haciendo patente cómo el análisis en el desarrollo del capitalismo en el campo y en particular, del camino prusiano incluye la consideración de elementos que van mucho más allá de la transformación de la unidad de producción terrateniente. Rafael Quintero ha rescatado recientemente la afirmación de Lukacs en ese respecto”.⁶⁹ Creo que lo realizado tenía su razón de ser, pues, como lo afirma Roger Bartra, “(s)i hay algo claro en la interpretación leninista de la evolución agraria, es que ésta no puede ser comprendida estrictamente en términos económicos: la dimensión política juega un papel tan importante que sin ella no se puede alcanzar a percibir el fondo del problema” (Bartra:1974,15) Para mí, la vía prusiana o junker, en un país latinoamericano, era impensable sin un Estado burgués-terrateniente que la custodie. La creación de la categoría teórica de **Estado burgués-**

⁶⁶ La obra de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, fue objeto de un Seminario-Taller que tuve a mi cargo en 1974 en la Escuela de Sociología de la Universidad Central. De esta época son dos trabajos inéditos míos sobre esa obra publicados para mis estudiantes de Sociología en Quito.

⁶⁷ Contrariamente a esta tesis, otros estudiosos del problema agrario (v.g.Fernando Velasco) sostenían que la fracción de clase que impulsa la transformación agraria vía junker era la burguesía industrial “aunque ella misma no se dé cuenta de ello”. Como podemos observar, me estaba situando en un terreno polémico en nuestro análisis del problema agrario, el más candente del Ecuador,a principios de los años 70.

⁶⁸ En Barsky et al,1980:7-50, Miguel Murmis señala que “Quintero aplica el modelo prusiano al Ecuador de 1895” (pág. 47,nota 8), y empleará persistentemente el término “modelo” para referirse a la vía prusiana.

⁶⁹ Ibid, pág. 16. Murmis se refiere a la tesis antes citada. Pero a este respecto, reproduce, en este libro el asunto al que se refiere Murmis. Véase Quintero, 1997: págs.88-94.

terrateniente, propuesta también en este libro, y su tratamiento, era, por ello, un acompañamiento pertinente. Naturalmente, en la vida política real —más allá de la teoría— habrá políticos, ideólogos, grupos y partidos que, en los hechos concretos, ejecuten acciones que expresen esta vía reaccionaria de construcción del capitalismo, en la cual participan “dos fuerzas” (la burguesía y los terratenientes) y no solo “una” (los latifundistas) como erradamente a veces se supone.

Por su parte, el historiador Osvaldo Albornoz analiza la vía junker aplicada al Ecuador.⁷⁰ La “permanencia del latifundio que de hecho significaba el mantenimiento de tierras ociosas, métodos retrazados de cultivos y un nivel infrahumano de vida de los campesinos, obstaculizó la acumulación de capitales, cosa que a la vez se convirtió en una gran traba para el desarrollo de nuestra industria, condenada a marchar a paso de tortuga. A seguir, se podría decir dada su lentitud, una vía junker industrial” (Albornoz, 1989: 149). Enrique Ayala en su importante *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana*, acoge mi planteamiento de que, en el Ecuador, en lugar de una vía democrática de constitución del Estado moderno se dio paso a “un camino prusiano, de lenta transformación y permanente compromiso con los grupos más atrasados de la sociedad” (Ayala: 1995, 207).

Sin embargo, en su contribución al debate, Juan Maiguashca y Liisa North consideran que no se puede aplicar al Ecuador, el modelo de la vía prusiana. (Maiguashca y North, 1991: 89, 160). Ellos utilizan una nueva fuente, para reclamar la validez de su cuestionamiento: la obra de Barrington Moore. Y afirman que les “parece que esta analogía es errónea”. Los “junkers” alemanes fueron capaces de proyectar su poder, a lo largo del Estado y la sociedad nacional, precisamente porque se convirtieron en una clase capitalista dinámica. La vía junker fue políticamente regresiva, pero, en términos económicos, se basó en el desarrollo agrícola tecnológicamente más avanzado del continente europeo y en el rápido crecimiento de la industria pesada: fue el matrimonio del acero y la cebada. Los autores, de inmediato, hacen un llamado a la obra de Barrington Moore para apoyar su crítica. Y, luego,

⁷⁰ En *Luces y Sombras del Liberalismo* (Quito: Editorial El Duende, 1989. Véase capítulos 18 (“El liberalismo y el problema agrario”), y el 27 y 28 sobre “Algo más sobre la vía junker”, y “El aspecto político de la vía junker”, respectivamente. Albornoz acoge en este libro, la categoría de “estado burgués-terrateniente” (pág. 107) que a mi entender hace parte del modelo planteado, pues denota la convergencia de las dos clases dominantes como he enfatizado en este libro.

añaden algo muy importante de citar para nuestra respuesta. “Por el contrario, las clases terratenientes serranas, pese a su despertar empresarial en los años veinte, fueron rentistas; las relaciones capitalistas se desarrollaron lentamente”.⁷¹ El rechazo a la aplicación del concepto de vía junker se hace a nombre de la historia comparada y de la autoridad de un historiador.

Conozco también la obra de Barrington Moore, y creo que Manguashca y North confunden los términos históricos del desarrollo capitalista en Alemania, a los que se aplica el modelo de la vía prusiana, cual es, el momento de la revolución burguesa y de la transición del feudalismo al capitalismo. Y, contrario a lo que ellos indican sobre el dinamismo capitalista de los junkers, esos terratenientes prusianos no exhibieron, históricamente, el “dinamismo” que nuestros autores, les atribuyen. Pero, lo grave de la crítica de nuestros autores es que el propio Barrington Moore, al que se refieren como apoyo de su aserto, en ninguna parte de su libro citado señala lo que ellos dicen, sino todo lo contrario. Véamos lo que realmente dice Moore:

“Para fines del siglo 17, la mayoría de los nobles se habían vuelto pequeños déspotas en el área de sus propiedades, sin control, superior o inferior, por parte de ninguna autoridad formal. La revolución ‘capitalista’ del Junker del siglo 16 -y 17- fue casi por entero una revolución social y política. En la literatura no hay indicación alguna sobre algún cambio técnico importante en la agricultura que haya acompañado el ascenso junker a la supremacía. El sistema de tres campos era aún casi universal todavía hasta aproximadamente el tiempo de la Guerra de los Siete Años, y, por el siglo 18, las prácticas agrícolas, **especialmente en las grandes propiedades junkers, se encontraban bien atrasadas respecto de aquellas de las provincias occidentales de Alemania**” (Moore:1966,463).

Por lo que, no veo cómo, los mencionados autores pueden señalar que, en “términos económicos”, la vía junker “se basa en el desarrollo agrícola tecnológicamente más avanzado del continente europeo”,

⁷¹ 1991:110. Más adelante hablan de “concepto” y “noción” no aplicable al Ecuador.Ver pág.147.

y citar, precisamente a quien señala lo contrario, y ni siquiera usa el término “vía junker” en la citada obra. En efecto, el historial de los junkers prusianos no muestra dinamismo capitalista en la revolución burguesa alemana de 1848 —la comparable con la revolución burguesa de 1789 en Francia—, sino el papel atribuido por la historiografía moderna. La vía junker no fue, entonces, solo “políticamente regresiva”, como se pretende hacernos creer.⁷²

Quien primero propuso la categoría de vía prusiana o junker no estaba haciendo una analogía de sujetos históricos aislados y tampoco esperaba encontrar “junkers” idénticos en Rusia.⁷³ Tampoco nosotros, para el caso ecuatoriano. Me parece que Maiguashca y North están cayendo en el equívoco de fetichizar el término “junker”, a la manera del neopositivismo.⁷⁴ En mi concepto, el término “junkers” (grandes terratenientes prusianos) es solo una herramienta y no una forma lógica expresada en la lengua; es una ayuda, un hecho mental, que me permite descubrir a un conjunto histórico económico, social y político, que tiene similitudes históricas (no identidades), con una región del mundo, donde el proceso de desarrollo capitalista transitó, durante dos siglos, por un camino peculiar que trato de entender. Si, por ejemplo, “la vía mexicana” o *farmer-ejidal* reseñada por Roger Bartra (1974:18) tuviera semejanzas cualitativas en ciertos aspectos, o criterios, con el proceso ecuatoriano, se podría legítimamente señalar esas similitudes históricas y compararlas, sin que ello signifique encontrar **ejidos** en Ecuador. No me enfrento al término, a la forma lógica “junker”, como un absoluto no creado en una investigación.⁷⁵

⁷² Como la entienden Maiguashca y North, 1991:110.

⁷³ “Junkers”, era la “denominación que se daba en Prusia a los grandes propietarios agrarios, pertenecientes al estamento superior: la nobleza”(Lenin:1975,654). Lukacs los define de la misma forma e, igualmente, lo hace Barrington Moore.

⁷⁴ Véase a este respecto el comentario de Ciro F.S. Cardoso en *Introducción al trabajo de la investigación histórica* (Barcelona:Crítica,1981) pág.26

⁷⁵ La categoría usada por Lenin es **clasificatoria**, de las vías campesina y prusiana. Maiguashca y North —quienes al parecer tienen la idea de que el fenómeno fue solo alemán—no hacen referencia a como Lenin la usa, en el Prefacio a la segunda edición de *El Desarrollo del capitalismo en Rusia*, aparecida en 1908, que es coincidente a como la desarrolla en su libro coetáneo *El Programa Agrario de la Socialdemocracia en la Primera Revolución Rusa de 1905-1907* (Volumen XIII en *Obras Completas* de la Editorial Cartago, págs. 198-424. Ver particularmente el acápite: “Dos tipos de evolución agraria burguesa”(s/n) pág.223-227.

En breve, utilizo la categoría teórica de **vía prusiana dependiente** para el periodo 1895-1934, no para comparar al Ecuador de ese tiempo, con el desarrollo del capitalismo alemán “de la Europa de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte”, como lo hacen mis críticos. Comparar al Ecuador de los años 1895-1934, con la Alemania imperialista finisecular y de principios del siglo XX, puede resultar cómodo, pero es equivocado. Alemania era ya entonces un país imperialista, “altamente desarrollado”, desde un punto de vista capitalista. Es un error de método y un despropósito cotejar el Ecuador arcaico de fines del siglo XIX, con la pujante Alemania de principios del siglo XX. Claro que es cómodo, pues por ese camino les resulta fácil decir que “la analogía con una vía junker” es errada.

El Ecuador del siglo XIX y principios del siglo XX, habría que compararlo con el nivel de desarrollo de Alemania en los siglos XVII y XVIII, donde existían los *junkers*, denominación dada en Prusia “a los grandes propietarios agrarios, pertenecientes al estamento superior: la nobleza”.⁷⁶ En su obra *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, escrita entre 1896 y 1899, Lenin, obviamente, tampoco estaba pensando en la Alemania de principios del siglo XX (no existente aún), sino en un largo (Lenin insiste en esto) proceso, de varios siglos de formación del mercado interno en Alemania. Por lo tanto, cuando Maiguashca y North hablan del “carácter dinámico del capitalismo alemán, el ‘milagro’ de la Europa de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte, que también creó clases modernas y maduras, (y) produjo el más grande y más importante partido y movimiento obrero marxista de Europa, antes de la primera guerra mundial...” (1991:110), es evidente que ignoran que la categoría clasificatoria de Lenin sobre las vías junker y campesina, no se refiere a la Europa de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, antes de la Primera Guerra Mundial. ¿Debo, acaso, recordar que la obra en la que aparece esta categoría clasificatoria sobre las dos vías se escribió entre 1896 y 1899, por una parte, y que, por otra, el planteo de la vía prusiana estaba pensado en un proceso de larga duración y está referida al tránsito del feudalismo al capitalismo y no a la Alemania capitalista en su etapa monopólica?

⁷⁶ Al comparar Alemania con Francia, Lukács dice que “el año de 1848 fue el 1789 para los alemanes”. (1967:43) Véase también V.I.Lenin,s/f:654. Nota de los editores.

No se trata, pues, de un proceso contemporáneo y corto, de un par de años o décadas, y, por cierto, no podía tratarse de las primeras décadas alemanas del presente siglo. La desfasada crítica de Maignushca y North a este respecto, les lleva a imputar a mi libro supuestos y criterios que no se encuentran en él. Dicen, por ejemplo, que “la analogía con la vía junker...evoca la imagen de una clase obrera fuerte con un alto nivel de conciencia” (1991:110). Una vez más afirman: “Para nosotros la analogía con la vía junker exagera el nivel de desarrollo capitalista del Ecuador. Además, la utilización de categorías modernas de clase distorsiona el carácter de la sociedad ecuatoriana, así como las formas de conciencia de las clases subordinadas” (1991:110). La vía junker evocará solo en ellos la imagen de adelantos, pues, en toda la literatura pertinente, se asocia al atraso y a la regresión, tal como en este libro, en el cual se afirma, en varias ocasiones, todo lo contrario a aquello que me imputan estos autores, y como lo revelo más adelante.

El olvido de Maignushca y North acerca de quiénes eran los junkers en Prusia (una región en la cual se creó un fuerte Estado en el siglo 17 y que perduró hasta el siglo 19), los lleva a plantear que, en contraposición a los junkers prusianos, en nuestro país los terratenientes eran rentistas (¡como si los otros no lo hubieran sido!) Todo lo contrario. Prusia fue la región de los pueblos alemanes con características económicas de mayor atraso, y, en la cual, la transición del feudalismo al capitalismo fue muy lenta. “Pero este tipo de economía, la economía de los terratenientes prusianos, o Junkers como se los llamaba, basada en el trabajo forzado solo se desarrolló en la parte este del país. En las regiones noroccidentales, las propiedades territoriales extensas eran comparativamente raras” (Anderson et.al.,1990:77). Es decir, el fenómeno no fue general para todas las regiones alemanas —Bavaria, Turingia, Württemberg, Buden, entre otras—que, en verdad, exhibían diferentes configuraciones históricas, como suele ser el caso de casi todos los países. Los junkers, por ejemplo no existían en todas las regiones, sino en Prusia, ese Estado poderoso surgido en los límites nororientales de Alemania en los siglos 17 y 18.

Pero, cuando se visualiza la cuestión del desarrollo del capitalismo alemán en una dimensión histórica distinta, introduciendo el largo plazo, se visualiza un lento y tortuoso proceso de creación del mercado interior para la industria. El “milagro alemán” —al que aluden Maignushca y North— nada tiene que ver con la historia de los Junkers en

Prusia, a los que se refiere Lenin con su categoría comparativa de **vía prusiana**. Que el desarrollo industrial fue lento, dificultado por el sistema de gremios, y “por el hecho de que los moradores rurales y quienes vivían en los lugares de comercio y se involucraban en la labranza de la tierra, continuaron siendo convertidos en siervos”, son cuestiones suficientemente observadas por los especialistas. “La principal razón para el atraso de la industria alemana fue la ausencia de un mercado interno de consideración: los villorios, azotados por la pobreza y objeto de la explotación feudal, no podían ser los consumidores de productos industriales, en ningún grado considerable”. (s/f:78-9) Maignahsca y North entienden la vía junker, en contraposición a la comprensión generalmente dada en la literatura científica sobre el tema.

En conclusión, la categoría fundada por Lenin, que empleo en mi obra, es una categoría clasificatoria de las vías prusiana o junker, y campesina, o también llamada “norteamericana”, o *farmer*. La empleo “dentro de ciertos límites” y la desarrollo al aplicarla al Ecuador de 1895, momento de la revolución burguesa. Lo hago, para destacar una visión, fundamental, sobre el desarrollo de un complejo camino por el que transitó el país después de su revolución liberal, con solo pequeños avances, e, incluso, retrocesos históricos, como los que señalo en ese libro. Para mí, la vía junker, llamada también *gamonal*, es consubstancial al apareamiento de un tipo particular de Estado: el burgués-terrateniente en América Latina. Con el ascenso de Velasco al poder no se trataba, entonces, de “una fórmula de transición entre la burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa”. (Cueva,op.cit.,p.99), sino de que, en la cima de la alianza entre burgueses y terratenientes, se ubicaban, como eje, **los terratenientes, y, particularmente, la aristocracia terrateniente del centro-norte de la Sierra, aliada con los terratenientes de Guayaquil como región.**⁷⁷ Y, esta diferencia, no puede reducirse a un mero asunto de “énfasis” entre Quintero y Cueva, como señalan, erradamente Maignahsca y North en su comentario(Quintero,1997:344).

Cabe recordar aquí, que, antes del apareamiento de ese libro, no se estudiaba la participación de Velasco Ibarra y el posterior surgimiento del movimiento velasquista, como fenómenos inscritos en la teoría

⁷⁷ Tal como se lo plantea en Quintero y Silva,1991, *Ecuador: Una Nación en Ciernes*, Quito, Flasco editores, en tres volúmenes.

del Estado. Cuando empleé la tesis de la vía junker para explicar el desarrollo del Estado ecuatoriano, el propio Cueva admitió su validez.⁷⁸ Lo hice, teórica y empíricamente, sin convertir a Velasco en el hacedor de la vía *junker*.⁷⁹ En Manguashca y North, en cambio, está ausente la concepción de una vía gamonal de desarrollo del capitalismo y del Estado. Por ello, se les escapa la comprensión de cuestiones cruciales sobre el fenómeno mentado.

2. Discusión sobre la estructura social y el primer velasquismo

Cuando escribí *El Mito del Populismo*, no existía ningún estudio sobre la estructura social del país para el período 1895-1934. Por lo tanto, las elaboraciones sobre el tema que desarrollo en él, solo pudieron

⁷⁸ Mientras que para mí es central, para Cueva era una simple referencia. Como dicen Manguashca y North, “a pesar de su referencia a la vía junker”, Cueva interpreta el velasquismo como un fenómeno nuevo. En efecto, la interpretación de Cueva enfatiza un solo factor —la forma de dominación populista— en torno al cual organiza su discurso. A pesar de lo que afirmó en el debate de Cuenca, Cueva en realidad nunca relacionó su interpretación del ‘velasquismo’ con la vía junker, sino después de la publicación de *El Mito*.

⁷⁹ A diferencia de Agustín Cueva que planteó siempre la tesis de la manipulación y escribió que Velasco apareció en 1933 como “un medio de manipulación de masas predominantemente subproletarias” (Cueva, 1974:99), en ninguna parte de *El Mito del Populismo* se hace el argumento de que “los seguidores que le apoyaron con sus votos” en 1933 “no fueron más que patéticas víctimas de un gran engaño”, como incomprensiblemente lo imputan Manguashca y North. Es este respecto, el argumento de ellos simplemente tergiversa mis tesis. Por ejemplo, en ninguna parte del libro yo escribo lo que me imputan luego. Citando afirman: “Discrepamos con el argumento de Quintero, según el cual Velasco es ‘el intelectual orgánico de la derecha coaligada’ y, junto con el partido conservador, el arquitecto de una ‘vía junker’ en el Ecuador” (1991:109). Nuevamente mis críticos se olvidan que en este libro hago un análisis del papel del “primer velasquismo” en la coyuntura de comienzo de los años treinta, y por lo tanto lo que escribo sobre su papel de intelectual de la derecha coaligada se refiere a esa coyuntura. Por eso los citados autores no hacen sino repetirme cuando afirman que la relación de Velasco con la derecha coaligada fue coyuntural. ¿Quién en *El Mito del Populismo* pudo decir algo diferente? No se plantea, en este libro, que los diferentes sectores regionales y sectoriales de las clases dominantes lograron formar una alianza permanente, que haya establecido hegemonía política y social de los terratenientes serranos a mediano y largo plazo. Entonces no viene al caso sugerirlo. Desde 1982 han aparecido escritos míos donde desarrollo esa posición, que, lamentablemente no hayan conocido.

hacerse en base al uso de fuentes primarias y, por ello, carentes de refinamiento y precisiones teóricas. Tenía, por tanto, una doble tarea: por un lado, la de constituir una visión del tejido social, y por otra, la de dar cuenta de su peculiaridad en la teoría. Por ello, me parece necesario referirme a algunos comentarios críticos avanzados por algunos colegas. Como son observaciones puntuales, las comento brevemente, a manera de un inventario.

a) Sobre mi aserto acerca de la existencia de “fracciones” de la burguesía guayaquileña para fines del siglo pasado y comienzos del actual, el historiador norteamericano Ronn Pineo ha hecho una crítica muy válida: “(R)esulta demasiado simplista inferir de estos grupos bancarios —se refiere a los principales bancos guayaquileños de la época— distintas fracciones de clase, como supone Quintero. Esto no significa que no hayan existido pugnas al interior de las élites, algunos grupos fueron enemigos de otros, y todos compitieron entre sí. El punto que quiero destacar es que las pugnas no llevaron a la formación de fracciones de clase claramente identificables” (Pineo:1994,271). Estoy de acuerdo con su crítica desde hace algunos años. Hoy creo, en efecto, que solo hubo sectores, como consta en *Ecuador:Una Nación en Cierne* que data de 1991.

b) El historiador Enrique Ayala ha señalado, con razón, que “(n) hay evidencia ...de que los latifundistas serranos, fueran éstos conservadores o liberales, con intereses en la industria textil, hubieran respaldado el golpe de 1912, como Quintero lo afirma” (Ayala:1994,370). Mi aserto, aparecido en el texto de la nota 143 de la primera edición, era especulativo, y ha sido reemplazado por otro, en la tercera edición del libro, en una nota con igual número.

c) David Raby afirma que, si bien *El Mito* demuestra que en 1933 no hubo populismo en el primer velasquismo, yo no puedo, sobre esa base, descartar que el populismo no haya existido después. Además, añade: “El hecho de que una teoría particular del populismo haya sido incorrectamente aplicada al Ecuador de los treinta, no significa que el populismo nunca ha existido ahí” (Raby:1982,4). He aceptado como vá-

lida esta observación, pero les corresponde a los creyentes en el “populismo velasquista” emprender en esa empresa, tanto teórica como empírica. Al replantear la discusión con *El Mito*, se posibilitaban cuestionamientos válidos como el de Raby.

d) Juan Maiguashca y Liisa North, por su parte, afirman que en *El Mito del Populismo* se sobredimensiona el tamaño y la importancia de la clase obrera para la época del estudio. A partir de la definición de clase que ha hecho Thompson, con la cual coincido plenamente en la actualidad, ellos plantean que se utilizan “categorías que implican la presencia de clases conformadas”, a sabiendas que el Ecuador no era una sociedad capitalista. (1991:93). Daría la impresión de que he planteado la existencia de una clase obrera con una considerable capacidad política y ya desarrollada. Lamento que mi texto pueda dar esa impresión, y creía haber afirmado algo más matizado, pues insisto en su carácter formativo, e incipiente.⁸⁰ Pero, hablo sí, de *clase obrera*, no solo porque ella misma se denominaba así en su inserción en la política, sino porque objetivamente ya había núcleos de ella en varias regiones del país. Pero enfatizo en que la constitución del proletariado en el Ecuador se dio con límites fijados por un desarrollo capitalista inicial lleno de cortapisas (Quintero, 1997:123-24), aunque el proletariado recién “incursionaba organizadamente en la escena política nacional, con una clara política revolucionaria con el campesinado” (Quintero, 1997:283).

Es evidente, que esta última afirmación justifica sus críticas, pues, en ella, estoy inscribiendo subjetivamente a la clase obrera en necesidades históricas que no se relacionaban con su conducta efectiva. Igualmente cuestionable, resulta referirse a la existencia de un “nuevo consenso revolucionario” en 1930. Es una exageración, aun cuando los mismos autores de la crítica reconocen los casos de actividades de un partido de izquierda en el agro montuvio (Op.cit,100).

⁸⁰ Por ello escribo sobre el “pequeño proletariado ecuatoriano” (véase Quintero, 1997:331) y hablo sobre una clase obrera “débil” (Quintero, 1997:352). Ellos mismos reconocen, citando a J.P. Deler, la existencia de 15.505 “puestos de trabajo” en la industria ecuatoriana poco antes de la Segunda Guerra Mundial, y ellos mismos hablan de un “crecimiento importante de la industria textil en la Sierra Norte y su relativa debilidad en la Costa y en la Sierra Sur” (1991: 97).

Sin embargo, Maigushaca y North no se interrogan sobre la posibilidad de que en el Ecuador de entonces, años veinte y treinta, hubiera una clase obrera, más consciente que ahora, por ejemplo, aun cuando esa clase haya sido infinitamente más “grande” cuando votó, masivamente, por León Febres Cordero, en 1984. Pequeña e “insignificante” esa clase obrera participó en gestas y luchas muy importantes, fundó partidos de izquierda, llevó al campo y a los indígenas el mensaje de ligar lo étnico con lo social para refundar un nuevo país, y contó con una pléyade de intelectuales que crearon un movimiento cultural irreverente del orden establecido. Y, en algunos lugares del país, convertidos en epicentros de la lucha social, mostraron esa conciencia clasista votando por el socialista Ildelfonso Mendoza quien en 1931 ganara las elecciones presidenciales en Guayaquil contra el candidato del Partido Conservador, Neptalí Bonifaz.⁸¹ Era una clase más consciente que hoy, aunque hoy sea infinitamente más “grande”.

e) Los mismos autores plantean que he ignorado la existencia del subproletariado en el primer velasquismo. Esto no es así. Lo que afirmo textualmente es esto:

“El análisis desarrollado en este libro indica que los desplazados del campo a la ciudad, esa masa de campesinos arrojados por la crisis a las urbes y que cambiaron el perfil de la estructura social ecuatoriana, dando inequívocamente lugar al apareamiento de un *subproletariado* urbano, *no escaparon al control político de las clases dominantes*. Es decir, no quedaron aislados del control político de la clase terrateniente o de la burguesía, ni mantuvieron una ‘condición marginal’ que exhibían con un comportamiento *sui generis*”.(Quintero,1997:323).⁸²

⁸¹ Como lo dijo Joaquín Gallegos Lara en 1935, “(e)l proletariado es una minoría entre los trabajadores del país, pero es una minoría fundamental”. Ver J.H. Rengel, *Realidad y Fantasía Revolucionaria* (Loja:CCE, 1992) pág. 57. En 1935 habían solo 20.000 obreros en el país. *Ibid.* pág.86.

⁸² Obviamente, exactamente el mismo texto, se encuentra en la primera edición.

Obviamente, no desconozco la existencia del subproletariado en el país para principios de los años treinta. Lo que hago es no sobredimensionarlo, reconociendo su existencia en algunas partes del libro.⁸³ Como se sabe, el subproletariado, como sobrepoblación relativa, es consubstancial a la existencia del proletariado. ¿Cómo ver la existencia del uno, sin la existencia del otro? Por otra parte, ¿cómo ignorar la diferencia entre un electorado en activo y la participación política general del pueblo? Obviamente, no se me escapó, que, no todos los que se movilizan en una campaña ingresan como electores efectivos en las urnas. Paradójicamente, los mismos autores de esa crítica, me cuestionaron por suponer la existencia de un proletariado activo, que, sin embargo, no participaba masivamente en el proceso electoral mismo (Maignashca-North, 1991:92). Es evidente, que tampoco ignoro la migración, como se deriva de lo planteado en varias partes de esa obra (Quintero, 1997:313).⁸⁴

f) Rafael Arízaga no cree que la reforma electoral de 1929 haya sido obra del Partido Conservador. Señala que los “militantes conservadores en realidad eran una minoría casi insignificante” (Op.cit,41) Con mayoría conservadora o no, la propuesta de darle el voto a las mujeres fue hecha por el Partido Azul, — por el diputado Remigio Crespo Toral—, apoyada la propuesta, según el requisito parlamentario de entonces, por Conservadores y Liberales de derecha, y esto basta para entender el punto. La política es, precisamente, lograr que otros hagan lo que no harían sin la intervención de uno. El hecho fue, que el Partido Con-

⁸³ En la pág.279 de *El Mito del populismo*, el lector puede leer: “No se puede entonces sobredimensionar el voto de un **subproletariado** en Quito, pues esa capa social, **aunque sí existente ya en las urbes ecuatorianas**, no fue —como lo hemos demostrado ya previamente— la base social y lectoral del ‘Bonifacismo’ en 1931”. Dado el cuestionamiento, el subrayado es para esta nota.

⁸⁴ En la nota 9, del artículo de Maignashca-North, se señala que en el Cuadro No 40 de este libro, habría una discrepancia, pues “el total de la Sierra provisto por Quintero es 71.8% pero el total de cada una de las provincias serranas suma solamente 66%”(1991,92) Los autores de la crítica están en un error. Si el total del electorado del país en 1933 era de 64.682 votos, y en la Sierra votaron 46.426, esta última cifra corresponde al 71,8% y no al 66%, como dicen ellos. Su error es haber sumado la columna de porcentajes, que tiene una discrepancia, al haber el cuadro señalado un 2% para Loja, en lugar del 6%, que corresponden a sus 4.113 votantes.

servador propuso y dispuso en esa votación. En ningún lugar he escrito la simpleza de que “Velasco ganó tales elecciones por el voto femenino y por el voto conservador”, como afirma Arizaga(1985:42).⁸⁵ Esa no fue una medida “populista” sino de tipo *junker-gamonal*.

En cualquier caso, el debate sobre el llamado “populismo”, sigue vigente, tal como lo evidencio en el último capítulo de este opúsculo, en el cual doy cuenta de mis criterios actuales sobre el uso y desuso que se hace de esa categoría en la Sociología Latinoamericana.

⁸⁵ Arizaga no hace sino repetir la simplificación que Cueva repitió como respuesta a mi crítica, a saber, que para Quintero “el velasquismo no era más que ¡el Partido Conservador!” (1985:18) Otros autores, tan poco rigurosos como Arizaga, hacen lo mismo.

CAPÍTULO 4

EL DEBATE ACTUAL SOBRE “POPULISMO” EN AMÉRICA LATINA⁸⁶

1. Las nuevas definiciones sobre populismo

¿Constituye “populismo” un concepto científico? *El Mito del Populismo* (Quintero, 1980) sembró serias dudas, al respecto, en la literatura sociológica latinoamericana.⁸⁷ Pero, el debate sigue abierto, y con “populismo” se siguen construyendo fórmulas y caracterizaciones de comportamientos sociales y hasta económicos, harto disímiles. Así, mientras Ramírez, Dornbusch y Edwards lo consideran aún una suerte de proyecto nacional popular, en el que predomina un enfoque económico,⁸⁸ otros, como Auyero, lo conceptualizan como un fenómeno principalmente discursivo.⁸⁹ Por su parte, Fernando Mayorga, y Carlos de la Torre hablan de los “neopopulismos” para referirse al caso argentino del peronismo de Carlos Menem y a la emergencia de “Conciencia

⁸⁶ Este capítulo fue originalmente publicado en portugués en 1998, como una contribución al libro de Baquero, de Oliveira de Castro y Stumpf González (Organizadores), *A Cosntrução da democracia na América Latina*, Porto Alegre, Editora da Universidade, págs.50-70.

⁸⁷ Véase también Rafael Quintero y Erika Silva, “*El fenómeno del caudillismo de Velasco Ibarra y la FNV*” en Quintero y Silva: 1991,1195-104.

⁸⁸ En política económica, “(e)l enfoque populista establece que el crecimiento con estabilidad de precios y una mejor distribución se logra con mayores subsidios, controles de precios e incrementos en salarios nominales, financiados con deficit fiscales(sic), independientes del acceso a los recursos externos” (Ramírez: 1991,13). Véase también Dornbusch y Edwards: 1991,39).

⁸⁹ Aunque no solo discursivo, como lo estudia Javier Auyero, a partir del escrutinio cuidadoso de ciertas tradiciones culturales relacionadas con el clientelismo del partido peronista en Argentina. Evidentemente, del estudio de dos referentes peronistas, Matilde y Susana, en un barrio de Buenos Aires, no podemos pretender hacer generalizaciones que vayan más allá del clientelismo peronista de Argentina. Por ventura, el autor, con seriedad y modestia no lo hace (Auyero:1996,26).

cia de Patria” (CONDEPA) y “Unidad Cívica Solidaria” en Bolivia,⁹⁰ y al “abdalcismo” en Ecuador, respectivamente. Según arguyen, “populismo” es una noción y realidad presente en América Latina y no un anacronismo de una época anterior a los sesenta.⁹¹

Todo ello me sigue pareciendo, sin embargo, insuficiente para considerarlo un concepto científico.⁹² Los esfuerzos por definir el *populismo*, recurriendo, a veces, a definiciones descriptivas extremadamente extensas; o, aquellos por crear una tipología entre los “viejos populismos”, y los “neopopulismos”, entre los cuales se encasillan a los de Fujimori, en el Perú y a varios fenómenos brasileiros (Perruci y Sander-son: 1989,30), se me antojan también insuficientes. Para ilustrar mi posición, revisaré aquí las más recientes presentaciones sobre “populismo” a partir de la producción más acabada y actualizada que conozco.

Para de la Torre, quien da por descontada la existencia del “populismo” desde 1933, los ascensos de Velasco, en cada ocasión, se explican por el esquema teórico del “populismo”, y, el de Abdalá Bucarám Ortiz en 1996, igual, aunque éste último tenga, “varias similitudes y diferencias con los populismos del pasado” (de la Torre: 1996,12). Esta clasificación entre los viejos populismos (o los populismos nacionalistas como los llama Mayorga) y los neopopulismos resulta harto complicada para los mismos autores.⁹³

⁹⁰ Véase al respecto los materiales del seminario internacional “El populismo en el poder: la experiencia latinoamericana”, organizado por la FLACSO-Quito, entre el 6 y 8 de noviembre de 1996, y particularmente la ponencia de Fernando Mayorga, de Bolivia, titulada “Compadres y Padrinos: El Neopopulismo en la Consolidación Democrática y la reforma estatal en Bolivia (1989-1996)”.

⁹¹ En un artículo de Jorge León T., éste también se refiere al “retorno del populismo”, para el caso ecuatoriano. Véase su “Action collective et sanction politique. L’Equateur du populisme, 1996-1997”, un interesante artículo publicado en *Problèmes de l’Amérique Latine*, No 2, 1997.

⁹² En una ponencia sobre “Fujimorismo y ‘Populismo’ en el Perú”, Anibal Quijano (Mimio, 1996, versión preliminar no citable) este autor presenta una muy interesante postura teórica sobre el debate acerca del concepto de “populismo”. Coincido en mucho con Quijano.

⁹³ Mayorga diferencia entre “viejo populismo” que “se refería —dice— al pueblo como entidad política integral susceptible de ser portadora de la energía revolucionaria de la nación...” y el “neopopulismo (que) invoca al pueblo como ‘multiplicidad fragmentada de cuerpos necesitados y excluidos’ (Agamben: 1995), es decir como populacho” (Mayorga: 1996).

Muchos estudiosos del “populismo” no son proclives a dar definiciones del término, y el recorrido de su aplicación lo abonan con una polisemia que le hace perder dinamismo a cualquier concepto. Para Carlos de la Torre, el término a veces significa un “estilo” de movilización política; otras, es un tipo de liderazgo político, que según él, se constituye en las acciones y en el discurso(1996:12) El objetivo de una de sus obras es saber “cómo el líder se constituye a sí mismo”.⁹⁴ Aún, en otra ocasión, lo define como “una forma moderna de resistencia a estas nuevas interpretaciones de la modernidad”.⁹⁵ En todo caso, de la Torre tiene el mérito de intentar definirlo. ¿Cuáles son, según él, sus características?

*El “populismo”, que para de la Torre nace con el primer velasquismo en 1933, habría sido la primera forma moderna de entrar en la política y habría dado “los sentimientos de comunidad política” y “de reconocimiento e identificación en la figura del líder”, que contrastaron con los débiles mecanismos de participación en instituciones liberal-democráticas restringidas, según afirma. Ante la aseveración que nos presenta al “velasquismo”, nacido en 1933, como el principio de nuestra modernidad política, y al “abdalcismo”, llegado al poder en 1996, como “parte constitutiva de nuestra versión de la modernidad”, con todas sus implicaciones, nos preguntamos ¿dónde queda para de la Torre el papel del alfarismo, y de Eloy Alfaro, con quien se dieron, sin duda, cuarenta años antes del primer velasquismo, esos “sentimientos de comunidad política” y de gran reconocimiento e identificación de la figura del líder, y que, por cierto también contrastaron con los mecanismos de exclusión de la participación en la República Aristocrática del siglo XIX? ¿Fue, por ello, el alfarismo también un *populismo*? ¿Por qué no, si en su esquema cabe perfectamente? Sobre todo, tomando en cuenta el gran nivel de movilización y participación política que suscitó el alfarismo entre 1895 y 1912. O acaso “las primeras formas mo-*

⁹⁴ De la Torre, 1996:15. Su método de investigación consistió en gran medida en seguir a Abdalá Bucaram en su periplo de campaña en 1996, para estudiar “lo que dijo, a quién se dirigió su oratoria y cómo se recibieron sus discursos”, haciéndose además “etnografías de diferentes actos de masas de Bucaram” en la segunda vuelta(de la Torre, 1996:14).

⁹⁵ De la Torre, 1996:24. “Es importante entender al populismo —dice de la Torre una vez que ha tratado del abdalcismo— como parte constitutiva de nuestra modernidad” (de la Torre, 1996:57).

dernas de entrar en la política” son solo electorales? (De la Torre, 1996:20)⁹⁶ Ya que las “primeras formas modernas de entrar en la política se dan”... “no a través de los derechos y de las obligaciones de ciudadanos en un estado de derecho”, supongo, que para de la Torre, se dan “en actos de masas”, de los cuales fue plebiscario el alfarismo, con un caudillo, como Eloy Alfaro, luchando por el poder, y luego luchando desde el gobierno.⁹⁷

Es un error, el confundir el acarreo electoral y los forcejeos rurales de los Conservadores en 1931 (para elegir diputado por Pichincha a Velasco, mientras él se encontraba en París), y, luego en 1933, aliados con los terratenientes de la Costa, para llevarlo a Carondelet, con la movilización política. Confusión, porque esta última implica participación política desde abajo, con un grado variable de espontaneidad. Por ello, es discutible ver en el primer velasquismo el advenimiento de la movilización política en el país. La evidencia histórica muestra que esto no fue así. En el Ecuador moderno, la primera movilización política no solo que no advino con el “velascoibarrismo” en 1933, sino que ésta fue anterior, y data de la época de la Revolución Liberal. Enrique Ayala hace bien en insistir “que la Revolución Liberal trajo consigo una inédita movilización en todo el país y una ampliación grande de la participación política, pero, sin embargo, esto no significó al mismo tiempo la consolidación del sistema electoral” (1996,226). Cabe interrogarse, sobre si los acarreo de Bonifaz para responder a su descalificación como presidente electo, y luego los acarreo electorales del primer velasquismo, no deberían ser pensados como una contramovilización por el carácter esencialmente reaccionario de esa participación política.

Si se nos quiere presentar a la categoría de “populismo” como indispensable para el análisis de la participación política de los sectores obreros o marginales, se debería considerar el sinnúmero de estudios que prescindan de esa categoría para estudiar temas de impor-

⁹⁶ En cuyo caso valdría haber examinado el caso de Ildefonso Mendoza, que tuvo gran acogida en Guayaquil en 1931, donde ganó, con el 80% de la votación del puerto principal. ¿Acaso también sería un populismo por tener ese razgo?

⁹⁷ Por si alguien tenga dudas sobre las grandes movilizaciones de masas convocadas por Eloy Alfaro como dirigente de un “movimiento en búsqueda del poder”, y como dirigente de “regímenes del poder” (las dos formas del populismo que diferencian analíticamente de la Torre, véase las colecciones de fotos sobre los grandes actos de masas del líder de la revolución liberal, para despejarlas.

tancia. Tales los casos de los análisis realizados por Ricardo Sidicaro, “Consideraciones Sociológicas sobre las Relaciones entre el Peronismo y la Clase Obrera en la Argentina, 1943-1955” (1981,43-60), y el de Daniel Míguez sobre democracia, maquinarias políticas y participación en las zonas marginales de Buenos Aires,⁹⁸ que revelan cómo se pueden hacer estudios sociológicos sobre esos temas sin la recurrencia al “esquema del populismo”. Míguez, por ejemplo, analiza los factores que desaniman la participación política de los moradores barriales y las prácticas clientelares alrededor de Buenos Aires, llevadas a cabo por las estructuras de los partidos dominantes argentinos, incluido el peronista (Míguez:1995,104). Concluye, que la gente vota por Menem o el partido Justicialista o peronista, por ser la única alternativa creíble, a pesar de que repudia las prácticas de ese partido. La pregunta sería: ¿Qué es lo que, a pesar de que el “menemismo” se distancia del “peronismo” originario en su política económica, hace que “la gente” lo vea como **creíble**?

Los teóricos del populismo plantean, como lo hace Javier Auyero, que existen ciertas “tradiciones culturales” relacionadas con el “populismo”, miradas en el nivel de las redes clientelares, y, en su caso, a través de un investigación circunscrita a una barriada bonaerense, explora, en un estudio micro, “la relevancia de mecanismos culturales en la construcción de la red clientelar” (Auyero:1996,3). En “el caso del ‘clientelismo peronista’ —dice—hay que tener en cuenta el interés, el intercambio material, ...la identidad, el intercambio simbólico,...el dar y la manera de dar, los casos y las palabras” (Auyero:1996,3).⁹⁹ Los mediadores peronistas hacen “aparecer” una cierta “realidad”, cada vez que entregan ayuda social, y esa “realidad” es un teatro en el que se elimina, socialmente, la indiferencia burocrática.(Auyero, 1996:10) Aparece una suerte de sociodicea de la mediación.(p.10-13), en la que los mediadores manipulan la identidad de los que tienen problemas, en la que los pobres aparecen como hijos e hijas, y se da una restauración simbólica del comportamiento de Eva Perón, a través de lo que el au-

⁹⁸ Véase Daniel Míguez, “Democracy, Political Machines and Participation in the Surroundings of Buenos Aires.” en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Número 58, June 1995, ps. 91-106.

⁹⁹ El autor enfatiza la necesidad de mirar simultáneamente “el dar y la manera de dar”, para entender las formas de “clientelismo de avanzada” que acompañarían a las formas de marginación extremas, de la Argentina actual.

tor llama “la performance de Evita”.(Auyero,1996:20) Esto ha llevado a definir al populismo con un rasgo nuevo: el estilo.

En efecto, otro rasgo en la conceptualización de Carlos de la Torre, nos presenta al “populismo” como un “estilo político”, expresado en actos de masas y un discurso moralista y maniqueo que “incorporó las demandas de participación de sectores” excluidos de la política. Esta es, sin duda, una caracterización insuficiente por ambigua, dentro de la cual podrían caber tantos líderes. Por ejemplo, de la Torre sintetiza, en un párrafo, lo que se podría muy bien decirse del alfarismo: “Este estilo de movilización política y esta retórica anti-oligárquica también ha reivindicado la dignidad popular y la autenticidad de quienes han sido contruidos como la verdadera nación frente a sus ‘superiores’, los ricos y los oligarcas, que fueron transformados en la encarnación del mal, del sufrimiento y de lo anti-nacional” (de la Torre, 1996:13). Pero, de la Torre hace, de una declaración del Partido Liberal Radical —del 19 de mayo de 1944—, la visión de “como las élites ven el acontecer político” (de la Torre,1996:19). Esta es una exageración impropia en un análisis, pues a Velasco se lo veía, *entre otras élites*, de manera muy *distinta*. En ese mismo año, 1944, como apegado a la racionalidad, al progreso, etc., es decir todo lo contrario de lo que decían sus enemigos políticos electorales a 15 días de las elecciones de 1944.

El apoyo que busca de la Torre en Murray, quien dice algo cierto (los líderes políticos “son transformados en objetivaciones de cualquier asunto que preocupe o guste a los observadores de la escena política”), no puede aplicarse solo a líderes como Abdalá Bucaram Ortiz, Velasco Ibarra o Guevara Moreno, pues, en el Ecuador, se han construido imágenes de políticos alfaristas, socialistas, y liberales “como la negación de los valores que deberían caracterizar a la política”(de la Torre:20). Aquella es una generalización demasiado gruesa que no se sostiene. Los seguidores de Alfaro, Montero, Ildefonso Mendoza, Ricardo Paredes, Velasco, Bucaram y Nebot, pueden, por igual, ser caracterizados o “imaginados como la encarnación de la antinación” por sus opositores políticos y ellos lo fueron y han sido. Esa no es una desgracia reservada a los “líderes populistas”.

Más aún, el propio concepto de “populismo” como estilo político es ya *contradictio in adjecto*, pues es un concepto que, por su definición, se excluye a sí mismo, pues no refleja —en esa definición— los objetos reales del mundo social que pretende analizar. El Dr. José Ma-

ría Velasco Ibarra y el abogado Abdalá Bucaram Ortiz no podrían haber tenido dos estilos más disímiles de hacer política. Una definición no debe ser la presentación de una imagen fantástica, sino una forma lógica.

Otro rasgo del “populismo” sería la “construcción de redes clientelistas y mecanismos de patronazgo político para acceder a los recursos estatales no como ciudadanos sino como clientelas políticas”. (de la Torre, 1996:12-13) Me pregunto, ¿acaso el partido demócrata cristiano, la socialdemocracia, el Partido Socialista no han construido, cada uno de ellos, redes clientelares? El clientelismo es un fenómeno que surge, en el caso ecuatoriano, con el carácter pluriclasista de los partidos políticos en los años cuarenta.¹⁰⁰ Las referentes clientelares peronistas estudiadas por Auyero (una funcionaria y una concejala) ejemplifican la ejecución de una práctica que, según el autor, “está inscrita en la práctica peronista desde los tiempos de Eva. Mediante estas estrategias discursivas, corporales y estéticas, los mediadores buscan la satisfacción de intereses simbólicos y materiales...” (Auyero:1996,25). Al imitar a Eva Perón, se restaura un “comportamiento construido”. Esta *performance* “no es una acción cínica ni una acción premeditada de manera cuasi ingenieril. Esta performance es —contrariamente a una teatral— una *práctica* en el sentido que Bourdieu le da al término: dada por descontado, no reflexiva, fuera de la esfera de conciencia discursiva” (Ibid,24). Por ello, a pesar de que Auyero acepta la definición de populismo como un fenómeno que implica una interpelación inclusiva y una interpelación antagonica, cree que el populismo no es solo un fenómeno discursivo (Auyero,1996:1).

En estas prácticas hay un efecto de dominación, que Auyero se plantea explorar como tarea pendiente. Los favores hechos “deben ocurrir con una presentación que no separa al ‘resolverdor’ de problemas y a quién tiene esos problemas, sino que los une en una comunidad imaginaria: la comunidad solidaria del peronismo” (Auyero, 1996:26). Pero, nos preguntamos, ¿cuál es la diferencia del populismo con el humanismo, o el nacionalismo, entonces? ¿No son acaso susceptibles de crear esa misma conducta y esa cultura solidaria otras comunidades políticas y sociales? Esa solidaridad no es exclusiva del peronismo o del “abadalalismo”. ¿Cuál es entonces el rasgo que autoriza

¹⁰⁰ Véase mi Prólogo al libro de Amparo Menendez-Carrión:1986,15-19.

el apelativo de populista a esa práctica? Auyero, en realidad solo habla de “peronismo” como caso argentino y referido a la conducta de una barriada. Evidentemente, del estudio de dos “referentes peronistas”, en un barrio bonaerense, no se puede pretender hacer generalizaciones que vayan más allá del **clientelismo peronista**. Por ventura, el autor es objetivo, modesto, y no lo hace. El recurso al término “populismo” es cosa suspensa.

El mismo autor afirma que hay limitaciones en la literatura sobre clientelismo, pues, si bien ésta “le presta atención al rol de los intermediarios y a la posición vis-a-vis de los clientes, su ubicación estructural no nos dice mucho acerca de sus prácticas. Los mediadores no son solo intermediarios, sino...figuras cardinales en la producción y reproducción de una manera ‘especial’ de distribuir bienes, servicios y favores, en la articulación de un ‘lazo de amor’ imaginario —una ideología implícita— que relaciona a los mediadores y... los clientes. El clientelismo y las relaciones broker-clientes se convierten en *performances* ceremoniales, *performances* en las que los actores ‘juegan’ roles particulares, y su comportamiento puede verse como conteniendo una gran variedad de significados y mensajes (Weingrod:1977,50)” (Auyero:1996,27).

Pero, no todas las relaciones broker-clientes, sino solo algunas, como las estudiadas por Auyero, en las cuales hay discursos y *performances*, pueden producir y reproducir ese algo “especial”. En cualquier caso, Auyero amplía el concepto de clientelismo con este análisis, pero no toca el problema del populismo. En efecto, antes de llegar a las conclusiones, Auyero había abandonado ya uno de sus propósitos iniciales: ligar este trabajo con el populismo, lo que evidencia las dificultades señaladas. Para el caso boliviano, en el que también entra la consideración del clientelismo en la comprensión del fenómeno estudiado, Fernando Mayorga define al gobierno del MNR como “populista”, usando el término para denotar un proyecto nacional-popular, “cuyo patrón de acumulación se articulaba en torno al Estado cantralista y cuyo modelo de hegemonía se asentaba en una red de sindicatos obreros y campesinos. Un programa de modernización de corte industrialista, pretende conformar un mercado interno, como soporte material de la nación, comunidad imaginaria a la que se subordinan los particularismos locales en el sueño de la construcción de la bolivianidad” (Mayorga:1996,1). Su caracterización se asimila a la que hacen Rudiger

Dornbusch y Sebastián Edwards acerca de la “macroeconomía del populismo” en América Latina (Ramirez:1991).

El caso boliviano tiene similitudes con el argentino, pero se distancia del peruano: en el primero, un mismo partido que sufrió un transformismo político tal, que hoy ya no lo dirigen políticos nacionalistas, sino empresarios neoliberales (Mayorga, 1996:2), y “el neopopulismo ha surgido como una corriente al interior del partido gobernante” (Mayorga,1996:2), mientras en el segundo “la quiebra del modelo nacional-popular” implicó la “virtual desaparición de los partidos tradicionales que han sido sustituidos por un neopopulismo de corte autoritario y caudillista” (Mayorga,1996:2).

En Bolivia, el llamado “neopopulismo no está vinculado al MNR aunque no se puede comprender el perfil actual de este partido ni las peculiaridades que ha asumido el escenario político sin considerar la influencia de este populismo de nuevo cuño surgido al calor de la democratización” (Mayorga,1996:2). Pero, Mayorga afirma que el transformismo del MNR es explicable analizando el impacto dado por la emergencia y consolidación de dos partidos políticos, fundados en 1988: *Conciencia de Patria* (CONDEPA), y *Unidad Cívica Solidaria* (UCS) “que han sido convencionalmente caracterizados como neopopulistas” (Mayorga,1996:2). Para Mayorga este “neopopulismo” juega un “papel importante en la consolidación del sistema democrático”, entre otros roles cumplidos (Mayorga,1996:2).

Ahora bien, hablar de “neo”-populismo, que en esta versión preliminar de su ensayo Mayorga no define aún, para caracterizar a un proyecto político distinto, me parece deficitario. ¿Por qué no pensar en las transformaciones del sistema político partidista de América Latina en lugar de hacer un tipo de análisis que privilegia los estilos? Mayorga también recorre ese camino pero insiste en llamarlos “neopopulistas”. Las características aisladas para estos dos partidos políticos son las siguientes.

Los líderes de ambos partidos son empresarios exitosos, ejenos a la élite económica tradicional, que forjaron **un prestigio social** al margen de los desacreditados partidos políticos tradicionales. El **liderazgo** se afina en una “identificación directa entre el compadre y los sectores marginados...en una relación en la que la dimensión simbólica de la representación (mass media) es más importante que la dimensión institucional (partido político)” (Mayorga,1996:4). En esto hay similitu-

des con el caso del *Partido Roldocista Ecuatoriano (PRE)* pues sus líderes provienen de una suerte de oposición libanesa a la oligarquía tradicional del país. Estos nuevos políticos tienen una característica: hacer obras, es decir tienen un carácter patrimonial. Al igual que ocurre con el PRE en el Ecuador “el poder de estos líderes es indiscutible y se sustenta en la ausencia de institucionalidad y de reglas básicas de funcionamiento partidista, aspecto deficitario que es suplantado por la arbitrariedad del caudillo” (Mayorga, 1996:6).

La inquietud acerca del por qué se denominan “neopopulistas” a estos nuevos partidos caudillistas y clientelistas, no se satisface aún. Si, como dice el propio Mayorga, “(e)l beneficio recibido se transforma en una deuda que es respondida con el apoyo electoral”, cual es la diferencia con el clientelismo? Asunto no aclarado, pues igual realidad encontramos en la relación clientelar, que es también “un juego de compensaciones con diversos bienes materiales y simbólicos que muestran una relación de reciprocidad asimétrica (obras por votos) que para reproducirse no requiere de referentes ideológicos” (Mayorga, 1996:6).

Sin duda, muchas de las preocupaciones de Carlos de la Torre no pueden ser examinadas aquí. Pero, de una primera lectura, me queda la sensación que no se desarrolla una nueva perspectiva del estudio del fenómeno que él describe como “populismo”, atribuyéndole un conjunto de características. El nos señala diversos aspectos del fenómeno en cuestión, tales como el clientelismo político, un tipo de oratoria, los mecanismos de patronazgo y articulación del voto, y las acciones colectivas de los seguidores, consideradas características comunes a “los populismos”. Así, llega a la definición siguiente:

“Estos fenómenos —dice— se basan en un tipo particular de retórica y discurso político; articular el voto a través del clientelismo y del patronazgo; sus actos masivos fueron más importantes que la participación en instituciones liberal democráticas restringidas; los seguidores tuvieron lógicas autónomas y usaron estos movimientos para avanzar sus intereses; y, por último, los populismos tienen una relación ambigua con la democracia. Si bien los populismos incorporan a sectores previamente excluidos, no respetan las instituciones liberal-democráticas y son formas autoritarias de participación política” (De la Torre, 1996::63).

¿Qué tipo de definición es ésta? No es por cierto una definición conceptual, sino agregativa de rasgos, descriptiva. El problema con este tipo de definiciones, es que aparecen casos que contradicen tal o cual característica señalada como “propia” del fenómeno. Señalemos dos ejemplos.

Así, el caso boliviano estudiado por Fernando Mayorga presenta evidencias de que el “populismo” *sí* auspicia las instituciones democráticas y ha sido muy funcional a su institucionalización. El “neopopulismo”, según Mayorga, se articuló a la democracia pactada en Bolivia, y solo surge como respuesta al déficit de representatividad de los partidos tradicionales ya que su accionar no es excluyente del sistema político. Al contrario, los dos partidos “populistas” han entrado en la dinámica de los pactos, sin cuestionar sus reglas. Para Mayorga, su incorporación a estas pautas fortaleció el régimen democrático y ambos partidos han consolidado importantes liderazgos municipales, vinculados a la democracia local (Mayorga, 1996: 11) “Paradójicamente —afirma Mayorga—, el neopopulismo, con sus rasgos cuadillistas y autoritarios, han profundizado la democracia representativa y, pese a su precariedad ideológica, ha incidido en el contenido y en el alcance de las transformaciones estatales en curso” (Mayorga, 1996: 12). Más aún, Mayorga les atribuye a los partidos populistas, el rol de haber contribuido a la ampliación de la representación democrática en Bolivia, pues su base social, que constituye un tercio del electorado, está compuesta por “marginados, excluidos y/o discriminados económica, política, social y culturalmente, que están más cerca de la desafección que de la seducción por la democracia. Y merced a esta representación se ha ampliado el espectro de interpelación de la democracia incorporando una variada gama de grupos sociales que no eran interpelados por el sistema político o, en algunos casos, tenían un pasado predictatorial” (Mayorga, 1996: 8).

Por su parte, en el caso ecuatoriano, Ivan Gomezjurado considera que el populismo es un fenómeno que no necesariamente implica el establecimiento de “redes clientelares”, señalada en esta definición como pertinente.

Por cierto, el problema de los casos que aparecen como excepciones a la regla, no se resuelven, aludiendo a la existencia de los “populismos clásicos” (De la Torre: 1996, 63) “surgidos en torno a las políticas de la sustitución de importaciones”, porque también hay “casos

particulares”, como el mismo “velasquismo que no surgió (1933) en torno a ella, como el propio de la Torre lo reconoce” (de la Torre, 1996:64).

Y, a propósito de lo planteado por de la Torre, cabe recordar que la demagogia, el uso de lugares comunes, el uso de la expresión efectista “con el empeño bastardo de explotar los sentimientos de las masas con fulgurantes promesas encubridoras de farsas” (1996,17), puede no solo referirse al Ecuador y a Latinoamérica, sino también a la política europea, pasada y presente, a Rusia, a Japón, a Taiwan, a EE.UU., al Africa y a personajes como Yeltsin o Berlusconi, con su “estilo populista”.

En conclusión, me parece que los esfuerzos investigativos que se esmeran por seguir usando la categoría de “populismo”, como categoría descriptiva, están destinados a tener solo un carácter auxiliar. Sin duda la sociología política requiere de nociones descriptivas, si ellas son eficaces y permiten organizar, aun cuando ello solo se lo haga parcialmente, nuestra percepción de la realidad social. Pero lo que falta a nuestros teóricos del populismo es *indicar el terreno de significación relacional de esta noción descriptiva*. En otras palabras, decirnos a qué campo teórico se vincula: ¿al de la teoría de los partidos políticos?, ¿al estudio de los movimientos políticos? o ¿al campo del estudio de la ideología? pues, una colección heterogénea de conocimientos no se constituye como un objeto de la ciencia. Estos deben, aun, ser organizados en un cuerpo de proposiciones verificables, relacionados de tal forma, que el sistema sea consistente de por sí y compatible con la investigación empírica.¹⁰¹ Estoy de acuerdo en pensar, con Aníbal Quijano, que en ese tipo de debate, “populismo” es un término gastado (Quijano: 1996,4).

2. El desplazamiento analítico hacia el discurso

En todo caso, la caracterización hecha por algunos analistas, va más allá de los límites de sus propias definiciones, que, incluso, no hacen justicia a sus contribuciones al debate. El “populismo abdalacista”,

¹⁰¹ Véase “La Sociología en América Latina”, por Rex D. Hopper, artículo publicado en *Intellectual Trends in Latin America*. (Austin: The University of Texas Press, 1945), traducido por Alberto L. Merani, y publicado en el *Boletín del Instituto de Sociología*, Número 5, 1947, págs.139-151.

por ejemplo, según de la Torre tiene “un componente clasista en la elaboración de quienes constituyen el pueblo y la oligarquía”, en el cual se ha dado “un proceso de lumpenización del *discurso político*” (de la Torre, 1996: 13s.n).

Otros analistas del populismo, tales como Mayorga, también han realizado observaciones similares para el caso boliviano. Tal vez, la clave para Mayorga, estaría en diferenciar entre “pueblo” y “populacho”. El viejo populismo del MNR (o “populismo nacionalista”), “se refería al Pueblo como entidad política integral susceptible de ser portadora de la energía revolucionaria de la nación...”, mientras que, el “neopopulismo invoca al pueblo como ‘multiplicidad fragmentaria de cuerpos necesitados y excluidos’ (Agamben: 1995), es decir, como populacho” (Mayorga, 1996: 6).

Para de la Torre, este discurso “lumpenizado”, “puede ser visto como una manera de buscar la autenticación de la cultura popular de la calle” (del “populacho” para Mayorga). Las migraciones a la ciudad y los procesos de proletarización inconclusos van conformando —según ese autor— una cultura política en la que la agresividad de la competencia del pequeño productor o comerciante se van afianzando (de la Torre, 1996). Este autor cree que “grandes sectores de la población” “se identifican” a lo mejor, con este estilo retórico. Este autor cree, además, que “es importante” ver a “este fenómeno como parte constitutiva de nuestra versión de la modernidad”. De la Torre considera importante “partir de que el populismo, el paternalismo, el clientelismo y una cultura política autoritaria caracterizan a nuestra versión de la modernidad” (de la Torre, 1996: 14).

Es evidente, entonces, que el debate sobre populismo ha abierto nuevos campos del saber y ha redefinido los referentes teóricos del concepto, sobre todo hacia el análisis de la ideología, sobre todo, a partir de la muy recurrida contribución de Ernesto Laclau, pero no siempre reconocida, que indudablemente informa las nuevas elaboraciones sobre “populismo” en la ciencia política ecuatoriana y latinoamericana. Revisemos brevemente su aporte.

Ernesto Laclau, al reconocer que el “‘populismo’ ha sido considerado siempre un pariente pobre de la teoría política” (Laclau: 1987, 25), adoptó una perspectiva distinta, apartada de los tradicionales análisis ya comentados, que veían en los movimientos políticos **populistas** “un fenómeno subsecuente a la crisis del 30” en América

Latina, y que, encontrando sus formas más clásicas en el peronismo y el varguismo, estudiaron el velasquismo bajo ese esquema interpretativo tradicional.

En *Política e Ideología en la Teoría Marxista*, Laclau intentó mostrar “cuál es el antagonismo específico a partir del cual la relación populista se entabla y de qué modo el ‘pueblo’, lejos de ser un concepto vago y sin referente, constituye una determinación claramente especificable del universo político” (Laclau:1977). Diez años más tarde, en “Populismo y Transformación del Imaginario Político en América Latina”,¹⁰² Laclau reconoce que a ese argumento le faltaba algo fundamental: “si bien él intentaba señalar, correctamente, la especificidad de los antagonismos populares como diferentes de los antagonismos de clase, continuaba sin embargo, aceptando la presencia de estos últimos, en toda su pureza, como principios articuladores necesarios del campo popular. De tal manera, se seguía sosteniendo el principio de una positividad y racionalidad última de lo social —que es precisamente lo que hace ininteligible al fenómeno populista” (Laclau,1977:26).

Laclau considera que la explicación del populismo como fenómeno objetivo, solo comienza cuando se logra poner en claro **cómo** y **por qué** la manipulación ha sido eficaz. (Laclau,1977) Las interpretaciones que del Segundo Velasquismo da, por ejemplo, Carlos de la Torre en *La Seducción Velasquista*, no llegan a este punto, y como diría Laclau, “cuanto más nos encontramos con el reverso puramente negativo de la perfidia de los líderes: la ignorancia y el escaso desarrollo de las masas” (ibid). “Lo que falta en todo caso —dice Laclau— es lo fundamental: la explicación no de las condiciones subjetivas u objetivas que hicieron posible la emergencia del populismo sino del tipo de relación entre agentes sociales que este último supone” (Laclau,1977).

Laclau intentó, en 1987, romper con el supuesto de que los antagonismos de clase son articuladores necesarios del campo popular, para mostrar así, que, “el ‘populismo’, lejos de ser un fenómeno aberrante, transicional o secundario, constituye una dimensión o ‘borde’ de toda identidad colectiva” (Laclau,1977:26).

A este respecto, una síntesis de sus proposiciones sería la siguiente:

¹⁰² Publicado en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 42, junio de 1987, págs.25-38.

- A. La realidad histórica se presenta no solamente como *variada* sino también —y especialmente— como *dislocada* respecto a la identidad que pretende encarnar.
- B. La negatividad inherente a todo antagonismo es primaria y constitutiva, en cuyo caso la sociedad no llega a constituirse nunca como orden plenamente objetivo y positivo.
- C. Esto explica por qué conceptos, tales como “interés”, “fuerza social” o “representación”, “no pueden ser aceptados en sus propios términos, como categorías idénticas a sí mismas y plenamente constituidas en la arena histórica”, simplemente porque cada una de ellas “se afirma frente a fuerzas antagónicas que intentan impedir su constitución y en tal sentido bloquean el pleno logro de su identidad” (Laclau, 1977:27).
- D. Introduce el concepto de “imaginario político”, tal como lo usa la *teoría psicoanalítica* de Jacques Lacan.¹⁰³ El imaginario es aquel registro de significaciones, *discursos* y representaciones que suturan el hiato resultante del choque entre **lo real** y lo simbólico. Este registro imaginario es el que totaliza el campo de una cierta experiencia y le da su peculiar dimensión de horizonte.
- E. El horizonte imaginario cierra y totaliza un campo simbólico esencialmente dislocado, que no puede ser referido a ningún orden necesario y subyacente.
- F. Esto significa que la relación entre **dislocación** y **lectura** imaginaria de la misma, es una relación esencialmente arbitraria, y que el proceso de referir la dislocación al *discurso* que le da coherencia al nivel imaginario asume, por lo tanto, el carácter externo de una **inscripción**.
- G. El carácter absolutamente irreductible de esta dislocación, implica que no es posible encontrar un principio de racionalidad interno a la misma, y que, por lo tanto toda superación de la dislocación debe operar sobre la base de su inscripción en **un discurso externo** que le dé coherencia al nivel imaginario. Aparece entonces la categoría de *frontera* (Laclau: 1987).

¹⁰³ Véase Jacques Lacan, *The Four Fundamental Concepts of Psycho-analysis* (London: Penguin Edition, 1979). Publicado primero en francés en 1973.

Laclau concluye que la especificidad del populismo se da sobre estas “tres categorías fundamentales”: *dislocación, inscripción y frontera*. Su tesis básica es llamar

“populista a aquella forma de rearticulación de las identidades dislocadas que las inscribe en un discurso que divide la totalidad de lo social en dos campos políticos antagónicos. Es decir, que el populismo verifica tres operaciones distintivas: 1) la construcción de una cadena de equivalencias entre demandas insatisfechas e identidades amenazadas, que constituyen al ‘pueblo’, ‘a los de abajo’, en una nueva identidad sintética y compleja; 2) la construcción de esta nueva identidad popular a partir de una frontera totalizante que la opone al ‘poder’, a la ‘dominación’, a las ‘oligarquías corruptas...3) la *politización* de todo antagonismo social, ya que la constitución de la dualidad pueblo/poder tiene lugar en el campo político. La invasión tendencial por parte de éste de toda identidad colectiva tiende, por tanto, a borrar la distinción entre espacios públicos y privados, entre Estado y sociedad civil” (Laclau:1987,29).

El problema que percibo, en este enfoque de Laclau, se refiere a la *posibilidad* de caer en un reduccionismo, al anular, dentro de su propio campo, el carácter específicamente histórico del fenómeno que estudia. Este reduccionismo, que tiene muchos seguidores entre quienes insisten en el uso de esta categoría del populismo, ya desplazada incluso al psicoanálisis, consiste en mediatizar la historia a la psicología, sea ésta individual, como en el caso de Velasco Ibarra o Abdalá Bucaram, ambos caracterizados como desequilibrados mentales (“locos”), o colectiva, como en el caso de las “chusmas” o “populachos”, caracterizadas como “burdas”, “machistas”, “agresivas” y “vulgares”. El peligro es hacer no una historia psicológica, sino una psicología histórica. Ya lo decía en *El Mito*, refiriéndome al imputado carácter “caótico” del primer gobierno de Velasco Ibarra.

“Haríamos mal en pensar que ese tan reiterado ‘caos’ que se le imputa a su cortísimo gobierno haya sido el resultado de una incapacidad del principal autor puesto en escena. Tampoco se debió a algún extravío personal, arbitrariamente atribuido a su carácter o estructura síquica” (Quintero,1980:361).

Si hiciéramos uso de materiales disponibles para conocer la psicología de Velasco Ibarra o de Abdalá Bucaram, o la conciencia de un determinado grupo humano, nuestro interés sería psicológico. Ese no es nuestro papel como sociólogos y científicos políticos. Quienes hacen esto, parten de una premisa distinta a la nuestra. Buscan explicar los hechos históricos como resultantes ya sea de los *caracteres síquicos* individuales o colectivos. Incluso, han llegado a predecir que el abdalacismo sería un acompañante de nuestra modernidad, porque suponen que la cultura cívica del Ecuador va por esos senderos.

La historia psicológica busca explicar los hechos como resultantes de la estructura síquica de ciertos individuos o colectividades. Habría entonces que sopesar qué hechos históricos son el producto de decisiones individuales o han sido determinados por la mentalidad de un personaje. Tarea que, seguramente, supondría que la mentalidad de esos individuos, por cierto “extraordinarios”, sería causa de los procesos políticos. Nadie puede negar que el estudio de la mentalidad de un individuo, como Abdalá Bucaram, su extracción cultural, sus hábitos individuales y sus modales, “extravagantes” y “vulgares”, puede resultar útil a la ciencia política.

Pero, no es la tarea de una ciencia histórica como la sociología y la ciencia política, el inferir vivencias, sino el de analizar realidades objetivas. El proyecto explicativo de la Ciencia Política, como una ciencia histórica, pasa por asimilar esos rasgos individuales a las condiciones objetivas que hicieron posible que aquellos tengan efectos pertinentes en la política. El problema consiste en investigar *el cómo* tal personaje, con sus caracterizadas acciones, se abrió paso hacia la escena política nacional. Y lo hizo con éxito. ¿Qué hizo posible, por ejemplo, que los elementos de rechazo a las oligarquías del Ecuador, contenidos en la mentalidad de nuestras comunidades rurales y urbanas, adquieran una cristalización objetiva en la conducta colectiva de los electores que votaron por Bucaram en 1996? Más importante que el análisis del *espectáculo*, del *show*, o, de lo sucedido en la *tarima*, con su candidata a la Vicepresidencia, Rosalía Arteaga, se me antoja un estudio de la relación de la campaña de Bucaram con los mass media. Estamos, entonces, hablando de un factor objetivo de poder, aunque no supongo que toda la política se ha desplazado a ellos, ni que su existencia hace posible fenómenos como el abdalacismo. Lo que planteo es que sin con-jugar, en un proyecto explicativo, el contexto objetivo dado en la socie-

dad, nos quedamos en una interpretación psicológica, que, a lo mucho la juzgaría de auxiliar para una sociología política histórica.¹⁰⁴

Es evidente, entonces, que desde su primera edición, se ha verificado, por cierto, un desplazamiento del estudio del “populismo”, desde la sociología política, la estasiología, y la historia política hacia otros campos, y particularmente a uno en el que *El Mito del Populismo* no incursionó: el estudio de la mentalidad del caudillo, el de las interpelaciones inclusivas del líder como actor político individual, e inclusive hacia la psicología analítica. Efectivamente, *El Mito* solo sugiere el estudio de la ideología que emanó del *primer velasquismo*. Solo planteo el problema cuando afirmo que “cabría estudiar el papel desempeñado por Velasco como un intelectual orgánico de la derecha coaligada”. (Infra, 323), y me refiero a que Velasco, en determinados momentos, cumplió su papel “como excelente actor” (Infra, 315).

Pero, me preocupaba mucho el tema, sobre todo por haber constatado el status y la relación cambiante de Velasco Ibarra con respecto a la jerarquía eclesiástica entre 1934 y 1939, que estuvo sombreada por una transformación en el ambiente ideológico del que fuera, en rigor, el *movimiento de acción electoral del segundo velasquismo* en 1939 (en cuanto intento de llegar al poder). Este asunto ya lo expresé en el debate de Cuenca en 1980.¹⁰⁵ Me refería al único *fracaso electoral* de Velasco, —derivado, por cierto, de una resistencia popular expresada en las urnas a su candidatura—, y por lo general ignorado, cuya explicación yo situaba en el terreno de las adversidades **de la opinión pública** que tuvo su candidatura en ese que fue el verdadero *segundo velasquismo* (1939).

La no atingencia de esa campaña de 1939 con la ideología dominante emanada desde la Iglesia acerca de la *familia, la moral pública, la religiosidad del pueblo*, fue, a mi entender, un factor importante, y decisivo, en esa derrota. La ideología cuenta, y puede devenir en una

¹⁰⁴ De acuerdo a esa lógica, en *El Mito*, debería entonces haber explorado que las raíces del movimiento político velasquista en 1933, podrían ser encontradas no en la emergencia de un conjunto nuevo de relaciones de poder, sino en la dislocación de las formas de vida e identidades sociales de una multiplicidad de sectores del centro-norte de la Sierra, fundamentalmente en las áreas que habían asistido a la expansión y concentración de las haciendas lecheras. Este contexto normativo cultural es importante, pero auxiliar a una explicación.

¹⁰⁵ Véase el “Anexo 1” de este libro, que contiene el debate Cueva-Quintero en Cuenca.

fuerza “material” importante, si se inserta en un contexto objetivo de poder que cristaliza su status como fuerza.

Conservador *ad nativitem*, hijo predilecto de la Iglesia hasta 1939, “Caballero de la Inmaculada”, y, naturalmente, hombre casado por la Iglesia, a Velasco, la jerarquía eclesiástica no le perdonó *entonces*, y lo censuró notoriamente, por haber empezado a convivir públicamente con la argentina Corina Parral, en la pacata sociedad quiteña de los años treinta.¹⁰⁶ Este fue, en ese momento, considerado por la jerarquía como un rompimiento con la “moral pública” cuyo principal custodia era la Iglesia Católica. Al hecho lo calificó de “concubinato público”. Así se pronunció públicamente esa jerarquía, a través de quien llegaría a ser arzobispo de Quito.

En 1939, Velasco Ibarra, pierde entonces la posibilidad de contar con el apoyo de todos los resortes fundamentales del poder político e ideológico de ese importante centro de poder, de ese decisivo aparato de Estado, de esa influyente institución, y de esa gran propietaria, como era la Jerarquía Eclesiástica de entonces. Y, no se trataba, precisamente, de mass medias, de canales de televisión, radios, y periódicos, aunque, indudablemente, la Jerarquía tenía estos últimos. Creo que esa experiencia de 1939, llevó a que progresivamente, en el tiempo, el liderazgo de Velasco Ibarra se vaya matizando y diversificando respecto del Partido Conservador.

Esto no ha sido jamás evaluado por los investigadores del “velasquismo”, que han ignorado el estudio de la júnica *elección no ganada* por el personaje!¹⁰⁷ Les invito a volver su mirada sobre esa coyuntura específica, en que el partido azul se divide: Una fracción, oficial, apoya al conde Jacinto Jijón y Caamaño, que pierde, y, otra, a Velasco, que también pierde las elecciones, y no por ningún fraude de los Liberales, que si bien lo hubo, no pudo ser decisivo.

¹⁰⁶ La relación de Velasco con la prestante familia Acosta Soberón, co-propietarios del poderoso Banco del Pichincha fue también familiarmente política: su hermana, Lucila Velasco Ibarra era la esposa de Alberto Acosta Soberón.

¹⁰⁷ Por ejemplo, Maiguashaca y North cometen el error de afirmar: “De hecho, Velasco se presentó por su cuenta ya en 1940, y posiblemente perdió esa elección debido a un escrutinio fraudulento” (1991, 143). Es evidente que ellos no investigaron como se fraguó la candidatura de Velasco en 1940, que llevó incluso al rompimiento del Partido Conservador. Carlos de la Torre, a pesar de que estudió la campaña electoral de 1939, compró también la tesis del fraude en su libro *La Seducción Velasquista*.

El estudio de la mentalidad y de los contextos normativos culturales de los diversos velasquismos sigue, a mi entender, como una necesidad analítica central, aún no resuelta.¹⁰⁸ En Argentina y otros países se han hecho avances importantes sobre el estudio del peronismo.¹⁰⁹ Para el Ecuador y *los velasquismos*, sin duda, Cristina Cárdenas tiene el mérito de haber estudiado la totalidad de la obra escrita de Velasco Ibarra, *publicada* entre 1914 y 1973, y de hacerlo con una gran capacidad de síntesis. Pero, si la práctica política de Velasco representó “una frecuente negación del núcleo de la ética liberal”, como lo reconoce Cristina Cárdenas (1991,14), cómo es que se lo considera un pensador liberal?¹¹⁰

Esta interrogante surge, por ejemplo, de la lectura de *La Seducción Velasquista*, de Carlos de la Torre, que analiza el discurso hablado. El asunto es importante y no puede ser esquivado: ¿cuál es el método para estudiar la ideología de un actor político importante?. ¿Acaso puede hacerse abstracción de sus acciones y de su práctica política? Como la investigación se define también por el enfoque metodológico empleado, las controversias en el estudio de las ideologías de los “velasquismos”, producirán sin duda diversos tipos de conocimientos. Este es un terreno para un nuevo y, espero, civilizado debate.

El trabajo de Cristina Cárdenas no se vincula con el problema y la discusión de dilucidar el estatuto teórico del “populismo”. Tampoco *La Seducción Velasquista*. Sin embargo, Cárdenas y de la Torre usan el término “discurso populista”, pero sin definir su contenido. Dejan la definición a la intersubjetividad de los lectores diversos. Cristina Cárdenas se refiere solo al “posible carácter populista del discurso de Velasco” (Cárdenas,1991:14). Pero se contradice. Al asumir lo que plantea Edelberto Torres Rivas (1979,28) cuando señala que “en el velasquismo concurren sin duda rasgos pupulistoides como la figura carismática del caudillo, su absoluta incoherencia ideológica, la movilización y apoyo en el número como factor de poder, etc” (Cárdenas,1991).

¹⁰⁸ Como lo revela el importante libro de María Cristina Cárdenas, a Velasco se le ha pintado con diversos colores ideológicos. Según Arizaga, en 1933 los banqueros calificaron a Velasco de “liberal sincero”, mientras Victor Hugo Rengel(op.cit) lo consideraba un “fascista”, después de verlo gobernar.

¹⁰⁹ Véase Emilio de Ipola: 1980.

¹¹⁰ El intento del libro de Arizaga es pintar al caudillo como un rostro liberal (1985,47), aunque ese intento de cuadrar el círculo no le diera resultado al ex ministro velasquista.

Por otra parte, Cárdenas lleva la discusión a otro terreno, al tratar de encontrar una “línea sutil pero sostenida que enlaza algunos de los grandes temas velasquistas con el pesamiento *narodniki* de la Rusia”. Ella señala que, por una parte, Velasco Ibarra admiraba a los populistas rusos y demuestra que conoció la obra de al menos tres de ellos (Cárdenas,1991:14). En una nota, Velasco Ibarra es citado afirmando que ellos llegaron a odiar a la humanidad. En verdad, Velasco expresaba por igual su simpatía y su antipatía por algunos pensadores. No queda claro qué nos revela esto, sobre el supuesto “enlace” entre los temas velasquistas y los de esos pensadores, pues el concepto de “populismo”, que se ha usado en América Latina no hace referencia a una escuela de pensamiento económico, por lo cual no cabría reclamarle a nadie una familiarización sobre el *Naródnichestvo*,¹¹¹ como lo hizo Marco Robles. El enlace, es por ello, forzado, pues no corresponde al debate planteado.

Y, por otra, nos recuerda que Aricó ya había señalado en 1980 que la intelectualidad latinoamericana de los años veinte y treinta había—bajo diversas influencias— iniciado una suerte de “marcha al pueblo”. Pero, como acertadamente señala Alexei Paez en su importante tesis sobre los orígenes de la izquierda ecuatoriana, “esa ‘marcha al pueblo’ tenía contenidos muy diferentes a la de los *Narodnikis* rusos de mediados del siglo XIX.¹¹² No se trataba de reivindicar los valores populares y la creatividad de la resistencia campesina, sino de ‘llevar la luz’ desde fuera, de ‘salvar’ al campesinado e indígenado” (Paez,1992:31).

Cabe, entonces, preguntarse si de la Torre y Cárdenas entienden lo mismo por “discurso”, y “momento discursivo”. La inquietud surge por cuanto Cárdenas, después de decirnos que ha leído toda la obra

¹¹¹ “*Narod*”, en ruso significa pueblo, “*Narodnik*” quiere decir *populista* (o el camino hacia el pueblo) y “*Naródnichestvo*” equivale a *populismo*. (Robles:1989,63) y (Wolfe,1964,27ss).

¹¹² En el caso ecuatoriano, en 1979, evidencié la inserción teórica de Angel Modesto Paredes, uno de los fundadores del Partido Socialista de 1926, en una corriente que exhibe grandes similitudes con el *Naródnichestvo* ruso. Véase “Estudio Introductorio” en Angel Modesto Paredes, *Pensamiento Sociológico* (1981,38) primera edición. Hay una segunda edición de este libro bajo el título más preciso de *Pensamiento Sociológico de Angel Modesto Paredes* (Quito:BCE-CEN, 1988), que contiene la misma selección y el mismo “Estudio Introductorio” que realizáramos años atrás.

publicada de Velasco, habla de sus “momentos discursivos”. Evidentemente, ella incluye como discurso a las obras escritas (v.g la tesis sobre sindicalismo de Velasco Ibarra de 1922).¹¹³ Por lo tanto, la respuesta es negativa.

Como se ve, el estudio de la ideología ligada al debate sobre “populismo”, tiende a convertir al “populismo” en un fenómeno puramente ideológico discursivo, como lo han hecho algunos autores en el debate más reciente sobre el tema. Todo ello partía de considerar que “... el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante” (Laclau: 1978,201). Pero, explicar el éxito (v.g. los triunfos electorales) por el discurso “populista” resulta cierto—dice de Ipola— “en gran medida”, porque no se nos escapa que el éxito ideológico del peronismo, por ejemplo, obedeció también a otras razones, de igual o mayor peso. Hay factores políticos, a más del discursivo que se conjugaron para hacer de Perón un líder popular(1990,127).

Como ha señalado Emilio de Ipola, en una *ejemplar polémica* de las tesis de Laclau, éste, modificó los términos de lo que llamó primero la “contradicción dominante” (“pueblo” vs. “bloque de poder”) a nivel de la formación social. Dicha contradicción se anunció luego bajo la forma de oposición entre “democracia” y “forma general del Estado” (de Ipola: 1987,107). Pero, a mi entender no hubo un desarrollo categorial de dicha contradicción.

Por ello, estoy de acuerdo con la crítica de Mouzelis a Laclau, reseñada por de Ipola, cuando afirma que “la teoría del populismo propuesta ...tiene de entrada el grave defecto de dejar completamente de lado los aspectos político-organizacionales del fenómeno en cuestión” (Citado por de Ipola,108). Mouzelis cuestiona también que la definición del populismo como un hecho de orden puramente ideológico es *restrictiva del objeto a analizar y es de por sí discutible*. Es imposible descartar los aspectos político-organizacionales: “Para poder hacerlo —dice— habría previamente que demostrar que las ideologías populistas son compatibles con cualquier tipo de organización política (cosa que según Mouzelis, es inexacta)” (de Ipola,1987:109) Emilio de Ipola responde que Laclau no pretende demostrar que las ideologías populistas sean compatibles con cualquier tipo de organización. Lo que dice, es

¹¹³ Véase la nota 2, pág.15-16 del libro de Cristina Cárdenas.

que el “elemento populista” puede estar inserto en ideologías de clase muy diversas, de lo cual no se infiere que puede estarlo en cualquier situación histórica ni en cualquier marco político organizativo (de Ipola, 1987,111).

Sin embargo, también encuentra limitaciones serias en la teoría de Laclau. La mayor no consistiría en el hecho de que él defina al populismo como un fenómeno puramente ideológico, sino en la concepción misma de lo ideológico sobre la que se basa su análisis. Laclau define la ideología, bastante descriptivamente, como un conjunto, no necesariamente coherente, pero sí articulado, de interpelaciones constitutivas. Además, según de Ipola el concepto de interpelación, siendo útil, es incompleto. “La fórmula según la cual ‘la función fundamental de toda ideología consiste en interpelar/constituir a los individuos como sujetos’, aunque aceptable en términos muy generales, tiene el defecto de que tiende a soslayar la diferencia irreductible entre la producción y la recepción de los discursos”. Este sería el mayor límite de la teoría de Laclau que “resulta insuficiente para dar cuenta de las condiciones reales que determinan el éxito (o el fracaso) de un discurso ideológico populista” (de Ipola,119).

Dado el estado, aún exploratorio, de este nuevo campo al que se ha desplazado la discusión sobre “populismo”, no se puede afirmar la existencia de una dicotomía radical entre pobres y élites, y poner en el estudio de los líderes “populistas” la personificación de uno de los polos supuestos.¹¹⁴ Por ejemplo, colocar a Bucaram como el líder popu-

¹¹⁴ Estas teorías tienen un tinte eurocéntrico, en tanto y cuanto tienden a visualizar homogeneidades inexistentes en nuestras sociedades. Los desafíos de estudiar la actividad política en sociedades pluriculturales y plurinacionales como las nuestras, requiere tomar en cuenta este problema, pues necesitamos estudiar las formas como los movimientos sociales incorporan los nuevos códigos culturales, sociales y políticos que ocupan la discursividad política y de nuevas identidades sociales, étnicas y simbólicas que evocan la mitología andina: lo étnico-cultural, sus rupturas regionales y clasistas, lo andino, y amazónico, lo shuar y lo quichua, el unanimismo comunitario, la noción de equidad, el asistencialismo social, y la participación de mujeres y jóvenes en la política, son parte de estas nuevas exigencias. Resulta insuficiente la referencia al pueblo o al populacho para tener un fenómeno diferenciado. Todos lo hacen, y con ello se disolverían las prácticas de los partidos y líderes en un universal populismo indiferenciado. Con lo cual podemos afirmar que las características mencionadas no aíslan aún, en este tipo de definiciones, un fenómeno nuevo susceptible de una nueva categoría sociológica.

lar que “para las élites es la encarnación de todo lo negativo”, pues, Abdalá Bucaram Ortiz estuvo acompañado de una élite económica muy identificada: la élite libanesa de Guayaquil ligada al negocio de las importaciones y al contrabando, y, posiblemente, a otras élites regionales, ligadas a los circuitos comerciales del mercado interior.

Por ello, una explicación del ascenso de Abdalá Bucaram al poder, debería identificar a las élites que se *opusieron a él y las que lo apoyaron*. No basta con afirmar que los medios de comunicación y “las élites políticas” construyeron las imágenes de Bucaram, pues ***su liderazgo no se construye en el terreno de lo ideológico***, y si así se lo cree, habría que demostrarlo, pues resulta totalmente inaceptable sostener, como lo han afirmado Felipe Burbano y Carlos de la Torre, que a la sociología no le esté permitida “analizar fenómenos sociales tales como la cultura, el simbolismo y el discurso, que por su propia naturaleza no pueden comprenderse dentro de los cánones del conocimiento científico” (1989,59). Parfraseando a Hopper, podemos decir que, si la única alternativa probable para la ciencia es la magia, un retorno a la magia no es la solución para los abrumadores problemas que debemos afrontar.

ANEXO 1

Debate entre Agustín Cueva y Rafael Quintero realizado el 27 de noviembre de 1980 en el III Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador ¹¹⁵

Agustín Cueva:

“Si, lamentablemente Rafael no tuvo tiempo de escuchar el casete en que estaba grabada mi primera intervención,¹¹⁶ y por razones de tiempo como de no aburrir al público no se puede repetirlo, una sesión que duró aproximadamente una hora, entonces en diez o quince minutos, yo quisiera sintetizar algunos puntos para centrar este debate”.

“La primera cuestión en la que yo quisiera insistir más allá de la discusión sobre el texto de Rafael y sobre mi respuesta es que en este momento me parece claro que en Ecuador hay una confrontación de fronteras probablemente difusas entre el empirismo y el marxismo; yo

¹¹⁵ Este texto corresponde a la transcripción realizada por el Instituto de Investigaciones Sociales (IDIS) de la Universidad de Cuenca, y que me fuera remitida por el Economista Lucas Pacheco quién actuó como moderador del debate. La comunicación de Lucas Pacheco, Director de ese centro en ese entonces, es del 3 de febrero de 1981. El IDIS, cuya contribución al desarrollo de las ciencias sociales fue muy destacada, expresaba en esa comunicación su “vivo interés” en publicar ese texto. Sin embargo, nunca llegó a publicar este material del debate, por la negativa de uno de sus intervinientes, que resulta ahora indispensable para conocer los términos en que se dió la reacción de Agustín Cueva a mi obra, y contextualizar así mi respuesta ante el lector. Por otra parte, he intercalado estas notas y cuando, en la transcripción, falta texto, se lo indica igualmente entre paréntesis. Guardo en mi archivo personal copia de esta transcripción, fielmente reproducida aquí en este “Anexo a la Tercera Edición” de este libro. Obviamente, he introducido las debidas correcciones tipográficas que inadvertidamente se escurrieron en el texto de la transcripción original.(Nota de RQ)

¹¹⁶ Cueva se refería a una intervención suya, hecha en días pasados, en el III Encuentro, y que fue grabada. Yo no la escuché pues no me encontraba en Cuenca. La persona que tenía dicha grabación en un casete, y que era ajena a los organizadores del evento, me la negó, por lo cual, al momento del debate, yo no conocía la “primera exposición” de Cueva, quién, evidentemente sabía de mi no acceso a su anterior y larga intervención, cuando al día siguiente comienza refiriéndose a esto.(Nota de RQ)

creo que esto se debe tener absolutamente claro y no hay que equivocarse; es decir, hay una fase de institucionalización de las ciencias sociales y hay un momento histórico muy claro en el Ecuador que la burguesía trata de consolidar su hegemonía a partir de un robustecimiento económico y de un robustecimiento de su Estado y como parte de esa consolidación de la hegemonía burguesa hay una política hacia las ciencias sociales. Y claro esa política consiste en fomentar el empirismo, en restringir cada vez más (falta texto en la transcripción)...más acotados como se está diciendo en la jerga de moda yo diría cada vez más anodinos, cada vez más sin trascendencia. Esto, yo creo, no hay que equivocarse y yo creo es el gran debate que se está jugando aquí y yo creo que Rafael Quintero debería preguntarse no tanto sobre sus intenciones sino sobre quienes están haciendo de turiferarios suyos y debería darse cuenta como su trabajo está siendo utilizado en ciertas tendencia empirista positivista que a la larga tiende a restringir el espacio político dentro del cual normalmente se mueve la izquierda, porque qué es eso de crear una imagen de científicidad que se base en (el) dato inmediato, que se base en la destrucción de los marcos teóricos generales, que se base en la destrucción de los esquemas de interpretación grandes de nuestro país. Bueno, es lo que yo estoy señalando y no es un azar por ejemplo que aquí los análisis de coyuntura actual del Ecuador, prácticamente, no los haya habido. Realmente muy pocos, mucho menos de lo que yo me esperaba. Esto me parece tener presente y sobre todo, tenerlo presente sin desviar, sin crear la coartada que en otra vez se creó porque el día que estábamos discutiendo aquí, cuando yo atacaba al positivismo, atacaba al empirismo, siempre se daba la vuelta como diciendo que...pero entonces no hay que ver las fuentes primarias, es que no hay que ver las estadísticas. Nadie está diciendo esto. Es la coartada que oficialmente se está teniendo porque la lucha es contra el empirismo, contra el positivismo que se quiere imponer en las ciencias sociales a título de científicidad, a título de algo nuevo como si el empirismo se estuviera descubriendo aquí, siendo más viejo que la historia; entonces ese marco general en donde se juega lo político —yo creo— que no hay que perderlo de vista”.

“Ahora bien, yo creo que mi colega Rafael Quintero, lamento decirlo, pero por ciertas fallas teóricas que me parecen muy claras y por una formación empirista está cayendo en eso, porque en qué consiste toda la discusión sobre el velasquismo que aquí se ha armado. Prime-

ro, yo diría, decir que Velasco triunfó con el apoyo conservador, no es ninguna novedad porque nuestras tesis surgieron sobre esa vieja tesis que era vieja en los años sesenta y nuestro razonamiento fue en el sentido de decir si, esto es lo que se ha dicho, pero el fenómeno velasquista es más complejo que eso; es a esto a lo que apuntábamos, no a algo archisabido, y a algo que lo decía cualquier hijo de vecino. Sí, Velasco ganó porque los conservadores, los compactados, etc. lo apoyaron, entonces ahí no hay ninguna novedad, simplemente se está volviendo al punto del cual nosotros partíamos para devolver su complejidad a la historia ecuatoriana, primera cuestión”.

“Segunda cuestión, nosotros no partíamos de un análisis de tal parroquia, de tal cosa, sino que tratábamos de captar el gran movimiento, que se oiga bien, el gran movimiento de la historia ecuatoriana y entonces ese gran movimiento que recién se atisba borrosamente, confusamente en el 34, nosotros lo veíamos a partir de un futuro desarrollo y que estamos proponiendo grandes tesis es cierto, pero la historia tiene su grandeza que tiene que ser captada también en un nivel, si ustedes quieren hasta épico, o sea de un vasto fresco que trate de ubicar las luchas del pueblo ecuatoriano y todos los problemas que han habido dentro de la organización de la dominación en el Ecuador”.

“Que ahora se diga que se debe dejar de lado esas líneas generales y concretarse a estudios micros, a estudios, que insisto, son típicos de la sociología política yanqui, a estudios electorales, a estudios de registros, bueno, que quién quiera lo haga, pero que lo haga conscientemente de la línea en la que está trabajando y que lo haga conscientemente también de que no es una novedad, que simplemente se está asimilando todo ese empirismo yanqui.

Y a partir de allí —claro—podemos discutir lo que se quiera y yo aquí por ejemplo, bueno, no puedo repetir las grandes hipótesis que he esbozado en mis libros y que de alguna manera traté de señalarlas aquí; pero lo que quiero decir con mucha firmeza es que esas hipótesis que deben tener muchos errores, deben tener muchísimas lagunas, pero que frente a un empirismo como el que ahora se está esgrimiendo en contra de mis tesis, esas tesis valen más epistemológicamente, valen más teóricamente, porque si se quiere discutir todo este fenómeno del caudillismo, todo este fenómeno de la crisis de la hegemonía, bueno, habrá que tomar otro esquema de interpretación de la realidad ecuatoriana que me gustaría, a propósito, saber en qué consiste, cual

es el fundamento más allá de que yo ví tal parroquia donde ganó Velasco, lo conservadores lo apoyaron a Velasco, etc., cosas que repito, son archisabidas y que me asombran realmente que algunas personas ahora lo presenten como novedad. ¿Es que no se está al tanto de debate histórico aquí habido? Entonces son cuestiones importante”.

“Por otra parte y para no alargar mi exposición, yo lamento, esto lo decía, que Rafael Quintero al hacer una buena investigación sobre el período 1895-1934 que por si mismo tiene validez por discutible que sea, haya creído necesario realmente colar, pegar una parte sobre el velasquismo que a mí me parece un gancho un poco publicitario; es la parte más floja del libro que no tiene ninguna consistencia teórica, que no hace ningún planteamiento sólido para endender el Ecuador del 34 para acá y que, sin embargo, como eso parece más atractivo armando una discusión conmigo al menos que la parte anterior, entonces se lanza eso, se aprovecha de eso, y yo creo que Rafael es una persona suficientemente honesta para darse cuenta de que allí tiene una metida de pata simplemente, y yo diría una metida de pata no solo teórica ya que allí es absolutamente endeble, sino que además política por la razón que estoy diciendo, y digo esto porque sé que la posición de Rafael no va en el sentido en que le están aprovechando y en el sentido que su empirismo además acompañado de unas lecciones teóricas, que creo están fuera de lugar, daría a entender. Yo creo que a partir de ahí, entonces, podríamos iniciar la discusión”.

Rafael Quintero:

“Pienso que aquí **se comienza** un debate. Este debate no va a terminar acá, en la medida en que justamente, la mayor parte del público que está aquí conoce la obra de Agustín, pero no conoce mi obra, por lo cual yo me encuentro, ante la referencia del público en una desventaja, en la medida en que mi obra no es una obra conocida y que al simplificársela en sus tesis, naturalmente, se da lugar, como siempre en toda simplificación, a la distorsión”.

“De lo que he escuchado de Agustín, **no hay ninguna referencia concreta al libro que yo he escrito**. Hay un pronunciamiento general de que la obra que yo he escrito se inscribe en el empirismo y justamente el reclamo crítico de mi libro, **vis à vis** la obra de Agustín, es señalar que su obra se inserta en la sociología subjetiva y empirista”.

“*El Mito del Populismo en el Ecuador* que lleva como subtítulo ‘Análisis de los Fundamentos del Estado Ecuatoriano Moderno’ (1895-1934), es un trabajo en el que no desarrollo únicamente un análisis de una coyuntura particular. Este trabajo está dividido en dos partes: una primera trata de dar cuenta del período desde la independencia, centrándose en los cuarenta años de 1895-1934. Lo que me interesa hacer en esa parte es lograr una visión del desarrollo del Estado ecuatoriano en el estudio **de la escena política**, plantearme el problema de los partidos, el cuando y en qué condiciones surgieron los partidos políticos en el Ecuador”.

“Se propone por lo tanto una teorización en torno al problema de los partidos políticos. Justamente el día de ayer, yo he recogido para mi ponencia las proposiciones que están contenidas en esta obra, para plantear aquí, en este III Encuentro, una serie de formulaciones a las cuales se les ha dado una unidad para esta ponencia con relación al problema de los partidos políticos en el Ecuador y en general como una respuesta teórica, porque considero que una de las limitaciones del marxismo latinoamericano radica en que nosotros no estemos acostumbrados a desafiar el modelo clásico pensado para los países europeos, en la organización de las categorías del materialismo histórico a nuestra realidad”.

“Y lo que permanentemente yo he venido manifestando es la necesidad de ir a la organización no clásica de algunas categorías del materialismo histórico y en ese sentido ayer discutía el problema en torno a uno de los textos ‘clásicos’ con relación ‘al partido’, que yo cuestionaba en la medida en que no podemos reclamar una validez universal para ese texto.¹¹⁷ Considero que ‘el marxismo’ no es una edificación acabada, sino una fundamentación que tiene que levantarse en cada país haciendo justamente la indispensable investigación empírica sobre nuestra realidad, que no debe confundirse (y no sé cómo pueda confundirse la investigación empírica indispensable para la comprensión de una realidad) con el empirismo!”

¹¹⁷ Me refería a la teoría de Lenin sobre la categoría partido político que cuestioné en mi respectiva ponencia, presentada en ese mismo III Encuentro de Cuenca. Ese trabajo fue publicado años más tarde sin ningún cambio. Véase Rafael Quintero, “El Partido como categoría política decisiva en la teoría marxista”, en *Revista Ciencias Sociales*, Quito, Escuela de Sociología, U.C., Volumen V, 1984., Número 15-16., pags. 1-16. (Nota de RQ)

“Es indispensable la investigación empírica y es eso lo que justamente nos ha faltado y ésta jamás puede asimilarse al empirismo porque lo que también se plantea en mi libro es que las ciencias sociales en el Ecuador han adolecido de este grave defecto: de la especulación, del subjetivismo, de los ‘grandes esquemas’ recibidos desde las diversas metrópolis, sin que esos modelos generales hayan sido cotejados con la investigación empírica concreta. Y la investigación empírica jamás puede ser confundida por ‘empirismo’ que es una aberrante escuela burguesa del pensamiento social, que mi libro justamente ataca pues lleva a lo que critico: la sociología especulativa y a la sociología subjetiva!”

“En ese sentido, *El Mito del Populismo en el Ecuador: Análisis de los Fundamentos del Estado Ecuatoriano Moderno (1895-1934)*, hace un recorrido por la formación político-social de nuestro país. Plantea tesis en torno al surgimiento del Estado burgués, en torno a los partidos políticos, y presenta un marco del desarrollo de las fracciones de la burguesía en la Costa y su relación con la diversas clases y el cambio que se constata como real en la correlación de fuerzas de esas fracciones de la burguesía”.

“Ahora, en la segunda parte de mi libro, que se denomina Análisis de los Fundamentos Sociales y Políticos del Surgimiento del ‘Velasquismo’ (1930-1934), critico a muchos sociólogos ecuatorianos...a la gran mayoría de sociólogos que estudiaron el fenómeno del “velasquismo”. Porque es un hecho en torno al cual, durante una década, existió un consenso en la academia como en los círculos políticos de izquierda, como, en general, en todos los círculos intelectuales...de que el ‘velasquismo’ había siempre sido un populismo, un populismo entendido como la Sociología de los años sesenta proponía para la comprensión de los movimientos políticos en América Latina”.

“Y en ese sentido, mi libro critica las posiciones en torno al surgimiento del ‘velasquismo’, del llamado primer ‘velasquismo’ en las tesis de Esteban del Campo, Lautaro Ojeda, Pablo Cuvi, Agustín Cueva y otros sociólogos, todos los cuales adoptaron un modelo que originalmente propuso Agustín Cueva. Entonces, a mí me sorprende que nosotros no tengamos un criterio autocrítico, un criterio autocrítico para reconocer, en primer lugar, que aquella Sociología había planteado que el primer “velasquismo”, tal como lo dicen los textos que podríamos citar de estos autores todos, que ‘el velasquismo’ surge a principios de los años treinta, y había sido propuesto bajo el modelo analítico del populismo”.

¿Por qué no podemos nosotros criticar a aquellos que tienen justamente que hacerse la autocrítica e ir al reconocimiento de que, en ese caso, se cometió una extrapolación de un modelo analítico que efectivamente no se podía cotejar con nuestra realidad? Ahí el problema es que la realidad no se investigó, no se investigó suficientemente la realidad y se propuso un modelo que planteaba que “el velasquismo” surgía, como lo dice el propio Agustín Cueva en sus obras, con una base claramente subproletaria y como lo ha repetido durante una década la Sociología ecuatoriana de que el velasquismo de 1933 tenía su baluarte electoral en las ciudades y en los barrios suburbanos de Guayaquil fundamentalmente.

“Esta es una de las tesis, una de las tesis que yo critico en mi libro. Y critico con la indispensable investigación de los hechos, guiándome justamente de aquella conceptualización fundamental que guía toda la obra *El Mito del Populismo en el Ecuador*. Y en este sentido, yo he naturalmente recurrido no a entrevistas a Velasco Ibarra para entregarle los hechos ‘del velasquismo’ a Velasco Ibarra y caminar así por la sociología subjetiva. No he entregado tampoco los hechos ‘del velasquismo’ a las Historias nada críticas sobre nuestra realidad que citaban simplemente los pronunciamientos del mismo Velasco sobre los orígenes de su propio **movimiento**”.

“He ido justamente a los archivos y a los registros electorales porque era indispensable. Y a mi me extraña, realmente, que **aquí**¹¹⁸ se cuestione el hecho de que un investigador marxista vaya al estudio de los datos electorales cuando justamente, si nosotros queremos conocer la base electoral del **movimiento** que surgió en 1933, pues no tenemos sino que también recurrir a esos datos electorales y hacer un análisis científico de esos datos, para lo cual justamente las técnicas que se desarrollan en la sociología son las que deben ser utilizadas! Y en ese sentido, yo he desvirtuado algunas tesis propuestas por Agustín sobre el surgimiewnto ‘del velasquismo’”.

“Agustín plantea en su obra que “el velasquismo” surgió como un populismo con base claramente subproletaria. Nosotros pensamos que justamente la investigación realizada por Agustín era insuficiente para la mantención de esta tesis porque veíamos que había un proble-

¹¹⁸ Me refiero a que la mayoría del público presente era estudiantil. (Nota de RQ)

ma metodológico de fondo: había la presencia de una migración hacia las urbes a partir de los años 20, y se relacionaba ese fenómeno con el supuesto voto subproletario para Velasco Ibarra”.

“Es decir, el problema metodológico y de fondo era el del empirismo, en la medida en que la presencia paralela y temporal de dos fenómenos no puede ser la base de una comprensión de ese fenómeno. Porque nosotros no podemos, como hace el empirismo, reducir la explicación de un fenómeno a una relación de causa y efecto!”

“Justamente, lo que critico en esta obra es esa reducción empirista, es esa reducción subjetiva de la realidad. En ese sentido, yo hice una investigación no solamente de los datos electorales, aunque era la fuente indispensable; pues, por primera vez se hace un análisis de las elecciones. Lenin decía con tanta razón, que los análisis de las elecciones revelan la realidad de la lucha de clases. Nosotros pensamos que es indispensable ya en el terreno académico, si se trata de ver la base electoral ‘del velasquismo’, no dejar de lado aquel ingrediente fundamental que eran los datos electorales y todo el trabajo de investigación empírica, repito, investigación empírica indispensable, que se tenía que haber hecho, y que no sé por qué se está tergiversando ante ustedes, como si la investigación empírica fuera algo aberrante”.

“Porque a mí no se me ha dicho ni una sola cosa de por qué este libro es “empirista”, porque no basta señalar que el libro “es empirista” para que nosotros,¹¹⁹ y ustedes estudiantes, puedan creer que es “empirista”. Se necesita hacer una crítica de carácter metodológico, que es lo que yo invito a hacer a Agustín Cueva, a que comience a hacerla, una crítica de carácter metodológico en torno al problema del empirismo... Porque la investigación empírica en nuestro país, —que es otra cosa— es una investigación insuficiente y es la investigación que nosotros necesariamente debemos hacer. Porque un libro que esté lleno de datos y ojalá todos los libros que ustedes escriban den a conocer muchas realidades no conocidas sobre nuestro país y que estén naturalmente acompañados no de “interpretaciones” sino de **explicaciones** de los fenómenos. Porque una cosa es una “interpretación” de un fenómeno y otra es el desentrañamiento del núcleo de causas que debemos nosotros visualizar en una investigación para la determinación del fenómeno”.

¹¹⁹ Me refería a los profesores presentes. (Nota de RQ)

“Yo he disuelto justamente esa tesis de Agustín Cueva en mi libro. La he criticado y he señalado los errores metodológicos de Agustín. He señalado justamente **qué** errores metodológicos conllevan a que él haya cometido ese error que, desgraciadamente, yo lamento que no tenga la capacidad autocrítica para reconocerlo a pesar de que justamente en situaciones diversas me había manifestado él mismo, su inclinación a esa autocrítica”.¹²⁰

“En segundo lugar, he establecido —a partir de la tesis general que se plantea en mi libro, del robustecimiento de la clase terrateniente—, un robustecimiento en el Partido Conservador en el último lustro de la década de los años veinte, un robustecimiento y no una crisis de los partidos **en general**. Dentro de la perspectiva del desarrollo de un Estado que transitaba por la vía junker, que en este libro se propone, he propuesto que debemos ver la relación de este (primer) ‘velasquismo’ con la situación agraria y por lo tanto, he estudiado el fenómeno de la base social propia del primer velasquismo, y he encontrado que la base social del primer velasquismo **es una base social pequeño burguesa rural y pequeño burguesa pueblerina**. Y ésto, ¿justamente cómo?”

“Por primera vez se descubre que esto es así, y se delimita específicamente el contexto histórico y geográfico de la base social del primer velasquismo. Justamente, lo que se proponía (por parte de los sociólogos criticados por mí) era otra cosa: se proponía un modelo de explicación sobre todos los velasquismos, en que la base social fundamental “del velasquismo” —se proponía— era el subproletariado urbano. Pero para este primer velasquismo nosotros encontramos que justamente la base subproletaria era absolutamente insignificante! Que, fundamentalmente, se trataba no solamente de un fenómeno que había que caracterizarlo por la base social que contenía “el movimiento velasquista”, sino que en mi libro se hace un análisis —justa-

¹²⁰ Habiendo terminado mi libro en México en 1978, solicité al propio Cueva que comencemos un debate y le propuse que haga un comentario crítico del libro a manera de prólogo o introducción. Esto también le daría a él la oportunidad de la autocrítica necesaria. Después de haber leído el texto se entrevistó conmigo y admitió la necesidad de una autocrítica, pues, según me confesó, después de leer mi libro él debía admitir que el primer velasquismo no fue un populismo. De esa conversación hay una testigo que escuchó lo que Agustín me dijo. Evidentemente, la decisión ética de no hacerse la autocrítica se sobrepuso en Cueva. (Nota de RQ)

mente a partir de la primera parte de la obra—, de la correlación de fuerzas entre los sectores y las fracciones de la burguesía y de la clase terrateniente, y, se delimita la existencia de un pacto, de un pacto denominado oligárquico en que justamente la clase terrateniente como tal y su partido —robustecido como tal— se constituyen en un proyecto de desarrollo “nacional” para el Estado ecuatoriano”.

“Y esto, también, por primera vez se planteaba, porque lo que la Sociología había planteado anteriormente, naturalmente, también se proponía que había habido el apoyo de lo que todos nosotros conocíamos: que el Partido Conservador había apoyado, pero no se había descubierto la realidad de una alianza del conjunto de las fracciones de la clase terrateniente para 1933, y el robustecimiento de aquel partido político con “el velasquismo” —que no es un fenómeno independiente del Partido Conservador, como se proponía antes, sino que se robustece en la escena política.

El Partido Conservador había propuesto una serie de reformas importantes que, por primera vez, se estudian en el libro, como son las reformas del voto a la mujer. El Partido Conservador llega incluso a proponer el voto universal, es decir el sufragio universal para los campesinos analfabetos, y se llega, en la Asamblea de 1928-1929, a otorgarle —por parte del Partido Conservador y de la Iglesia Católica—, el sufragio a la mujer alfabeta. Se estudia esa realidad para ver en qué medida qué clase social se beneficia de esa reforma del régimen de representación política. Constatamos, por primera vez, que esa votación tiene una influencia diferida para el robustecimiento del Partido Conservador. Entonces no habría una crisis del conjunto del sistema partidista, sino que habría un robustecimiento de un partido fundamental, que representaba los intereses de la clase terrateniente con “el velasquismo” que nosotros caracterizamos justamente como un fenómeno partidista, *anexo* al desarrollo del Partido Conservador y no como un movimiento independiente acudado por un individuo. “*Se robustece así ese proyecto de constitución de la clase terrateniente como parte de la dominación política en el Estado*”.

“Se hace también un recorrido para entender cual fue la relación de este primer velasquismo con los diversos aparatos y órganos de poder del Estado, para robustecer nuestro planteamiento de que ‘el velasquismo’ no era sino lo que denominamos un ‘marginalismo’ del Partido Conservador, es decir, una organización creada ‘al margen’ del

Partido Conservador, a ‘un lado’ de dicho partido, lo cual revelaba simplemente una división técnica del trabajo político por parte de la clase terrateniente. Que no era un fenómeno independiente y que simplemente el Partido Conservador apoyaba, porque allí está la equivocación”.

“El Partido Conservador no solamente es que apoyaba o no al “velasquismo”. Es el Partido Conservador el que justamente **crea** un **movimiento** “marginalista” en el seno mismo de su organización y del desarrollo de este velasquismo que desde el inicio lo crea, lo funda, lo dirige, lo organiza a través del control que de la superestructura precapitalista tenía en el país. *Es decir, que el partido Conservador apoyó “al velasquismo” ya supone en sí que existía una cierta independencia entre el Partido Conservador y “el velasquismo”.* Lo que proponemos es otra tesis. Proponemos que el Partido Conservador y el primer velasquismo son fenómenos absolutamente idénticos dentro de la perspectiva de dominación de la clase terrateniente. El movimiento velasquista dirigido por el Partido Conservador le permite a éste convertirse en el primer partido que tenga influencia nacional en este país. Es a través del **marginalismo** del Partido Conservador que la clase terrateniente logra elevar un proyecto de dominación nacional”.

“Se ha hecho aquí una objeción por parte de Agustín de que yo no trato el presente. Naturalmente que no. No se puede reclamar a ningún autor que haya delimitado el período histórico que va a tratar...el tratar otros períodos. De lo que se trata sí, y eso sí contiene *El Mito del Populismo en el Ecuador*, es de que aquello que nosotros investiguemos en el pasado sea con objetivos del presente, sea para elevar el nivel de racionalidad de comprensión del presente, y, en ese sentido, justamente, tanto la primera como la segunda parte del libro, aportan elementos para la comprensión de nuestro país, particularmente del Estado, a partir de 1895 para acá. Pero a mí no se me puede reclamar, como a ningún investigador se le puede reclamar, que en una obra, que él ha delimitado temporalmente y de forma muy clara (1895-1934), trate los problemas presentes. Ese no es un reclamo legítimo, no es un reclamo serio y no se puede hacer”.

“Mi libro rompe con una problemática para el estudio de los siguientes fenómenos velasquistas. Creo que ya nadie en el Ecuador podrá seguir escribiendo sobre los subsiguientes ‘velasquismos’ sin haber conocido y estudiado lo que este libro contiene en torno al primer ve-

lasquismo, porque lo que se plantea es una ruptura con una problemática, y en ese sentido justamente, en la medida en que se rompe con una problemática que planteaba que ‘el velasquismo’ era un populismo. Y que planteaba que ‘el velasquismo’ era fundamentalmente un fenómeno urbano, con una base social urbana, como lo han dicho en tantos textos los sociólogos ecuatorianos, y no solamente Agustín Cueva y se lo ha repetido en Francia, se lo ha repetido en Estados Unidos y se lo ha repetido en la Sociología latinoamericana”.

“Romper con esta problemática significa que, de aquí en adelante, nosotros entendamos que no es que hubo **un velasquismo**, que tomó en diversas coyunturas **una presencia** en la escena política, sino que ...cada apareamiento “del velasquismo” tendrá que ser estudiado en su verdadero contexto histórico, recurriendo justamente a un análisis de las fuerzas políticas presentes, a un análisis de la economía del país, a una análisis de los cambios que se han dado en el Estado, e indispensablemente —como lo han dicho algunos sociólogos, en la medida en que “el velasquismo” era un fenómeno que se expresaba electoralmente—, **indispensablemente** tendrá que recurrirse a los datos electorales para examinar **la base social cambiante** que tiene “el velasquismo”. ¿Hacer esto, es eso un “empirismo”? No. Es investigación empírica indispensable”.

“Yo rescato la necesidad de algunas cosas (para el desarrollo de las ciencias). En primer lugar, rescato para las ciencias sociales de nuestro país el desarrollo de la crítica, y, no el desarrollo de los argumentos de autoridad. La nuestra es una ciencia social que no se ha desarrollado suficientemente porque nosotros no tenemos una vocación crítica y autocrítica. Porque nosotros no podemos, recurrir al criterio “de la autoridad” para la constatación de los planteamientos generados. Y aquí, en este debate, se ha reclamado, por parte de Agustín Cueva, que se respeten los “grandes esquemas de interpretación de nuestro país”. Yo digo NO! No hay que respetar los “grandes esquemas” si estos esquemas están equivocados! Esos esquemas tienen que ser sometidos a la crítica de la investigación empírica, a la crítica del **desarrollo de una conceptualización propia de nuestro país** que se alimenta de la ciencia universal que es el marxismo. Pero no podemos nosotros, en términos generales, levantar aquella tesis de que “se respeten” los “grandes esquemas interpretativos” de nuestro país cuando la investigación tiene que ir disolviendo (lo equivocado) y elevándose, en una especie dialéctica, a nuevas interpretaciones de nuestra reali-

dad...Y esto en el terreno del marxismo no se puede hacer sin el elemento crítico”.

“Jamás la teoría marxista podrá desarrollarse si nosotros no tenemos una vocación crítica que, creo, en nuestras ciencias sociales es todavía muy limitada. Y, naturalmente, esto dice relación también a la necesidad de la autocrítica. El marxismo, en nuestro país, no creo que sea un movimiento desarrollado. No creo que sea un movimiento maduro. Nosotros no tenemos en la izquierda ecuatoriana una comprensión cabal de la realidad presente. Necesitamos dotarnos de esa comprensión de nuestra realidad presente. ¿Y cómo lograr esto? Pues, justamente, haciendo la investigación empírica sobre la realidad presente, alimentados y guiados por una interpretación teórica marxista”.

Por otra parte, es necesario situar el problema histórico correctamente. La historia, Marx jamás la reclamó como una disciplina autónoma; ni él jamás se consideró un historiador. La historia tiene que ser estudiada, el pasado tiene que ser estudiado para las determinaciones políticas del presente. Nosotros no podemos recurrir a los hechos pasados con el afán de simplemente conocer “más” o “menos” cosas, “más” o “menos” novedades acerca de ese pasado. Son las determinaciones políticas del presente las que deben llevarnos al estudio del pasado, y era indispensable, en la izquierda ecuatoriana, tener una cabal comprensión sobre este fenómeno con el cual la izquierda ecuatoriana, en los años cuarenta, cometió, a mi entender, una obnubilación política, frente al fenómeno “del velasquismo”. Porque existe en la conciencia, inclusive de la izquierda ecuatoriana, todavía elementos distorsionantes que obedecen justamente, y que son alimentados por aquello que mi libro critica, que es el subjetivismo y el empirismo en torno al fenómeno “del velasquismo”.

“Por ejemplo, se dice también, en los textos de todos mis colegas sociólogos que han estudiado anteriormente “el velasquismo”, que en el año 1940¹²¹ se le hizo fraude “al velasquismo”; que Andrés F. Córdova cometió un fraude en contra de Velasco Ibarra. Pero, no se investiga jamás el problema de esas elecciones para conocer si hubo o no

¹²¹ Me refiero a las elecciones del 2 y 3 de enero de 1940 en las cuales, por primera vez en una década, el Partido Liberal Radical fue unido a una contienda electoral, y, el Partido Conservador se fraccionó en dos candidaturas: la oficial, que tuvo como su candidato al Director Supremo de dicho partido, el Sr. Jacinto Jijón y Caamaño, y la candidatura de Velasco Ibarra, apoyada por un sector del mismo partido. (Nota de RQ)

fraude, o si Velasco Ibarra perdió esas elecciones. Se debió entonces investigar ese problema.... Agustín Cueva también plantea que Andrés F. Córdova hizo fraude en contra de Velasco Ibarra, cuando la realidad es otra. Velasco perdió porque el Partido Conservador se dividió en dos fracciones en 1940. Se dividió en dos por una razón eminentemente ideológica: que la Iglesia católica no aceptó que, en 1939, el Dr. Velasco Ibarra haya “contraído” un nuevo matrimonio, o más bien, haya comenzado a convivir con Corina Parral. Es esta la razón que la Iglesia Católica esgrime en toda la prensa nacional para negar el apoyo del Partido Conservador a Velasco Ibarra. Y Velasco Ibarra se ve imposibilitado de aglutinar las fuerzas conservadoras, y por ello, hay dos candidatos del Partido Conservador escindido. Y esto no es una anécdota. Es una razón ideológica, que el Partido Conservador Ecuatoriano utilizó para negar, en esta ocasión su apoyo **oficial** a Velasco. Y no hubo ningún fraude electoral contra Velasco”.¹²²

“Sin embargo, la sociología subjetiva, cuando pasa muy ligeramente por este fenómeno, ¿qué plantea? Plantea la tesis del Dr. Velasco Ibarra (que le hicieron “fraude”); porque lo lamentable, es que justamente, los estudiosos “del velasquismo” antes, le entregaban los datos “del velasquismo” al propio Velasco Ibarra! Como Velasco se levantó en enero,¹²³ diciendo que había habido “fraude”, todo el mundo empieza a repetir que había habido “¡fraude!”, “¡fraude!”, y también los sociólogos subjetivos habían repetido esta tesis”.

“Entonces, el problema histórico..tiene que estudiarse en la perspectiva del presente.....Era indispensable que al romper con una problemática se reclame el establecimiento de una nueva problemática investigativa que se derive del análisis del movimiento histórico real **en cada momento**, del análisis de la lucha de clases, de las fracciones de la burguesía en el desarrollo específico que adopta nuestro capitalismo en el país. Por lo tanto que se considere que “el velasquismo” **no es uno solo**, sino que cada coyuntura tendrá que ser analizada con su propia legalidad, y que **cada velasquismo** tendrá que ser analizado con su propia legalidad. Y, esa es la nueva problemática que nosotros planteamos.

¹²² Por “el apoyo oficial del Partido Conservador” entiendo aquel que tenía la venia de la jerarquía eclesiástica de entonces.(Nota de RQ)

¹²³ El mismo primer día de las elecciones (que duraban dos) Velasco “denunció” que le habían hecho “fraude” y quiso propiciar un levantamiento militar en Guayaquil.(Nota de RQ)

Estamos disolviendo una vieja problemática, que consideramos una problemática equivocada. He planteado que aquella categoría —traída justamente de la sociología latinoamericana para explicar **también el primer velasquismo**—, tiene que ser disuelta, y, por ello hablo del mito del populismo”.

“No quiero ni siquiera comentar aquella otra afirmación de que con criterio publicitario se ha puesto el nombre a este libro. Este comentario (de Cueva) no amerita una respuesta porque no dice nada sobre el libro, sino solamente sobre la carátula”.

Agustín Cueva:

“Yo creo que esta penumbra física de alguna manera es el reflejo de cierta penumbra teórica; incluso yo creo que las intervenciones mías tanto del día martes como de hoy le voy a poner el título que me acaba de sugerir la intervención de mi colega Rafael Quintero, se va a llamar “De la nariz de Cleopatra a las faldas de doña Corina” y con interrogación, “Una Nueva Historia Ecuatoriana?”, porque por favor, por favor, no se hable de una historia subjetiva para decir que el año 40 no hemos defendido las historias que hubo en torno a doña Corina y que explican todo el problema de esta parte de la historia ecuatoriana. Yo creo que hay que trabajar un poco más seriamente las cosas. Pero vamos a lo de fondo. Yo no he dicho en ningún momento que hay que respetar los grandes esquemas de interpretación; yo dije que hay que tener uno, un esquema de investigación y que ese esquema, bueno hay que crearlo. Yo no estoy diciendo que se respete el de nadie. Si el colega Rafael Quintero trae otro esquema de interpretación sólido y coherente, ¡qué bueno! y lo vamos a aprovechar todos. Pero el asunto es que de la intervención de él a mi no me queda claro cuáles son las grandes líneas de interpretación de la historia ecuatoriana, realmente, yo no veo porque la única tesis que tiene aquí y a la cual de alguna manera me referí en la reunión pasada, es la tesis de que el Estado ecuatoriano se ha desarrollado con una vía junker. Pero yo diría en este caso, yo no sé realmente lo que está diciendo Rafael con eso porque estoy bien seguro de que sí está al tanto de que esta tesis no es precisamente lanzada por él, es decir la tesis del desarrollo en América Latina, un desarrollo parecido al junker con todas sus modificaciones, supongo que Rafael Quintero sabrá donde se desarrolló eso y cómo se desarrolló a partir de textos que son ampliamente conocidos, que él mismo

los conoce. Entonces me parece un poco raro que se tome esa tesis más o menos para discutir conmigo cuando es una tesis que en “El desarrollo del capitalismo en América Latina” del año 1967 está ampliamente desarrollada, para no hablar de otros textos que uno puede suponer menos conocidos, entonces si se supone esto empobreciendo en el sentido de quitarles todo el esquema de interpretación de América Latina y del Ecuador que está concentrado, sería que a partir de ese descubrimiento como se elaboran las nuevas tesis a mí por lo menos me parece un poco extraño, además estoy de acuerdo efectivamente con el desarrollo de tipo junker puesto que la tesis la he propuesto personalmente”.

“Una segunda cuestión, todo esto del populismo, creo que también aquí hay, yo no sé si un no conocimiento de cierta atribución o bien el deseo de no sacarle a la luz porque la cuestión de populismo en el sentido de que yo entienda que el velasquismo ecuatoriano por allá en el año 74 y apareció en el libro *Clases Sociales y Crisis Política en América Latina*, en donde yo deslindaba claramente la aplicación del término populismo para el caso ecuatoriano de toda las tesis hechas para el peronismo, para el varguismo, etc., digamos fue una aclaración que no ofreció mayor discusión porque simplemente es una aclaración que hoy día no es utilizado en el mismo sentido sino que está utilizado en un sentido despectivo y a las razones de porqué se utilizaba así, están dadas así, no las voy a repetir aquí porque es un texto de facil acceso. Ahora, ¿cómo se planteaba la cuestión del populismo en el caso ecuatoriano?”

“Bueno aquí hay una cuestión central y no es un problema de ir a tal o cual fuente sino yo creo que es innegable que el velasquismo (no)¹²⁴ era idéntico al partido conservador porque velasquismo implicaba un fenómeno de masas. Y ahora bien, lo que yo creo importante, perdónenme que recalque este asunto, porque Rafael no lo pudo oír digo, lo que me parece importante en el caso este de que el caudillismo no es una cuestión de que se le esté engrandeciendo al Dr. Velasco, se está partiendo de los genios, se está partiendo de cualquier cosa, no es eso, sino que dentro de mi tesis que puede ser errada o puede ser discutida como tesis global no de agarrar y decir pasó esto en tal parro-

¹²⁴ He añadido, este “no” entre paréntesis, porque a pesar de no constar en el texto de la transcripción, se le corresponde con las afirmaciones de Cueva.(Nota de RQ)

quia, repito es un problema de tesis global que si es errada hay que aclararla, pero por la base, o sea mi tesis es que dada cierta vía al desarrollo del capitalismo dada toda la historia de la vía junker, dada la historia de la articulación de varios modos de producción, dependencia en determinados bloques de clases que conforman el estado oligárquico y dado todo eso, eso produce un efecto específico que abre un espacio para la presencia del caudillismo, regionalismo, etc. Ahora bien, yo creo que es importante entender, lo decía la vez pasada, más allá incluso del propio Velasco simplemente porque el Ecuador sigue sufriendo de esto de la cuestión sobre el estado y movimientos populares, los campesinos ahora, la gente más joven ha venido a replantear este problema, diciendo que ha existido gamonalismo en la sierra, ha existido caudillismo en la costa, son datos muy interesantes que han traído y no están aquí los campesinos que plantearon este problema, pero ellos trajeron ahora, gente muy joven pues porque eso no sale de mi cabeza ni de nadie que se imaginó o sea es un fenómeno real del Ecuador y que alguien venga a decir que eso no existe porque yo vi los registros electorales y votaron los de la sierra, los de la costa, los del agro y los de la ciudad por Velasco, eso no dice absolutamente nada, y eso es lo que yo llamo empirismo porque el empirismo es justamente los árboles que impiden ver el bosque, ese bosque que todos ustedes como ecuatorianos lo saben que existe, o es que no existe caudillismo, o es que no existe problema de caciquismo, o es que no existe problema de inorganicidad de las clases en sus expresiones políticas”.

“Pero eso está claro como el agua y digo no es una historia del año 33 sino que está todavía vigente porque aún en este momento no debía y este fenómeno no se da y no debía decirse, claro que el cefepismo lo está manejando, está tratando de manejar la burguesía, sí ya lo sé, este fenómeno existe, y además no es un fenómeno solamente ecuatoriano, sino hay iguales condiciones estructurales e históricas de desarrollo y obviamente, hay un espacio para ello. Entonces se trataba de entender cómo dentro de un espacio repito estructural ¿no es cierto?, agravado además por una crisis como la del 29 y una serie de elementos de recomposición de la sociedad ecuatoriana que no los voy a enumerar, como se abre un espacio para que salga este caudillismo. Ahora bien, mis tesis sobre el primer velasquismo en el que además yo no puse mucho énfasis y no puse mucho énfasis porque mi punto de

partida metodológico, que esto quede claro, es exactamente el inverso de Rafael Quintero y yo no quise ver desde el pasado sino desde el presente, es al revés. Existe la famosa frase de Marx que es la anatomía del hombre la que explica la del mono, entonces era una anatomía del velasquismo en los años sesenta la que echaba luz, también esta frase es de Marx, echaba luz para una nueva coloración a los hechos del 33 que a la luz de un empirismo un poco grueso, claro no se podía ver, porque lo que trataba de captar no era el hecho de que los conservadores dijeron vote por Velasco, no era el hecho de que voten también los rurales por él, ya lo sé y en mi texto está dicho, lo leí la otra vez, contó con el apoyo masivo de la población ecuatoriana, pero pero quién no sabía eso y triunfó con el apoyo de los partidos conservadores y los políticos compactados, eso se lo sabía y se lo puede seguir comprobando en infinito. Lo que se captaba, porque esto es lo que interesaba era captar lo nuevo, de captar la perspectiva y de captar un fenómeno cualitativo, entonces mucha de esa gente efervescente, de esa gente que iba a las barras, de esa gente que estaba en los mercados y es eso lo que se trató de rastrear desde los años 30 en donde obviamente era incipiente, pero si el volumen global de la votación era incipiente, como no iba a ser incipiente el voto. Pero esta semilla que estaba reflejando una nueva tendencia que es lo que metodológicamente se veía a partir de un futuro obviamente. Porque es así como se entiende la historia, la historia no es eso de examinar un poco como alguna vez Kafka decía refiriéndose a la novelística de Power más o menos como cuando se va en el cajón de una camioneta y se ve el paisaje venir desde atrás que puede ser una buena técnica novelística, excelente en el caso de Power, pero que en el método histórico simplemente no dice nada y de allí que mi crítica a Quintero, no es que le estoy diciendo que un investigador tiene que abarcar hasta el año 60 porque sino estaría mal, sería un loco si estuviera diciendo eso; si alguien quiere investigar 1895-1934 es estupendo, nadie le puede forzar a que vaya hasta el ochenta, lo que yo digo es que aquí, dejando de lado otras cuestiones hay un problema metodológico, o sea a partir de ciertos métodos si se puede digamos, hay que empezar por el principio, claro como el 33 está antes que el 70, uno alaliza el 33 y lanza las tesis sobre el populismo; solo que metodológicamente me parece absurdo porque por ese camino no se capta lo nuevo, y no se capta no solo diría lo que va a desarrollarse por un largo período sino que ni siquiera se capta el momento actual; es un he-

cho muy sintomático lo del 29, que es un hecho mundial y si se acude al libro de Quintero, está al final, cuando comentándole del original le digo te has olvidado de la crisis del 29; pues olvidarse de la crisis del 29 es un hecho grave y por supuesto se olvida de todas las crisis de hegemonía y cómo se va a hablar de un robustecimiento de las estructuras orgánico-políticas de las clases dominantes en el Ecuador; pero ¿a partir de qué se va a hablar de esto?. Pero la década de los 30, nos dice Rafael, tiene 17 gobiernos, una guerra civil, ensayos militaristas, bandazos a la derecha, a la izquierda, pero es que se había olvidado que estaban dando los golpes de Estado, pero ¡por favor! cuando hay 17 cambios y todos los acontecimientos, es decir se estaba deduciendo, deduciendo ¿qué? que el Ecuador atravezaba una de las peores crisis de su historia, quizás comparable a la de los 60, pero claro con todas las diferencias que hay que salvar, entonces hay que ver, hay un concepto de crisis de hegemonía innegable y una vez más, que por favor no se me venga a preguntar hegemonía en tal o cual sentido. Lo utilizo en el sentido que precisé la otra vez, o sea que la clase dominante ecuatoriana abigarrada, fraccionada, dividida es incapaz de organizar de manera coherente y estable su Estado y es en este contexto, de una crisis profunda dentro de una estructura especial donde va a surgir este fenómeno caudillista incipiente en los años 30 apoyado por los conservadores ciertamente, como después estaría apoyado por ellos y por otros, más allá de las historias de doña Corina y además donde la propia fórmula velasquista va a ser una forma precaria ¿cuando dura Velasco?, hasta que Velasco se precipite en las bayonetas, creo que dura 10 meses. Si me equivoco, bueno hay que corregir, eso no importa, el hecho cualitativo es que tampoco dura. Entonces de qué se está hablando?, cuál es el robustecimiento orgánico?, cómo que no hay crisis? y cómo que no hay un movimiento caudillista en este momento? Si lo hay, y quien niegue eso es que no entiende la historia ni pasada ni actual del Ecuador y eso a mí sí me parece grave y creo que se deriva simplemente del empirismo al que estoy refiriendo, porque el empirismo es eso: que los árboles no dejen ver el bosque”.

“No está mal, insisto -porque esto cada vez se machaca y se vuelve a lo mismo- yo no estoy diciendo que no haya que hacer análisis de los resultados electorales. Lo que yo digo es que si se quiere eso hay que ponerlo en un marco más amplio que ni siquiera sugeriría que sea marxista; si a alguien no le parece, bueno utilice otro método. Pero no

puede olvidarse que hay una crisis profunda de la sociedad ecuatoriana en los años 30 y decirse “bueno, es un dato secundario”, y claro, “lo que sucede en el 25 vendrá después de lo del 24, por lo tanto yo estoy en el 24”. No, porque la historia es un fenómeno global en donde las tendencias se entienden a partir de una visión en que se permite comprender el movimiento. Y esto diría es en cualquier historia, porque si ustedes quieren comprender incluso un cuadro, diría yo la historia de la cultura, para mí que tienen algún conocimiento más amplio, porque eso se desarrolla dentro de un movimiento bastante general. No se diga para una historia como ésta”.

“Yo no sé, habrían muchas cosas que si...¹²⁵ pero yo insistiría que si ustedes estudian los años 30 yo creo que tienen desde un problema de crisis económica hasta un problema de crisis política y de crisis cultural. Porque ¿cuando es que se da el florecimiento de toda esta ala entre jacobina y socialista de la intelectualidad ecuatoriana?, ¿cuando surge la generación del 30? ¿cuando empieza la izquierda a tratar de organizarse muy dificultosamente? (a la vez que dificultosamente con un amplio espacio, de los espacios más grandes que hay en América Latina). Bueno: en los años 30”.

“Precisamente porque hay crisis de hegemonía y más aún, la crisis de la dominación burguesa en el Ecuador es tan grande que ni siquiera ha logrado consolidar una verdadera hegemonía ideológica, hasta este momento, sobre la propia historia del Ecuador, sobre el propio menaje de los símbolos, etc., uno ve que eso está incipiente, y es tan incipiente como algo que me llamó mucho la atención, me parece que fue la primera exposición, ojalá no me vaya a...crear allá un problema no planteado...pero se discutía, por ejemplo el significado de 1830, ¿no es cierto?, no se está discutiendo eso un poco aquí?, el alcance de 1830 que es la fundación de la República. Donde hubiera una burguesía largamente consolidada, quién discute el significado de la fundación de la República, bueno, primero creo que no lo discutiría, y segundo que me lo fusilen, me lo fusilan, simplemente! El hecho de que se esté discutiendo... ahora, que no me parece legítima la discusión y los puntos de vista que he oído yo los comparto, los que he oído aquí. Pero digo: el hecho de dar un espacio, aún hoy para discutir eso, bueno, significa que todavía, pese a todo lo que ha pasado desde el 23 para

¹²⁵ Así aparece, inacabada esta frase en la transcripción (Nota de RQ).

acá, sin embargo, la debilidad ideológica de la burguesía es un punto muy grave”.

Si ustedes revisan la historia de la literatura, la historia de la cultura, etc., verán como finalmente no es la burguesía la que ha logrado consolidar eso. O sea, débilmente, un poco ya crepuscularmente, claro, se ve todo el apoyo logístico que esta burguesía recogió de los restos clericales, etc., -dentro de una mezcla junker muy complicada- y por otro lado está todo el espacio que han ido ocupando todos los sectores radicalizados de las capas medias, etc., y es el espacio que ahora se quiere cerrar justamente, que se quiere cerrar porque la burguesía - a partir de cierto robustecimiento económico- dice: “ahora si vamos a ocupar ese espacio”. Y dentro de eso, digamos, trata de organizar a los intelectuales como intelectuales orgánicos, porque hasta antes no lo eran dentro del desarrollo del Ecuador, o lo eran solo parcialmente, solo débilmente, dentro de un clima de permanente inestabilidad.

“De esto podríamos hablar mucho, pero claro que el tema, la discusión de hoy, no es sobre esto que sería apasionante, sino sobre una cuestión muy distinta. Pero yo he señalado esto para explicar como simplemente nos movemos en ámbitos y en dimensiones tan distintas que prácticamente hay un diálogo de sordos. Porque yo planteo el problema en cierto nivel y claro, no hay homogeneidad teórica en la discusión porque estamos hablando de otra cosa.

Yo estoy hablando de tendencias, estoy hablando de movimientos, de bases estructurales y aquí se me sale: si, bueno... si, y que es bueno atenderlo. Pero no hay homogeneidad teórica en la discusión”.

Rafael Quintero:

“Pienso que la intervención segunda de Agustín no responde a algunos de los problemas que planteo. Todavía no se reconoce un problema que es central en el análisis de los sociólogos, que habiendo investigado “el velasquismo”, habían reafirmado, con esa perspectiva de que ellos estaban “viendo el conjunto del fenómeno velasquista”. No puedo darme por satisfecho con la afirmación de que Velasco haya ganado elecciones, y que “la mayoría del pueblo haya votado por Velasco”, o que “el 80% haya votado por Velasco”, o “que el Partido Conservador haya apoyado a Velasco”, porque justamente en **esa** interpretación lo que faltaba era la determinación de **la base social específica que apoyaba a Velasco Ibarra**. Y esa circunstancia específica de la realidad

justamente era desconocida. Se suponía como una base subproletaria para el “conjunto del fenómeno velasquista”.

“Aquí se escamotea el problema, cuando no se trata este planteamiento que había hecho, y que por primera vez se hace en *El Mito del Populismo en el Ecuador*, criticando aquel esquema interpretativo general que no cotejaba las ideizaciones con la realidad, porque los sociólogos subjetivos —extrapolando del modelo populista de la Argentina a nuestro país—, simplemente suponían, que “el velasquismo” había tenido una base subproletaria, y, lo que yo demuestro es que esa problemática es falsa. Es falsa para el primer velasquismo. Entonces, no basta Agustín con decir que la “mayor parte del pueblo haya votado por velasco”, porque eso lo conocían todos, incluyendo la prensa del día siguiente de las elecciones! De lo que se trataba era de la determinación de cual era la base social, para justamente empatar esa base social concreta del “velasquismo” que era —tal como se demuestra por primera vez en este libro— absolutamente distinta de la que ustedes han manifestado durante una década, a partir de la influencia de aquel primer texto “Interpretación sociológica del velasquismo”.

“Y es ésta una de las problemáticas con las cuales me opongo. Entonces, Agustín no responde a ese problema y éste es un cuestionamiento que hago en el libro con relación a una de las tesis más esgrimidas en el estudio del “velasquismo”. No podemos nosotros valernos por un “esquema teórico general” alimentado por Gino germani, alimentado por Torcuato di Tella, alimentado por esa sociología que habló sobre el populismo en América Latina, extrapolando atemporalmente, ahistóricamente a nuestra realidad, sin haber estudiado la realidad concreta, la realidad específica de nuestra propia historia. Y eso es subjetivismo. A este planteamiento no se da respuesta”.

“Entonces, ¿en qué quedamos? Yo estoy planteando que se rompa con la problemática... y que esto tiene que ver con el robustecimiento de la clase terrateniente. Porque aquí se está distorsionando mis planteamientos en torno a la crisis de hegemonía de la clase dominante. En ningún lugar he dicho, ni hoy, ni menos aún en el libro, donde afirmo reiteradas veces la existencia de una contradicción en el Estado ecuatoriano en la medida en que aquellos que tenían el control de los aparatos de dominación no eran los mismos que iban ganando el control en las instituciones hegemónicas del Estado. Es decir, la gurguesía comercial-bancaria había ido ganando el control sobre los aparatos de

dominación política del Estado ecuatoriano, mientras la clase terrateniente venía dotándose de una capacidad estatal para controlar las instituciones hegemónicas del Estado. Y esto lo planteo como una contradicción que no se supera hasta el momento”.

“Y hablo justamente de una perspectiva de entender el presente porque constato que hay una contradicción en el mismo Estado, porque en realidad, mientras la burguesía contralaba el ejército, los aparatos de dominación, era la clase terrateniente la que venía ganando control de las instituciones hegemónicas del Estado...Por eso, plantear la crisis de hegemonía, así en términos generales, no resuelve ningún problema. De lo que se trata es de ir por lo tanto a la constatación de **los niveles de contradicción que se derivan de esa crisis de hegemonía**. Mi libro revela la existencia de una tesis obnubilante que anuló, en la Sociología ecuatoriana, el estudio científico del “velasquismo”, en la medida en que levantó un modelo falso de interpretación y negó la posibilidad de un estudio de los distintos momentos de ese “velasquismo”, y obnubiló también la realidad de esa crisis, una crisis de hegemonía que está planteada”.

“Por otra parte, en ningún momento se había hecho algo que era indispensable, inclusive desde el punto de vista de la corroboración del propio modelo populista propuesto, porque naturalmente un estudio serio, no empirista como el que los sociólogos subjetivos hicieron, puesto que se debían haber referido al estudio de la base social del movimiento, a los límites del sistema de representación que se desconocía, que se suponía mayoritariamente provenían de la ciudad...porque se suponía...una base social subproletaria. Los textos son absolutamente claros...y reiteradas veces afirman esa tesis. Entonces, había que...criticarla para entonces sí entender que es lo que significaba aquello “de que la mayoría del pueblo votara por Velasco”.

“¿Pero **cuál** era el pueblo que votaba por Velasco? Por primera vez mi libro constata esto de que “el pueblo” estaba inserto en las superestructuras políticas del precapitalismo, estaba inserto en las superestructuras políticas de la Iglesia Católica, estaba inserto en las superestructuras políticas de las comunidades indígenas, y por lo tanto se rompe con una problemática propuesta por Agustín desde que él vuelve al problema de que sí sabíamos eso. Eso no sabíamos. En ningún momento se conocía, porque decir que “el pueblo votó por Velasco” no resuelve el problema, pues “el pueblo” no es una entidad uniforme en

todos los países, y al pueblo hay que conocer en términos de aquellos que están insertos en la **escena política nacional**, con una participación electoral en este caso, y habría que constatar que significaba. Mi libro constata esa realidad para elevar, a un nivel más racional, el estudio de aquello que estaba siendo ganado por la clase terrateniente, que era **la instancia del sistema de representación política**, para ganarse no solamente la votación de las mujeres cuya influencia — a través de esta institución importante que en la sociedad civil es la familia—, incluso ideológicamente, va a asimilar esa fuerza electoral. Además se hace un estudio sobre la naturaleza de las restricciones que delimitan la escena política”.

“Entonces no es el “mismo pueblo”. Evidentemente que no podemos estar hablando de las mismas cosas, porque mientras nosotros hemos investigado, lo que planteo es que los **sociólogos subjetivos** se dedicaron a ideizaciones subjetivas sobre la realidad y no la investigaron. Y **ese** (el “velasquismo”) es un fenómeno sobre el cual hablaron sin investigación. Y aquí no podemos reclamar autoridad intelectual con giros felices de frases, porque el giro feliz de la frase tal vez nosotros no lo tangamos desarrollado como lo puede tener Agustín, pero no se trata de un giro feliz de la frase, sino de la constatación científica de los fenómenos, del real descubrimiento del núcleo de causas fundamentales que son las que determinan el fenómeno que estamos estudiando, porque incluso, desde el punto de vista ético profesional yo no puedo hacer una recurrencia a ese tipo de frases. Entonces, este es un fenómeno que no se quiere discutir, que no se discute. Y no se acepta la crítica que es lo más lamentable. No se acepta que mi libro rompe con una problemática plantada por él, que se deriva justamente de eso, por una parte”.

“Por otra parte, lo de la vía junker. Aquí se ha hecho también otra de esas “felices frases” para restar importancia a este planteamiento mío. ¿Qué significa esto? Nosotros sabemos, y justamente así lo examino en *El Mito del Populismo en el Ecuador*, dando autoridad **a aquellos que formularon esa problemática**, y en nuestro país quién por primera vez planteó el desarrollo junker para el capitalismo en el agro fue Andrés Guerrero, quién por primera vez lo planteó para el estudio de los problemas agrarios. Pero nosotros no planteamos la tesis general del desarrollo junker del capitalismo. Lo que hago, justamente a partir de Lukács que mencionamos en el libro, es constatar y plantear que tam-

bién se debe comprender el desarrollo junker de la sociedad ecuatoriana, no solamente referido al problema del agro, —y eso es planteado por primera vez en este libro— sino también el problema del Estado, porque interpreto a Lenin en ese sentido; en el sentido de que la vía junker atañe no solamente al desarrollo agrario, sino también al desarrollo del Estado. Y si yo no he querido repetir mi tesis es porque insisto, como decía hace un momento, no se tratade que yo pueda hacer una síntesis de tres horas sobre las temáticas tratadas. Pero no se tome este elemento para tergiversar los planteamientos porque creo que no puede sino obedecer a una situación de ganar una simpatía y a mí no me interesa sino la discusión seria sobre estos problemas”.

“Esto está relacionado a otro problema que se menciona y Agustín sí ha leído mi libro atentamente y sabe que en ningún momento yo he vedado el problema ni del **caudillismo**, ni del **gamonalismo**, ni del **caciquismo**. Al contrario, el segundo capítulo de *El Mito del Populismo en el Ecuador* habla sobre el peso de la dominación precapitalista. Se critica sí las concepciones weberianas y subjetivas en torno al caudillismo, pero replanteo el fenómeno justamente a partir de Mariátegui sobre el problema del gamonalismo, del caciquismo que es lo que justamente va a alimentar el resto de la obra en la medida en que se va constatando la articulación entre formas modernas de dominación política de la clase terrateniente. Se nota asimismo, con la articulación de estas formas precapitalistas de dominación política, la manera espícnica en que hay esa articulación con las formas modernas de dominación política que la clase terrateniente adopta para sí, en esta coyuntura, y las formas precapitalistas con las cuales se articulan las primeras. Entonces, este **es** un planteamiento que está constatado y discutido en esta obra, y justamente se plantea que hasta el presente podemos constatar la persistencia de estas formas agobiantemente atrasadas de dominación política”.

“Hasta ahora no se plantea cuál es el problema del “empirismo”, cual es la crítica metodológica que hay. Hasta ahora no hay una sola crítica concreta de carácter metodológico, sino generalizaciones que no responden a una crítica seria de aquello que subjetivamente y emotivamente se denomina “empirismo”. Porque justamente es lo otro, lo que podríamos constatar nosotros como subjetivismo: el hecho de que se levante una interpretación sin base, y una interpretación sacada de un modelo de una Sociología que no es marxista en América Latina y

con una falta de rigor absoluto, porque ni siquiera las categorías se utilizan con rigor...es una ambigüedad del discurso. Entonces, en este sentido, yo opino que la crítica metodológica recién comienza en este debate. Yo invitaría a Agustín a que escriba una crítica, porque el escribir una crítica supone un mayor rigor para comenzar este debate sobre todos los problemas tratados, y solo así se podrá abrir aquello que planteo es absolutamente débil entre nosotros: la producción crítica en nuestras ciencias sociales, y por eso el hecho de que justamente se haya tenido que esperar diez años para hacer una crítica a este modelo, es una manifestación clara, evidente del atraso crítico de nuestro pensamiento social; entonces, cuando nosotros decimos “¡Viva la crítica!” en este libro, no es que solamente estamos pensando en los círculos de la Academia, porque ese grito de “¡Viva la crítica!” tiene muchos ecos fuera de la Academia, y es eso lo que nos interesa, y en ese sentido creo que este debate es un comienzo de aquello que tanto se necesita en el pensamiento social de la historia”.

ANEXO 2

El Fantasma del populismo. Aproximaciones a un tema (siempre) actual, por Felipe Burbano de Lara (editor), Caracas, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales-ILDIS (Ecuador), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Flacso (Ecuador), Nueva Sociedad, 1998, 228 páginas.

El libro editado por Felipe Burbano de Lara es una importante compilación de escritos sobre política actual sudamericana. Contiene 3 artículos sobre Argentina, 2 sobre Perú, 1 sobre Bolivia y 2 sobre Ecuador. El lector encontrará análisis e información de gobiernos recientes en esos países, los problemas de representación política por los que han atravesado, una focalización del clientelismo ejercido en algunos de ellos, un tratamiento de los problemas de sus democracias liberales, enfoques sobre la vida cotidiana y la cultura política, un tratamiento de las ideologías en boga y de las reformas estatales y económicas experimentadas en los últimos años. Ésta ya es una buena razón para leer este libro.

Pero el libro no se organizó para dar cuenta general del devenir político en esos países sudamericanos. Su inspiración, en palabras de su editor, proviene de un “algo más” de la política en esos países que —se supone— aparece en la relación líderes/masas. Ese “algo más” es, para su editor, un todavía “intrigante fenómeno político”, sobre el cual el compilador, más allá de sus dudas, acoge bajo el término de “populismo”.

Pero, a este respecto el libro tiene un bifurcación teórica seria que si bien le resta unidad comparativa le hace ganar en interés polémico, pues mientras algunos de sus autores —Novaro, Nun, Auyero, Mayorga, y de la Torre acogen el término y lo aceptan como un concepto válido, otros — Sanchez Parga, Quijano y Vega-Centeno— lo rechazan

Ver mi artículo “O Debate atual sobre o populismo” en Marcello Baquero et.al. *A construção da democracia na América Latina. Estabilidade democrática, processos eleitorais, cidadania e cultura política*, Rio Grande do Sul, Editora da Universidade, 1998, págs. 50-70

y/o cuestionan seriamente como categoría organizadora de las realidades estudiadas.

He publicado ya un comentario crítico sobre el primer grupo de autores y no vale repetirse. Lo que me parece a mí, en síntesis, es que los esfuerzos investigativos que se esmeran en seguir usando la categoría de “populismo”, aunque solo sea como una categoría descriptiva, están destinados a tener solo un carácter muy auxiliar. Sin duda, la sociología política requiere de nociones descriptivas, si ellas son eficaces y permiten organizar, aun cuando ello solo se lo haga parcialmente, nuestra percepción de la realidad social. Pero lo que falta en los tratadistas que acogen el uso del término de populismo es indicar el terreno de significación relacional de esta noción descriptiva. En otras palabras, decirnos a que campo teórico se vincula, pues una colección heterogénea de conocimientos e información no se constituye como un objeto de la ciencia. Estos deben ser organizados en un cuerpo de proposiciones verificables, relacionados de tal forma, que el sistema sea consistente de por sí y compatible con la investigación empírica.

Y, a este respecto es ilustrativo el artículo de Quijano, pues es un excelente ejemplo no solo de como se puede interpretar el “fujimorismo” sin recurrir para nada al llamado “populismo”, sino que además es un serio cuestionamiento al empleo de un vocablo para interpretar las experiencias políticas de liderazgo en América Latina. “...el termino populismo —escribe Quijano— no puede ser otra cosa que una etiqueta, ciega a la discriminación, sin capacidad alguna de análisis ni de explicación, inepta para dar cuenta del carácter específico y del sentido histórico de las experiencias políticas” (p.172). “De hecho,— prosigue Quijano— “populismo” es un término que respecto de la experiencia política latinoamericana fue siempre pantanoso y no es seguro que alguna vez deje de serlo. Sería mejor abandonarlo” (ibid) pues, como el dice, se corre el riesgo de “traficar con un grueso contrabando intelectual” (p.185).

Las afirmaciones de Sanchez-Parga sobre el termino no son menos contundentes cuando lo considera un concepto en bancarrota. Este autor señala: “No es que el populismo y su debate teórico se hayan conceptualmente agotado, ya que siempre fue un concepto en bancarrota. Pero a pesar de su precariedad teórica, explicativa y de comprensión, el populismo se ha vuelto una idea barbitúrica, a la que muchos politólogos ecuatorianos se han hecho pertinazmente adictos. Y al con-

vertir al populismo en la clave interpretativa de casi toda la historia política nacional, tal monopolio ideológico ha dado lugar a que ésta además de poco conocida resulta muy malentendida” (p.150).

El artículo de Imelda Vega-Centeno, que analiza tres discursos de aprista Presidente Alan García del Perú, no usa el término de “populismo” para dar cuenta del estilo de gobierno agresivo, acompañado de acciones y gestos que querían ser simbólicos (p.225), por parte del nuevo dirigente del APRA, quien protagonizaba “todos los días un hecho deslumbrante, cada semana un anuncio revolucionario, cada día un hallazgo inigualable...(p.222) y para dar cuenta de esas prácticas de simulación de lo real que acompañó su quehacer político.

Sin entrar a escudriñar las explicaciones de esta antropóloga peruana sobre el aprismo, si cabe preguntarse porque el editor en su Introducción al libro no dice nada sobre este artículo. Así el lector no tienen ninguna pista sobre el por qué de su inclusión en el volumen, cuando la autora ni discute sobre el término, aunque se niega —en la práctica— a usarlo para etiquetar el fenómeno que ella estudia con otros esquemas teóricos.

Hay pues en el libro una bifurcación de posiciones teóricas y analíticas sobre “ese algo más” del editor que lo hace muy valioso para la lectura, que recomiendo vigorosamente. Sobre todo por las implicaciones que adopta la posición de editor en el debate. El editor de este libro plantea que al término “populismo le ocurre lo mismo que a todo concepto de la sociología política: la diversidad de contextos en los cuales entra y se mueve, termina disolviendo su unidad de significado” (p.9).

De ahí que él se proponga demostrar “como la relevancia del debate sobre el populismo depende del contexto en el que se inscriban las temáticas que abre a la discusión” (ibid).

Francamente, creo que esta gruesa afirmación no queda, ni mucho menos, demostrada en el corto capítulo introductorio escrito por el editor. Al libro le faltaría para, para discutirla con seriedad, un capítulo de conclusiones, en que se retome el problema haciendo algo más que un ensayo bibliográfico. Pero a este respecto valdría tener presente los siguientes aspectos para el debate.

1. Todo mundo tiene una visión del mundo como compañera inevitable de un esquema interpretativo, pero lo errado es usar la teo-

ría social para confirmar esa visión. Es decir subordinar la ciencia a sus propósitos. Algunas formas de usar las actuales nociones de “populismo” se me antojan como vocablos del discurso del poder, y de los poderosos.

En esos casos no es casual que los estudiosos de los gobiernos de Abdalá Bucaram Ortiz, de Carlos Menem, y Alberto Fujimori no sean adictos políticos de sus gobiernos, sino al contrario aservos críticos de esos personajes a quienes tratan como “lumpen políticos”. Para designar el mero “peligro” del advenimiento de sus gobiernos se usa el vocablo de “populismo” como una suerte de contraseña descalificadora por politólogos y profesionales de otros gremios con mucho poder en nuestra democracia mediática, que actúan como centinelas que parecen gritar “¡Ahí viene el enemigo!”. Lo que ven es un fantasma. El fantasma es el populismo. A esta devaluación se llega si el “populismo” es un término con el cual el antiguo régimen y sus intelectuales fantasearon ante el agotamiento y profunda crisis de su dominio y el apareamiento de otras elites con vínculos populares. Como lo dicen M. Sobrado Chavez y J. Vargas, “el poder es la ineludible sombra del quehacer en las ciencias sociales” (1990,2). Ante tales prácticas, se hace necesario un desarme ideológico del término populismo. En este mismo volumen Quijano y Sanchez Parga contribuyen a este desarme.

2. El peso semántico del término “populismo” no obliga a la construcción de ese término en categoría o concepto sociológico. El peso por sí solo no indica nada, es solo una marca de uso múltiple y frecuente que no confiere una legitimidad ni status científico a un término, ni puede ser el determinante de un problema.

Éstas y otras inquietudes surgen de una primera lectura de un libro tan interesante como contradictorio en su contenido teórico como el que acaba de publicarse bajo la serena edición de Felipe Burbano de Lara.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Tesis y Ensayos Inéditos

Auyero, Javier,

“Todo por Amor, o lo que quedó de la herejía. “Clientelismo populista” en la Argentina de los noventa”. Trabajo preparado para el Seminario Internacional: El Populismo en el Poder: La Experiencia Latinoamericana: FLACSO, Quito-Ecuador, 6 al 8 de Noviembre de 1996. 33 págs.

Basurto, Jorge,

1978 “El Populismo Tardío de Luis Echeverría”, Mimeo.

Connif, Michael L.,

1978 “Populism in Brazil: 1925-1945”, Mimeo.

Gomezjurado, Ivan E.,

1991 *Formas de Participación, Liderazgo Político y Gestión de Poder en Ecuador, 1960-1990: El caso del Populismo*, Quito, Tesis de Licenciatura, Escuela de Sociología y CC.PP., U.C.

Luna Acosta, Carlos,

1984 *Discurso Político y Proceso Político de José María Velasco Ibarra*, Quito, Tesis de Licenciatura, PUCE, Departamento de Filosofía, Facultad de Ciencias Humanas.

Mayorga, Fernando,

1996 “Compadres y Padrinos: El Rol del Neopopulismo en la Consolidación Democrática y la Reforma Estatal el Bolivia (1989-1996)” (Versión Preliminar, mimeo), Nov.

Quijano, Anibal,

1996 “Fujimorismo y ‘Populismo’ en el Perú” (mimeo) Versión no citable.

Quintero López, Rafael,

1978 *Los Partidos Políticos en el Ecuador y la Clase Terrateniente en las Transformaciones del Estado*, Universidad Carolina del Norte, Chapel Hill, Tesis de Ph.D.

Periódicos y Revistas

El Comercio

El Día

Historia y Sociedad
 Hora Universitaria
 El Mercurio
 Pucará
 Registro Oficial
 Revista Ciencias Sociales
 El Telégrafo
 El Universo

Fuentes Secundarias

- Arizaga Vega, Rafael,
 1985 *Velasco Ibarra: El Rostro del Caudillo* (Quito: Ediciones Culturales).
- Ayala Mora, Enrique, (Editor)
 1988-1996 *Nueva Historia del Ecuador* (Quito: Editorial Grijalbo- CEN) 15 volúmenes.
- Ayala Mora, Enrique,
 1994 *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana* (Quito. CEN).
- Ayala Mora, Enrique,
 1993 *Estudios sobre Historia Ecuatoriana* (Quito: Tehis/IADAP).
- Albornoz, Osvaldo,
 1989 *Ecuador: Luces y Sombras del Liberalismo* (Quito: Editorial El Duende).
- Bartra, Roger,
 1974 *Estructura agraria y clases sociales en México* (Quito: Ediciones Era).
- Bourdieu, Pierre, et. al.,
 1961 *El Oficio del Sociólogo* (México, Ed. Siglo XII, 1975).
- Bourdien, Chamboredon,
Le Metier du Sociologue, FLACSO.
- Burbano de Lara, Felipe y de la Torre Espinoza, Carlos,
 1989 *El Populismo en el Ecuador* (Quito: ILDIS).
- Cárdenas Reyes, María Cristina,
 1991 *Velasco Ibarra, Ideología, Poder y Democracia* (Quito: CEN).
- Carrasco, Alfonso,
 1977 "Estilo e Ideología en el Discurso Populista", *Pucará*, Cuenca, No. 3, págs. 105-172.
- Cerroni, Umberto,
 1972 *La Libertad de los Modernos* (Barcelona: Ed. Martínez Roca S.A.).
- Crawford de Roberts, Lois,
 1997 "Pedro Saad: Activista Social", capítulo VI de su *Los Libaneses en el Ecuador: Una Vida de Exitos* (Guayaquil: Fundación Nicasio Safadi), págs. 113-121.

- Cueva Agustín,
1969 "La Crisis Política de los Últimos Años", *Hora Universitaria*, No. 1, Nov-Dic.
- Cueva, Agustín,
1977 "El Ecuador en los años Treinta" en *América Latina en los Años Treinta* (México, UNAM).
- Cueva, Agustín,
1987. "Veinte años después" Introducción a la 5ta. edición de *Entre la ira y la esperanza*, en edición de Letra VIVA-Planeta, págs. 7-24.
- Cueva Agustín,
1970 "Interpretación Sociológica del Velasquismo", *Revista Mexicana de Sociología*. Vol.32, No.3 (Mayo-Junio).
- Cueva Agustín,
1976 "Notas sobre el Desarrollo de la Sociología Ecuatoriana", *Revista de Ciencias Sociales*, Escuela de Soc. y CC.PP., U.C., Quito, Editorial Soli-tierra, Vol. 1, No.1, págs. 21-32.
- Cueva Agustín,
1977 "Ecuador: 1925-1975", en *América Latina: Historia de Medio Siglo* (México: I.I.S., UNAM).
- Cueva D., Agustín,
1972 *El Proceso de dominación política en el Ecuador* (Quito: Ediciones "Crítica", febrero).
- Cueva, Agustín,
1988 *El Proceso de Dominación Política en el Ecuador*. Edición Corregida y Aumentada (Quito: Editorial Planeta Letraviva).
- Cuvi, Pablo,
1977 *Velasco Ibarra: el último caudillo de la oligarquía*, Ins. de Inv.Econ., U.C., Abril.
- De Ipola, Emilio,
1987 *Ideología y Discurso Populista* (México: Plaza y Janés,S.A.).
- De la Torre, Carlos,
1994 "Populismo" en ILDIS, *Léxico Político Ecuatoriano* (Quito: ILDIS).
- De la Torre, Carlos
1994 "Las imágenes contradictorias de Abdalá: Discursos y culturas políticas en las elecciones de 1992" en *Ecuador Debate*, Quito-CAAP, agosto de 1994, No 32, págs 54-64.
- De la Torre, Carlos,
1996 *Un solo toque: Populismo y Cultura Política en Ecuador* (Quito:CAAP).
- De la Torre Espinosa, Carlos,
1993 *La Seducción Velasquista* (Quito:Ediciones Libri Mundi).

- Del Campo, Esteban,
1977 "Crisis de la Hegemonía Oligarquica". Quito, Mimeo.
- Del Campo, Esteban,
1977 *El Populismo en el Ecuador*, FLACSO, Quito.
- Del Campo, Esteban,
1971 "Introducción al Velasquismo" (Tesis sociológica sobre un modelo populista *PROCONTRA*, No. 1, Abril, Quito.
- Di Tella, Torcuato,
1973 "Populismo y Reformismo" en Gino Germani, et.al., *Populismo y Contradicciones de Clase en A. L.* (México, ERA).
- Drake, Paul
1982 "Populism in South America", in *Latin American Research Review*, volume 17. Number 1, ps. 190-199.
- Drake, Paul W.,
1978 *Socialism and Populism in Chile, 1932-52* (Urbana: University of Illinois Press).
- Drenkonja, Gerhard,
1980 "How to handle the banana republic turned oil state", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 28 de Junio, 77-94.
- Drenkoja, Gerard,
1978 "Ecuador: Ensayo Bibliográfico" en *Ecuador hoy* (Bogotá: Siglo XXI) págs. 283-313.
- Engels, Federico,
1995 *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* (Guayaquil: Editorial Claridad).
- Espinoza, Leonardo,
1990 "Pedro Antonio Saad: Vigencia de Su Pensamiento y Acción Proletaria" en *Revista Ecuatoriana de Pensamiento Marxista*, No 15, Mayo, III Epoca, págs.15-26.
- Fernandez, Ivan y Gonzalo Ortiz,
1988 *¿La Agonía del Populismo?* (Quito: Editorial Plaza Grande).
- Germani, Gino,
1960 *Política e Massa*, Facultada de Direito, Universidade de Minas Gerais, Estudos Sociais e Políticos. Edicoes de Revista Brasileira de Estudos Políticos.
- Germani, Gino,
1982 *Política y sociedad en una Epoca de Transición* (Buenos Aires: Paidós).
- Gramsci, Antonio,
1971 "El Moderno Príncipe", en *Nota sul Machiavelli sulla politica e sulla politica e sullo Stato moderno* (Roma:Editori Riuniti).

- Gramsci, Antonio,
1975 "Introduzione allo studio della filosofia" *Q.C.*, Vol. II, Torino: Einaudi Editore).
- Gramsci, Antonio,
1975 "Charles Benoist nella prefazione alle Machiavellismo", in *Q.C.*, Vol. II, Torino:Einaudi Editore.
- Gramsci, Antonio,
1975 "Naturale, centro natura, artificiale, ecc", in *Q.C.*, Vol.III. (Torino: Einaudi Editore, 1).
- Gramsci, Antonio,
1975 "R. Michel, les Partis politiques et la contrainte sociale", in *Q.C.,T.I.* (Torino: Einaudi Editore).
- Gramsci, Antonio,
"La proposizione che la società non si pone problemi per la cui soluzione non esistano già le promise materiali", T.III, *Q.C.*, Pags. 1057-58.
- Gramsci, Antonio,
"Unità della teoria e della pratica" *Q.C.*, T. II, págs. 1041-42.
- Gramsci, Antonio,
1967 *La Formación de los Intelectuales* (México: Editorial Grijalbo, S.A).
- Hopper, Rex D.,
1945 "La Sociología en América Latina" en Boletín del Instituto de Sociología, No 5, 1947, págs. 139-151, originalmente aparecido en *Intelectual Trends in Latin America* (Austin: The University of Texas Press).
- Hurtado, Oswaldo,
1977 *El Poder Político en el Ecuador* (Quito: Ediciones de la Universidad Católica).
- Ianni, Octavio,
1975 *La Formación del Estado populista en América Latina* (México: Ediciones Era).
- Ionesco G., y Geller, E.,
1970 *Populismo, Sus Significados y Características* (Buenos Aires:Amorrortu).
- Jaramillo Palacio, José María,
1995 *Velasco Ibarra. Presidente Idealista* (Quito:Editorial Delta).
- Jijón y Caamaño, J.,
1930 "El Partido Conservador Ecuatoriano: Su doctrina, su obra en el pasado, su misión en el porvenir", de *El Telégrafo*, 14 de agosto.
- Jijón y Caamaño, J.,
1929-1934 *Política Conservadora* (Riobamba: Tip. y enc. " La Buena Prensa del Chimborazo).

- JUNAPLA,
1973 *El Estrato Popular Urbano, Informe de Investigación sobre Guayaquil* (Quito: JUNAPLA).
- JUNAPLA,
1957 *La Población del Ecuador* (Algunos apuntes de la población a base del Censo de 1950), (Quito: mayo).
- JUNAPLA,
1977 *El Estrato Popular Urbano, Machala, Pto. Bolívar* (Quito: JUNAPLA, 1976).
Kursánov, G, Veritas (Moscú: Editorial Progreso).
- Lacan, Jacques,
1994 *The Four Fundamental Concepts of Psycho-Analysis. With a new Introduction by David Macey* (London: Penguin Books).
- Laclau, E.,
1978 *Política e Ideología en la Teoría Marxista* (España: Siglo XXI).
- Laclau, E.,
1987 "Populismo y Transformación del Imaginario Político en América Latina" *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 42, Junio. págs. 25-38.
- Laurent, Eric,
1992 *Lacau y los Discursos* (Buenos Aires: Editorial Manantial).
- Lavau, George E.,
1953 *Partis Politiques et réalités sociales. Contribution a un étude realiste des partis politiques*, (Paris: Librairie Arman Coln).
- Leal, J. Felipe,
1977 "Notas sobre el Populismo", *Revista Mexicana de Sociología*, Abril-Junio.
- León, Jorge,
1997 "Action collective et Santion politique. L' Equateur du populisme, 1996-1997" en *Problèmes de l'Amérique Latine*, No. 2.
- Lenin, V.I.,
Elecciones a la Asamblea Constituyente y la Dictadura del Proletariado (Moscú: Ed. en lenguas extranjeras, s.f.)
- Lenin, V.I.,
El Desarrollo del Capitalismo en Rusia (B.A.: Ed. Cartago, Vol.2).
- Little, Walter,
1975 "Peronism: was it and is it Populist?", *I.L.A. S.*, Glasgow).
- Lukács, George,
1967 *El Asalto a la Razón* (Barcelona: Grijalbo).
- Maier, Georg,
"José María Velasco Ibarra: A case study of personalismo and the skillful management of Political Alienation in Ecuador", S.J.U.

- Maiguashca, Juan (Editor)
1994 *Historia y Región en el Ecuador 1830-1930* (Quito: CEN).
- Mariátegui, José Carlos,
1934 *7 Ensayos* (Lima: Editorial Librería Peruana).
- Martz, J.D.,
1972 *Ecuador: Conflicting Political Culture and the Quest for Progress* (Boston: Allyn and Bacon, Inc.).
- Marx, Carlos,
1974 *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Medellín: Edit, Oveja Negra).
- Marx, Carlos,
Crítica al Programa de Gotha (Moscú, Edit. Progreso).
- Marx, Carlos,
1968 *The Civil war in France* (Moscow, Progress Publishers).
- Marx, Carlos,
1977 *El Capital*, (México: Editorial Siglo XXI).
- Marx, Carlos,
La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850, (Moscú: Ed.Progreso).
- Marx, Carlos,
1958 *Sobre la Cuestión Judía*, (México: Ed. Grijalbo).
- Marx, Carlos,
1971 "Introducción general a la crítica de la Economía Política", en *Teoría Marxista del Método*, (Medellín: Ed. Tiempo Crítico).
- Marx, Carlos y Federico Engels,
1958 *La Sagrada Familia*, (México: Ed.Grijalbo).
- Marx, Carlos y Federico Engels,
1971 *La ideología Alemana*, (Montevideo: Ed.Pueblos Unidos).
- Marx Carlos y Hobsbawn Eric,
1972 *Formaciones Económicas Precapitalistas*, (Cuadernos P&P, No. 20).
- Mejía L., et.al.,
1975 *Ecuador: Pasado y Presente*, Instituto de Inv. Económicas, (Quito: Ed. Universitaria).
- Menendez-Carrión, Amparo
1986 *La Conquista del voto*, Quito, CEN.
- Merizalde y Santiesteban,
1957 *Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca*. Quito: Editorial, CCE.

- Míguez, Daniel P.,
1995 "Democracy, Political Machines and Participation in the Surroundings of Buenos Aires", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Número 58, Junio, págs. 91-106.
- Milbrath, Lester W.,
1969 *Political Participation*, (Rand McNally & Co., Chicago).
- Mill, John Stuart,
1956 *On Liberty* (New York : The Bobbs- Herril Company Inc).
- Mills, C. Wright,
La Imaginación Sociológica, (México: F.C.E, 1975, tercera reimpresión).
- Minello, Nelson,
1981 "El Populismo, Mito o explicación teórica?" en el Suplemento "Mundo Latinoamericano", del diario *El Universal*, México, 16 y 23 de agosto de 1981.
- Miño, Ernesto,
1935 *El Ecuador ante las revoluciones proletarias*, Ambato.
- Moncayo, Patricio,
1977 *Grietas en la Dominación*, (Quito:s/e).
- Morán Murillo, Eloy,
1966 "Estudio sociológico de Velasco Ibarra Revista *Economía*, Quito, I.I.E., U.C., No. 66 mayo.
- Moreno, Julio E.,
1928 *La Revolución del 9 de Julio y el Gobierno de la Dictadura* (Quito: Talleres Tipográficos Nacionales).
- Moore, Jr. Barrington,
1967 *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon Press, 556 págs.
- Muñoz Vicuña, Elías,
1978 El 15 de Noviembre de 1922 (Guayaquil).
- Murmis, Miguel,
1980 "El Agro Serrano y la vía Prusiana de Desarrollo Capitalista" en Osvaldo Barsky et. al., *Ecuador: Cambios en el Agro Serrano* (Quito: FLACSO-CE-PLAES) págs.7-50.
- Navas Buenaventura,
1920 *Evolución Social de Obrero de Guayaquil* (Guayaquil).
- Neira, Hugo,
1969 "Equateur", in Jean Pierre Bernard et.al., *Tableau des Partis Politiques en Amerique du Sud* (París: Armand Collin).
- Ojeda Segovia, Lautaro,
1971 *Mecanismos y Articulaciones del Caudillismo Velasquista*, (Quito: JUNA-PLA).

- Ortiz, Marcelo,
1977 *La Ideología Burguesa en el Ecuador* (Quito:s/e/).
- Paez, Alexei,
1986 *El Anarquismo en el Ecuador* (Quito: CEN-INFOC).
- Pareja Diezcanseco, Alfredo,
1986 *La Hoguera Barbara* (Quito: CCE) 3ra.ed.
- Pasukanis, Eugeny B.,
1976 *Teoria General del Derecho y del Marxismo* (Medellin: Editorial La Pulga).
- Paz y Miño, Luis Telmo,
1934 "La población de Quito en 1933", *Gaceta Municipal*, (Quito: Oct.-Dic).
- Peñaherrera, Blasco, et.al.,
1992 *Populismo* (Quito: ILDIS-El Duende-Abya-Yala).
- Peñaherrera de Costales, Piedad y Alfredo Costales Samaniego,
1964 *Historia Social del Ecuador, Concertaje de Indios y Manumisión de Esclavos*, Llacta No.17-18-19, Abril.
- Perez, Pimentel, Rodolfo,
1998-1996 *Diccionario Biográfico Ecuatoriano* (Guayaquil: Ed.Univ.de Guayaquil) 12 Vols.
- Perucci, Gamaliel y Sanderson, Steven E.,
1989 "Presidential Succession, Economic Crisis, and Populist Resurgence in Brazil" in *Studies in Comparative International Development*, Fall, volume 24, Number 3, ps.30-50.
- Peterson, William,
1975 *Population* (New York: McMillan Publishing Co., Inc).
- Pineo, Ronn,
1830-1930 "Guayaquil y su región en el primer boom cacaotero (1750-1820)" en Juan Maiguashca, editor., *Historia y Región en el Ecuador*, (Quito: Flacso-CEN, 1994), págs.251-294
- Poulantzas, Nicos,
1965 "Preliminares a l'etude de L' Hége monie dans l'éta", *Temps Modernes*, 21e Année, Décembre, No. 235.
- Popper, K.R.,
1966 *The Poverty of Historicism*, (London: Routledge & Kegan Paul).
- Popper, K.R.
1968 *The Logic of Scientific Discovery*, (London: Hutchinson on London).
- Quijano, Anibal,
1972 "Alternativas de las Ciencias Sociales en América Latina". Documentos. Quito: Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras, Agosto.

- Quijano, A., y Weffort, F.,
1973 *Populismo, Marginalidad y Dependencia* (Costa Rica).
- Quintero, Rafael,
1978 "El Carácter de la Estructura de Representación Política en el Estado ecuatoriano del Siglo XIX", en *Revista Ciencias Sociales* (Quito, U.C.E.) 7-8, págs. 69-109
- Quintero, Rafael,
1978 "Preliminares de una crítica sobre el llamado 'Velasquismo'", *Revista Cultura*, (Quito, BCE) 2, págs. 188-206
- Quintero, Rafael, (Editor)
1991 *La Cuestión Regional y el Poder* (Quito: CEN).
- Quintero, Rafael (Editor),
1988 *Angel Modesto Paredes. Pensamiento Sociológico* (Quito: BCE-CEN) Segunda Edición.
- Quintero, Rafael,
1979 "La Cultura Tradicional y la Iglesia en la Sociedad Ecuatoriana del siglo XIX" en *Revista Cultura*, (Quito, BCE,) Vol. II No. 4, págs. 115-150.
- Quintero, Rafael,
1983 "La Nación, las regiones y el Estado en el Ecuador: La crisis nacional en 1895", en Marco Palacios (Compilador) *La Unidad Nacional en América Latina* (México, El Colegio de México) págs 99-130.
- Quintero, Rafael,
1978 "Las Restricciones del Régimen Electoral en la Participación Política de los sectores populares: el caso del Ecuador (1930-1978)", *Revista del IDIS* (Cuenca) 5, págs. 76-118.
- Quintero, Rafael,
1980 "Eloy Alfaro y las Elecciones Olvidadas de 1888 y 1892: Para una interpretación", *Ruptura* (Quito) 24, Págs. 91-104.
- Quintero, Rafael,
1982 "Estudio Introductorio" en Juan León Mera, *La Dictadura y la Restauración en la República del Ecuador* (Quito: CEN) 2da. edición, págs 11-46.
- Quintero, Rafael,
1986 "El Estado Terrateniente del Ecuador (1809-1895)" en J.P. Deler / Y.Saint-Geours, *Estados y Naciones en los Andes* (IEP/IFEA: Lima) Vol. II, págs 397-417.
- Quintero, Rafael y Erika Silva,
1981 "Estado, Clase y Nación en el Ecuador", Cuadernos de Flacso, Quito.
- Quintero, Rafael y Erika Silva,
1991 *Ecuador: Una Nación en Ciernes*, (Quito: Ed. Universitaria) 2da. edición; 3 volúmenes.

- Raby, David,
1982 "Review on El Mito del Populismo en Ecuador", en *North/South*, Volume VII, No.14, págs.113-115.
- Ramírez, Noel, (Editor),
1991 *Economía y Populismo. Ilusión y Realidad en América Latina* (Quito: La Huella, Impresores).
- Real Academia Española,
1979 *Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española* (Madrid: Espasa-Calpe, S.A).
- Rengel, Jorge Hugo,
1992 *Realidad y Fantasía Revolucionaria* (Loja: CCE.) 2da.ed.
- Robles, Marco,
1989 "Alucinaciones sobre el populismo" en *Revista Ecuatoriana de Pensamiento Marxista*, No. 12, Mayo, págs. 59-68
- Roddick, Jackie,
1981 "The failure of populism in Chile: Labour Movement and politics before World War II" en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, CEDLA, Dic, No.31 págs. 61-89.
- Sidicaro, Ricardo,
1981 "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el Peronismo y la clase obrera en la Argentina 1943-1955" en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, CEDLA, Dic. No.31, Págs. 43-60.
- Sobrado Chavez, M. y J. Vargas Cullel,
1990 "El Paraíso no es un hecho científico", Instituto de Ciencias Sociales Adjunto al CC. de PCUS, Moscú, 14 págs.
- Spence, Larry D.,
1978 *The Politics of Social Knowledge* (University Park: The Pennsylvania State University).
- Velasco, Marco,
1989 "Los Alcances de un Dogmatismo Alucinado" en *Revista Ecuatoriana de Pensamiento Marxista*, No.13, Septiembre, págs. 75-81.
- Weffort, F.,
1972 "El Populismo en la Política Brasileira" en Jean-Bernadit, *Brasil Hoy* (México, Siglo XXI).
- Weber, Max,
1968 *Theory of Social and Political Organization* (New York: The Free Press).